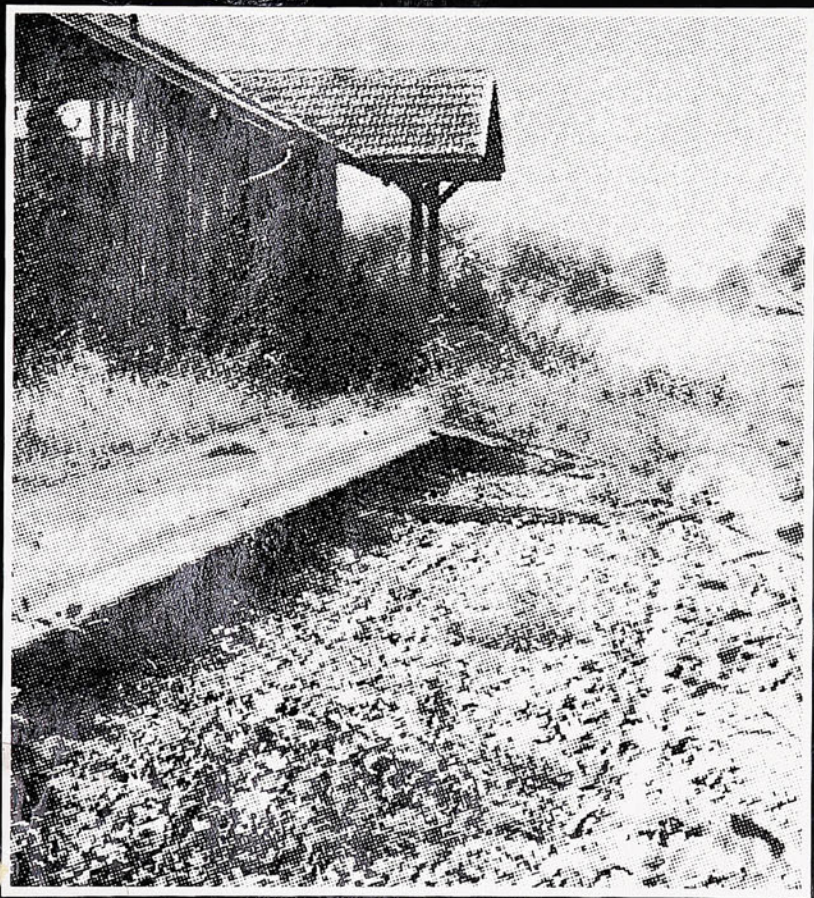


Jaime Hagel ¡a quemarropa!



editorial travesía

NACIONAL DE CHILE

na

2(656-43)

BIBLIOTECA NACIONAL



848518



Jaime Hagel Echenique nació en Santiago en 1933. Sus estudios primarios los realizó en colegios alemanes de La Serena, Villa Alemana y Viña del Mar. Los secundarios en el Liceo de Punta Arenas, en el Internado Nacional Barros Arana y los terminó en el Liceo San Agustín.

Se tituló de Profesor de Estado en la Universidad de Chile en 1966. Ha vivido en diferentes partes del mundo, ejerciendo los oficios más diversos para ganar su sustento. Magister en Letras, becado dos veces en Alemania por el Instituto Goethe, es actualmente profesor de Literatura del Instituto de Letras de la Universidad Católica.

¡a quemarropa!

¡a quemarropa!

**CUENTOS PREMIADOS
EN CHILE Y EN EL EXTRANJERO**

Jaime Hagel



editorial travesía

¡A QUEMARROPA!
Jaime Hagel Echenique

Publicado por:
Editorial Travesía, 1990
Pedro Torres 145
Fono: 495209
Santiago de Chile

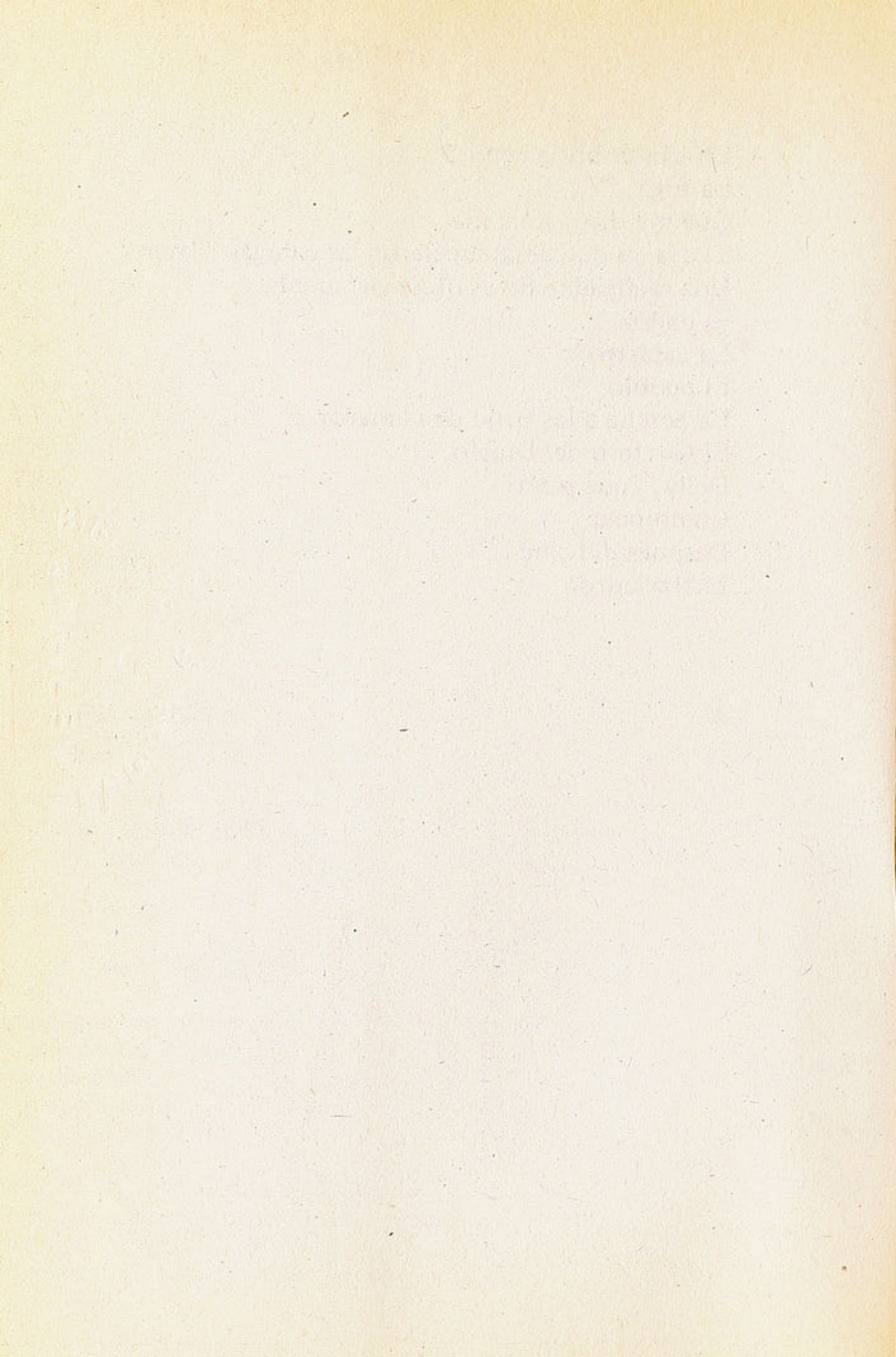
No. de Inscripción: 75.387

Impreso en los talleres de:
Ediciones Mar del Plata
Flandes 1841
Fono: 484163
Santiago de Chile

HECHO EN CHILE/MADE IN CHILE
Derechos reservados para todos los países.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Fotocopiar libros es un delito penado por la ley.

INDICE

Un día tu bruja vendrá	9
La fuga	19
Qué me dice, Amanda	27
El día en que desaparecieron las calugas "Titán"	35
Una madeleine no es una marraqueta	39
El pailón	49
La catástrofe	55
El pueblo	65
La Serena a las ocho de la mañana	77
El Guatero del Diablo	81
Delly, ¿qué pasó?	87
Compinche	99
Después del cine	105
Extraviados	111



UN DIA, TU BRUJA VENDRA

—Si tú realmente quieres algo, mi amigo, lo obtendrás, pierde cuidado. Y si no lo consigues significa que no lo querías realmente —esto se lo había dicho un irlandés borracho a alguien en una novela. Y Gregorio se había encontrado con el irlandés una noche. Claro que los dos estaban muy borracho el uno y muy emocionado el otro. Pero de esto ya hacía tiempo.

Gregorio colocó un disco y se puso a bailar desafortunadamente. Saltaba a la cama, a la silla, por milagro no botaba nada. Poseído por el ritmo se dejaba ir. *Matilda, Ma-til-da, ba, ba, ba*. Entregaba su cuerpo a la música con los ojos muy abiertos y una sonrisa de enajenado. Era demasiado, doña Graciela retiró su rostro de la fría cerradura y se fue a la cocina a prepararse un café piamontés.

Hacía un año que doña Graciela había enviudado, pero le quedó una buena renta y aquel chalet de cuatro dormitorios y tres baños. Ella permaneció en el principal, y su hija, Fiorella, en el dormitorio vecino. Los otros dos, la biblioteca y el taller de carpintería del ahora finado, fueron puestos en arriendo previa desocupación.

Primero llegó Rebeca, una morena preciosa de la misma edad de Fiorella, veinte años, que ocupó la ex biblioteca. Luego había llegado un joven ya mayorcito, Gregorio, treinta y cinco años, calculaba doña Graciela, que dudó muy poco en darle la pieza a un hombre que parecía un pajarito con el ala rota, un perrito atropellado y mojado. Un huérfano y solitario empleado de notaría. Flaco, de anteojos, Gregorio llegó arrastrando una enorme maleta barata ante las risitas de Fiorella y Rebeca.

Los meses pasaron sin novedad. Las risitas no se transformaron en lo que Gregorio temió por un instante, sino que fueron reemplazadas por la indiferencia.

Y entonces, un día a las diez de la mañana, cuando doña Graciela hacía las piezas, llegó la primera carta. Un sobre color marfil. Salvo las cuentas del gas y esas cosas, ni ella ni las muchachas recibían correo. La carta le quemó las manos. La olió. La puso contra la luz de la ventana. La palpó. Estudió la letra. No tenía remitente. Hizo un gesto de desprecio. Ella era una señora digna de ascendencia italiana. Una europea. Colocó el sobre encima de la mesa de Gregorio, vaciló y lo puso, definitivamente, arriba de la almohada. Un toque familiar que podría facilitar la comunicación con ese señor tan misterioso que tomaba desayuno en su pieza para volver a las siete de la tarde y encerrarse hasta el día siguiente. Ellas no recibían cartas.

Dos veces a la semana llegaban los sobres color marfil. La misma letra. Y Gregorio comenzó a llegar con frecuencia después de medianoche. Hubo que darle llave de la puerta de casa. Eso no era todo.

El arrugado temo gris fue reemplazado por ropa deportiva. Dejó de peinarse a la gomina, ahora llevaba el pelo suelto, casi despeinado. Y Fiorella comenzó a hacerse la enconradiza con él. Rebeca también. La timidez no era otra cosa que reciedumbre.

Doña Graciela estaba dolida. Cada carta la sumía en un estado depresivo. Su marido siempre le contaba sus cosas, era un puente. Fiorella era demasiado gorda, la pobrecita, como para que sus compañeros la tomaran en cuenta. Rebeca trabajaba de secretaria en un centro médico y poco tenía que contar del mundo fuera de la casa. Las tres mujeres veían enredados dramas sin sentido en la televisión, los cuales se opacaban ante el misterioso Gregorio que ahora andaba con una chaqueta de cuero negro y bufanda escocesa perfumando el ambiente con el humo de una pipa, con ese olor a tabaco fino. En las pocas tardes en que llegaba temprano, la casa olía a hombre, a seguridad.

Un día, doña Graciela, digna señora de ascendencia

italiana, europea y todo, no pudo más. Se decidió a leer las cartas. Todo tiene su límite. ¡Qué se había figurado ese Gregorio! ¡Ella que era como su madre! Le hacía la cama, le barría la pieza, le mandaba lavar la ropa, le traía el desayuno, y todo eso con el montón de sobres color marfil encima de la mesa que parecían mirarla, llamarla, pero no, no sólo eso, ahora había una fotografía al lado de las cartas. Un nuevo golpe. ¡Con razón bailaba solo de pura dicha! Se trataba de una muchacha estupenda, mil veces mejor que las artistas de las telenovelas, y con un gesto que irradiaba una simpatía abrumadora. Doña Graciela tuvo que sentarse en la cama para tomar aliento antes de dejar la pieza. No leyó las cartas. Estaba demasiado emocionada.

Esa tarde habló con Fiorella y Rebeca empleando toda su sabiduría piamontesa. Esa rubia de la foto no se avergonzaba de amar a Gregorio y tenía razón. Otras buscan a un Apolo aunque sea un desgraciado o un patán. Pero las mujeres realmente avispadas buscan a un hombre serio y bueno, de calidad humana. Esas son las más avispadas de todas. Las que se casan con hombres decentes y trabajadores. El pan es lo único que no harta.

No fue necesario el discurso para interesar a las muchachas que ya se habían intranquilizado a partir de la tercera carta.

Recién al día siguiente, doña Graciela leyó aquellas encendidas frases que trataban de salvar con amor la barrera del dinero entre Gregorio y su Elizabeth. Elizabeth era una gringa millonaria y Gregorio se le había metido en las venas. "... te llevo en mi sangre... no nos separaremos jamás... el dinero no será impedimento, por el contrario, partiremos y viajaremos juntos, tú y tu bruja Elizabeth..." Todo entreverado de "amor", "ángel", "tesoro". Había otras más tranquilas: "... escuchar tu voz me gusta tanto como verte fumar la pipa que te regalé". Conque la pipa también. "... soy romántica, me agrada escribirte aunque tú no lo hagas..." Y más encima indiferente. "... un día, tu bruja vendrá..." Había algo de traición en todo aquello. Gregorio era de la casa. No podía salir con esto.

Volvió a hablar con Fiorella y Rebeca. Los hombres callados, los que no necesitan fingir, esos que ustedes llaman pajarones, esos son los más recios y buenos, trabajadores y ordenados, pero esos no son para las tontas.

Fiorella y Rebeca, la rubia de Rubens y la morena de Romero de Torres, se miraron. Aquel sí que era un hombre. Y lo tenían allí, a pocos metros.

A pocos metros estaba Gregorio soñando y escribiéndose la vigésima carta con esa letra redonda: "...y ayer disfrutaste manejando mi Mercedes, nuestro Mercedes, con el pelo al viento parecías un dios pagano... comprende que te he buscado toda mi vida y no te dejaré jamás, nunca, inscribiremos todas mis propiedades a nuestro nombre, al tuyo y al mío... y saldremos en un viaje que terminará cuando seamos viejitos... aunque te escondas, tu Elizabeth, tu bruja, vendrá a buscarte un día y te llevará con ella, hagas lo que hagas, no te librarás de mí, de tu amor, amado... recorreremos el mundo en aviones, barcos, trenes, alojaremos en los mejores hoteles... Italia, Rusia, Grecia, Inglaterra, nos verán pasar juntos, viajeros eternos..."

Llenó lentamente su pipa mirando la foto. Era una foto de varias aparecidas en *Playboys* de quince años atrás que compró en una librería de viejo. Maldonado, un compañero de oficina que se dedicaba a la fotografía, le había hecho un fotomontaje de primera. Tomó los ojos de una niña, la nariz de otra, boca y mentón de una tercera. Los dos, Gregorio y su amigo, gozaban proyectando, combinando frentes, labios, cabelleras, cuellos, hasta que Gregorio gritó: "*Ecco, ben fatto!*". Y luego murmuró, sin pensarlo, el nombre "Elizabeth" que le salió de las profundidades del alma. Y la creación quedó bautizada.

—Tendrá un Mercedes descapotable —sentenció Maldonado—, y una finca, departamento en... en Roma y Acapulco.

—Y de vez en cuando conversará con un viejo irlandés borracho.

—Eso no me quedó muy claro.

Más tarde, con una letra redonda que no era la de él sino la que debería tener una muchacha como ésa, Grego-

rio escribió al pie de la foto: "Jamás te librarás de mí, tu Elizabeth".

Gregorio había llegado temprano. Doña Graciela las instó a convidarlo a comer. Se asustaron. Pero la dueña de casa prometió entrada de mariscos, asado en salsa pimentada, ensaladas y helados con fruta para rematar con un café a la piamontesa. Algo digno de un hombre de mundo.

Rebeca golpeó suavemente mientras Fiorella contenía una risita nerviosa. La puerta se abrió y, detrás de un suave olor a loción inglesa, apareció Gregorio de sweater blanco y sin anteojos, un sí es no de timidez le impedía sonreír abiertamente.

—Hola— dijo Rebeca—, queremos proponerte que te quedes esta tarde con nosotras. ¿Qué dices? Afuera hace frío. Hemos encendido la chimenea y te hemos preparado un trago secreto.

—Bueno, en verdad, no pensaba...

—¡Sal de ahí, hombre! —se metió Fiorella con frescura y tomándolo del brazo— ven a sentarte en la alfombra, al lado del fuego.

—Eso— afirmó Rebeca—. Y nos contarás tu vida.

—En verdad, no es muy espectacular —dijo Gregorio ya entregado y disponiéndose a sentarse en el suelo escoltado por las dos jóvenes.

—¿Apago la luz? —preguntó Rebeca.

—Claro. Apágala. Basta con la luz de las llamas.

—¿Dónde dejaste el trago?

—En la chimenea. Es un trago caliente. Se llama "grog".

—Y deja groggy —terció Gregorio. Nadie lo entendió, pero se rieron igual.

Durante la cena, la armonía se intensificó. Doña Graciela anunció que comería en su pieza, pues no pensaba perderse el último capítulo del bodrio televisivo de turno. Estaba feliz.

Cuando terminaron el guiso de carne, los tres miraron los platos sobre los que restaba una humeante salsa oscura y pimentada.

—Hagámoslo —propuso Rebeca.

—¿Qué?

—Pasarle le lengua al plato.

Entre risitas bebieron la salsa directamente de los platos y luego, con más risitas, les pasaron la lengua.

—Esto tiene una connotación sexual —dijo Gregorio.

—¡No nos digas que eres un maniático del sexo, Gregorio!

—¿Tienes látigo?

Para el postre, Gregorio propuso calentar las frutillas en una paila con azúcar y echárselas así a los helados. El café piamontés fue otro éxito.

Fiorella cogió una botella de Courvoisier y tres vasos coñaqueros y partió hacia el salón. Entonces, Rebeca y Gregorio se encontraron y se besaron largamente.

Todas esas semanas en las que escribió las cartas de Elizabeth, las largas horas haciendo tiempo para llegar tarde en el café de mala muerte con Maldonado, su amigo de la oficina, el fotógrafo, se vieron compensadas, así como la chaqueta de cuero comprada a plazos, los sweaters y la loción inglesa.

—Hemos creado un monstruo —le decía su amigo cuando Gregorio le hablaba de las cartas que decían de amores y viajes eternos, de juramentos, de fincas y de millonarias inversiones

—Fiorella nos espera —susurró Rebeca.

Allí estaba Fiorella, echada sobre la alfombra, mostrando buena parte de sus grandes muslos blancos, escanciando coñac en las copas alineadas sobre los ladrillos de la chimenea.

Pasada la medianoche lo dejaron en su pieza. Las dos se dieron el gusto de besarlo en la boca frente al retrato de ella, de Elizabeth.

Dos días después, los tres fueron a una discotheque. La vida se tornaba amable para las dos jóvenes y Gregorio. Se divertían. El trío dinámico. Las cartas color marfil dejaron de llegar, por supuesto.

—Saca a esa ricachona de ahí —le dijo riendo Rebeca. Y la foto, el collage, el monstruo, fue a parar al fondo del maletero del clóset. Ahí también volaron los pálidos sobres con su ardiente contenido. R.I.P. El monstruo de Frankenstein había muerto.

Doña Graciela estaba radiante aunque con un toque de celos. Gregorio tenía treinta y cinco años y, después de todo, ella tenía cincuenta, es decir, él estaba más cerca de ella que de las muchachas en lo que a edad se refiere. Y una noche, en que ellas lo dejaron bien besado y abrazado en su puerta, esperó que las muchachas se acostaran y, vistiendo una transparente camisa, se deslizó al dormitorio de Gregorio, el bien amado, y comenzó con él justo allí donde las jovencitas se detenían.

—¿Y cómo voy ahí yo? —preguntaba entusiasmado Maldonado, el amigo fotógrafo.

—Calma, hijo.

—Acuérdate de que la idea la tuvimos aquí, en este barcito.

—La idea —le recordó Gregorio— la tuvo ese irlandés borracho cuando se puso a hablar de las gallinas. ¿Te acuerdas? “Hay en el gallinero un trozo de comida, pudriéndose en el barro. Despreciable. Ninguna lo recoge. Pero basta que una empiece a picotearlo, para que todas se lo disputen y corran por el gallinero quitándose unas a otras el pedazo de bazofia, mi amigo”.

—Y tú, nosotros, quisimos que una mujer picoteara en tu bazofia, porque según el vagabundo irlandés, así se despertaría el interés de las demás, es decir, de doña Graciela, Fiorella y Rebeca.

—Y como esa mujer de carne y hueso no aparecía, yo, el doctor Gregorio y...

—Y yo, Maldonado von Frankenstein, la creamos.

—Ben fatto.

—Hurrah.

—Y la ley de la indiferencia quedó quebrada.

—Y como diría el irlandés ese, la indiferencia es peor que el odio, mi amigo.

—Salud.

—Yo sólo te pido a la gorda.

—Si realmente la quieres, la tendrás, siniestro fabricante de monstruos.

—Igor —le gritó Maldonado al mozo—, tráete otro par de cañas.

El mozo jorobado sonrió.

La que no sonrió fue doña Graciela cuando al día siguiente escuchó el timbre a las diez de la mañana. El cartero le pasó un sobre color marfil.

A las siete de la tarde, como siempre, entró Gregorio al chalet.

—Llegó el rey —gritó.

No hubo respuesta alguna. Supuso, mal, que habían ido a comer afuera. Entró a su pieza y casi volvió a salir de nuevo. Allí, sobre la almohada, yacía un sobre color marfil con esa letra redonda, inconfundible, pero que esta vez, él no había escrito.

Acusando el golpe, apoyó la espalda contra la pared. Respiraba con agitación. Su frente se perló de sudor.

No era Maldonado, el fotógrafo, quien la había escrito. El ignoraba el color de los sobres, la letra, jamás le había mostrado las cartas. Ni siquiera sabía la dirección.

Se quedó dormido muy tarde. Tuvo pesadillas. Al amanecer, doña Graciela le trajo el desayuno sin la sonrisa y el buenos días.

Decidió volver lo antes posible de la oficina para aclarar las cosas antes de que todo se derrumbara. Llegó a las seis de la tarde. Nadie en casa. Habían salido de compras, seguramente, o al cine.

Se duchó largamente. Se cambió de ropa. Se puso su chaqueta de cuero y algo de loción inglesa en la cara. Tomó su pipa, la llenó de tabaco y la encendió.

Arrellanado en su sillón favorito, escuchó el timbre.

Bajó la escalera lentamente, pero no sin cierta emoción, porque como diría el irlandés borracho, no era para menos, mi amigo.

Nota del autor: Este cuento ha tomado de la novela policial de Frederic Brown, *La gritona Mimi*, el irlandés borracho que abre y cierra el relato. De los cuentos de Julio Cortázar, *La salud de los enfermos* y *Continuidad de los parques*, el motivo de las cartas inventadas y la irrupción de lo fantástico. De la novela de Marco Denevi,

Rosaura a las diez, la situación inicial y parte de la trama. De la novela de Mary Shelley, *Víctor Frankenstein*, el motivo del gólem, principal del cuento, y el personaje "Igor". El título lo ha tomado de una carta de una ex novia del autor que afortunadamente no cumplió su promesa. Tanto el discurso del narrador como el de los personajes contienen frases de las seis obras citadas (incluyendo la carta de la ex novia). Este cuento pretende ser un monstruo de Frankenstein al igual que su personaje "Elizabeth".

LA FUGA

A la hora de once nos dieron como de costumbre pan con miel con hormigas y leche aguada. Metí el pan al bolsillo de mi chaqueta de cuero y miré a Carrión que me cerró un ojo.

Después de un breve recreo nos formamos para la hora de estudios en la cual hacíamos las tareas. Como pensaba arrancarme del internado a las seis de la mañana del día siguiente no hice ninguna. Dibujé en el cuaderno de matemáticas aviones y barcos, luego, un intercambio de balas entre ambos grupos, ganaron los aviones. En seguida, una batalla de tanques mientras Herr Murer retaba a varios compañeros que no se concentraban en sus quehaceres como lo hacía yo. Carrión, con el que me había puesto de acuerdo en no hablarnos ni juntarnos para no despertar sospechas, se palpó el bolsillo de su chaqueta de cuero donde había guardado el billete de cien pesos que me había llegado ese día en una carta de mis padres. Carrión se dio unos golpecitos en el bolsillo mirándome con complicidad. Le respondí mostrándole seis dedos para luego sumirme en mi batalla de tanques y volar a lo que es cañonazo las fortificaciones de los ingleses. El billetito de cien pesos había precipitado nuestros sueños convirtiéndolos en planes y a los veinte minutos en decisiones.

Yo tenía nueve años, Carrión, no sé, pero él estaba en segundo año de humanidades y era de los grandes, de los que se corrían la paja y, por lo tanto, uno de los respetados. Corría el año 43. Como se trataba de un internado alemán no había más de treinta alumnos. La fuga sería hacia el norte. Bajo mi colchón tenía la honda junto con

un hacha de piedra (una piedra filuda amarrada a un palo de guindo). Dormía en una pieza con Carrión y el guatón Pérez, un matón que cuando me encontraba solo me tiraba al suelo para sentarse sobre mi estómago y proceder a apretarme el cuello hasta dejarme sin aliento. No teníamos una meta muy determinada, pero los dos contábamos con parientes en La Serena, aunque la idea era más o menos la de tratar de vivir en los bosques. Tras la piscina habíamos practicado con el hacha de piedra arrojándola contra las plantas, imaginándolas conejos que luego asaríamos al palo. Era un hacha estupenda.

Sentado en su cama, Carrión dio aparatadamente cuerda a su formidable reloj-cronómetro que, según él, era de capitán de tanque. Me acosté pensando en que no había hecho las tareas, ni el problema de matemáticas, ni la de alemán, ni el resumen de historia. En cambio había arruinado los cuadernos con las batallas, los dejaría sobre la cama para fastidiar a los profesores. A las nueve, pasó Herr Murer apagando las luces.

Me desperté muy temprano. No tenía reloj. Carrión se estaba vistiendo con el mayor sigilo. Comencé a hacer otro tanto. Le sonreí a mi amigo cuando saqué de debajo del colchón la honda y el hacha. Me susurró que dejara esas huevadas ahí, pero no le hice caso. Sobre el velador de Carrión quedó abandonado un membrillo mordido. Para salir por la ventana, teníamos que pasar por sobre la cama del guatón Pérez. No bien Carrión pisó la cama del guatón, éste se despertó. Quedamos paralizados. El guatón se sentó a mirarnos con curiosidad. Estábamos despeinados y con la camisa afuera de los pantalones. "Vamos a sacar membrillos", musitó mi compañero de fuga. Nos recuperamos de nuestra petrificación y salimos. El guatón se quedó mirándonos. "Cierra la ventana", le ordenó Carrión desde el patio. Entonces, el guatón gritó a todo lo que daban sus pulmones, que harto grandes los tenía: "Se van a robar los membrillos". Nosotros emprendimos la carrera, Carrión adelante y yo pegado a sus talones, a cuanto daban nuestras piernas, hacia el portón del internado. Carrión, que no se había abrochado los zapatos, se pisó los cordones y cayó al suelo. Yo tropecé con su cuerpo y

caí sobre él. Mientras nos incorporábamos me sacó la madre sobándose la cintura donde casi se le había incrustado la piedra del hacha que yo llevaba sujeta en mi correa. Seguimos corriendo mirando cada cuatro pasos hacia atrás hasta llegar al portón por el que Carrión trepó como un gato. "Espérame, ino tan rápido!", le imploré, pues me daba miedo la altura del portón. Cuando al fin me encontré en la carretera, Carrión corría treinta metros más adelante, a campo traviesa, desapareciendo a ratos entre los espinos. Lo alcancé en la línea del tren donde se había detenido jadeando. Descansamos un rato comiendo pan untado con miel con hormigas. Nuestros zapatos y calcetines estaban mojados por el rocío.

Un compañero de curso me había explicado que en un día de lluvia, con la vía férrea bien mojada, uno se podía poner de cuatro patas sobre los rieles con un jabón mojado bajo cada mano y cada pie, entonces, si alguien le daba a uno una patada en el poto, uno se deslizaba por los rieles y no paraba hasta Copiapó. Pero ahí no teníamos jabón ni tampoco estaba lloviendo.

Acababa de amanecer. El pasto y los rieles estaban cubiertos de rocío. Las diucas, loicas, tordos y gorriones volaban piando, mezclados en bandadas multicolores.

Caminamos pisando los durmientes rumbo a la estación de Villa Alemana. Mi amigo avanzaba algo más rápido, lo que me obligaba a correr de trecho en trecho para mantener la distancia. En la estación no se veía ni un alma. Apoyada delante de la puerta de la oficina, una bicicleta. Carrión, con una seguridad pasmosa, actuó como si fuera de él. "Esto se hace así, muchacho" me dijo con apenas contenida euforia mientras llevaba la bicicleta a la calle.

—Llévame en el fierro —le indiqué. Me miró airado.

—Hasta cuándo me vas a joder, ¿ah?, ¿hasta cuándo?

Di un paso hacia atrás. Me sentí culpable. Su barbilla estaba amoratada, con gotitas de sangre. Se subió a la bicicleta. Consultó su formidable reloj-cronómetro y partió. Cuando estuvo a unos veinte metros dio vuelta su cabeza y me sonrió entusiasmado. Esto se hace así, muchacho.

Me quedé solo en la calle. Pasó una carreta donde al

lado del cochero iba un niño de mi edad que al sorprender mi mirada me hizo un ademán agresivo. Escondí el hacha bajo mi chaqueta de cuero.

Entonces apareció aquel auto lleno de faroles y brillantes adornos de cromo. Se detuvo a mi lado. Al volante, un señor enorme, elegante y muy bien peinado. A su lado, con un paquete lleno de barras de chocolate, una señora cariñosa como un hada.

—¿Dónde queda el famoso internado alemán? —me preguntó el caballero alegremente. Su mirada era vagamente familiar, sus ojos brillaban con un sí es no de malicia.

—Siga derecho —le indiqué.

El hombre sonrió divertido.

—¿Seguirá igual ese colegio? —me preguntó risueño—. ¿Servirán todavía ese asqueroso porridge todas las noches? ¿Y el pan con miel con hormigas? ¿Y esas tareas interminables?

—Igual.

—Me alegro de haberme arrancado de ahí —me dijo, mientras yo no le quitaba el ojo a los succulentos chocolates de la señora—. Me arranqué cuando tenía tu edad, con Carrión, un gran tipo, un tipazo. Bien, le echaremos un vistazo después de tanto tiempo a ese maldito lugarejo.

Y el auto desapareció por la carretera.

Yo no hallaba adónde ir ni qué dirección tomar. No conocía la ciudad. Volví a la estación y me senté en un banco. Olor a grasa y hollín. Comencé a sentir frío. Del pan no quedaba nada. Un enorme reloj colgaba de la pared, pero yo no sabía ver la hora. Seguido de un ordenanza, se bajó de uno de los carros de primera un general de aviación, alto, grande. Se me aproximó. Tenía la cara llena de cicatrices. Sonreía con un brillo malicioso en las pupilas. Me pareció cordial y familiar. Irradiaba confianza. Un morralito verde con galletas se bamboleaba al lado de su espada.

—Oye, muchacho —me preguntó con su voz áspera y agradable—, ¿dónde está el colegio alemán que hay por aquí?

—Hacia allá.

Llevaba un reloj-cronómetro que me quedé mirando.

—Un lugar insoportable. Pero, ¿qué miras, muchacho?

—Ese reloj es, es...

—Ah, este viejo reloj —me explicó con su voz ronca— me lo regaló un amigo con el que me arranqué del colegio ese. Nos separamos aquí mismo, en esta estación. El se fue en una bicicleta y no lo volví a ver más. Pero dos años después, me mandó un paquete sin carta ni nota alguna, adentro estaba el reloj, lo reconocí en el acto. Desde entonces no he usado otro. Es un reloj-cronómetro formidable.

Y desapareció seguido de su fiel ordenanza que iba armado de un fusil ametralladora.

El jefe de estación se me acercó con paso tranquilo.

Se veía soñoliento. En la mano llevaba un feroz pan con queso y dulce de membrillo. Me miró con ojos maliciosos:

—Te arrancaste —me dijo casi sin tono de pregunta.

—Sí. No aguantaba más.

—Tampoco yo lo pude aguantar.

Era un tipo bastante grande, ancho de espaldas. De su cinturón, sobre su costado derecho, colgaban una linterna, una llave inglesa y una pistola automática.

—Me fugué —arrugaba la frente para recordar mejor— con un gran amigo. Yo me quedé aquí y me emplearon en la estación. Comencé de mozo. Luego fui ascendiendo. He viajado por todos los rincones. ¿Te gustan los trenes?

—Sí —dije—, sin quitarle los ojos al reloj-cronómetro que llevaba en la muñeca.

Sonrió al ver la dirección de mi mirada.

—Era de mi mejor amigo —me contó—. No lo ví nunca más, pero me lo envió muchos años después. El sabía que me gustaba. Yo le mandé mi hacha de piedra, un hacha magnífica.

Luego apareció otro hombre. No tan grande ni elegante. Era Herr Murer que me llevó de vuelta al internado en su auto. El camino estaba completamente solitario. No nos pasó ni nos cruzamos con ningún otro coche. Las bandadas de pájaros aparecían y luego se esfumaban entre los espinos y árboles disfrutando de la hermosa mañana. Algún día viviría entre los bosques.

Herr Murer abrió la gran reja aún húmeda de rocío.

Entramos. Mis compañeros estarían recién levantándose. Pensé en mis cuadernos y en las tareas. Me esperaban días duros, tardes sin jugar, tareas de castigo, sin r econo ni paseos por una eternidad. La fuga había terminado. De Carrión y de mis cien pesos jams volvimos a saber, pero su nombre se convirtió en mito. No hubo aventura, ni hazaña que no se le atribuyese. Se llegó a decir que estaba en Alemania, de piloto de caza, combatiendo contra los ingleses.

Decir: "treinta años después", es decir: "treinta siglos después". Sal  a la calle acompañado de unos amigos a los que acababa de visitar. Era de noche, de modo que nos sorprendimos ante la súbita aparición de un vagabundo barbudo y harapiento que se abalanzó sobre nosotros gesticulando y hablando sin parar en voz bastante alta:

—... todos somos iguales, es el destino, señor, señorita, que nos tira a unos para allá y a otros para acá, el que tiene, el que pide, el que roba, señor, señora, yo podría robar, pero soy de los que pide, es el destino, señorita, señor, que juega a la pelota, s , señor, a la pelota con nosotros, son los hilos, señor, los hilos...

La luz de la inteligencia había huido de sus ojos. De sus labios salían incoherencias con el objeto de obtener algo para comer. Extrañamente, no olía a vino sino que a membrillo, un olor a membrillo maduro que me turb  e hizo esfumarse mi sonrisa condescendiente. El tipo era porfiado, sabía que molestaba y el precio por dejarnos tranquilos era darle cualquier cosa. Saqué mi billetera y extraje un billete de cien pesos que él cogió con sus manos temblorosas y así fue como pude ver su reloj. Un reloj que habría reconocido en cualquier parte a pesar de los treinta años pasados. Extraje una buena cantidad de dinero y, ante el asombro de mis amigos, se la pas  sin dejar de mirar su reloj. El vagabundo no lo podía creer, casi se le cayeron los billetes de las manos, pero, no obstante su emoción, se percat  de mi mirada fija en su muñeca, en su reloj. Me mir  a los ojos mientras se lo sacaba. Me lo dio ensayando, sin conseguirlo, una sonrisa. Tom  el reloj caliente y seboso que aún palpitaba. No s  cuánto rato lo contempl , pero al levantar la vista el loco había

desaparecido.

—Ahora, sí que creo —dijo mi anfitriona, divertida.

Salí de mi aturdimiento y me despedí de mis risueños amigos. Era ya bastante tarde. Subí a mi Chrysler desca-potable y partí y viajé el resto de la noche. ¿Y por qué no? No tenía ninguna obligación que cumplir, pero sí unas ganas locas de volver a ver esos lugares. El colegio. La estación. Los rieles por donde había pasado cuando muchachito asustado y rebelde, prófugo de esa maquinaria represiva donde nos alimentaban con engrudos de avena y ese pan con miel con hormigas que devorábamos como si fuera ambrosía.

Es grato manejar un auto nuevo. Fue hermoso ver amanecer en medio de ese paisaje que fue testigo de parte de mi infancia. Me embargaba una enorme ternura por ese niño de nueve años que yo había sido y que ya nada tenía que ver conmigo. El sol cubría de dulces colores el campo y hacía brillar las gotas de rocío. El camino estaba solitario. Bandadas de pájaros volaban de espino en espino.

Los judíos visitan los KZ, las barracas, los hornos crematorios. ¿Qué los impulsa? ¿Qué buscan allí? Yo tenía unas ganas enormes de volver a ver todo aquello. No obstante, a medida que me acercaba, se me endurecía el estómago y se me agitaba la respiración. Había sido un año de vida perdido, estafado a mi infancia; hambre, puñetes, todas las pedradas, correazos, cachetadas, los castigos humillantes de mi vida; estaban concentrados allí, en ese internado. Pero me había fugado —el recuerdo me hizo sentir ligeramente orgulloso— o por lo menos lo había intentado. ¡joder! Y ahora, empujado por algo que no sabría definir, volvía, volvía. ¿Estaría todavía allí? ¿Seguirían dando ese porridge? ¿Y la estación? Qué ganas de abrazar a ese niño que fui y sentir palpitar su corazón, él no se dejaría, claro, nunca le gustaron esas efusiones, pero me permitiría pasarle la mano, los dedos, por su mata de pelo, sintiendo su cabecita dura. Volvería a caminar entre esos rieles, pisando los mismos durmientes de entonces cuando iba como un perrito mojado tras las rápidas zancadas de Carrión. Carrión. ¡Cómo lo había admirado al desgraciado hijo de putas! ¡Peró qué tipo más fenomenal era! Te-

nía la mirada arrojada del deportista antes de saltar al vacío con sus esquís en esos trampolines.

El pueblo de Villa Alemana aún parecía dormir, salvo una señora gorda que estaba abriendo un quiosco de diarios que me miró entre preocupada y sonriente.

—Un paquete de galletas, —le pedí— de esas bañadas en chocolate.

—¿Estas?

—Sí, pero ese paquete más grande, por favor, déme dos.

Abrí uno de los paquetones con todo cuidado y, masticando la primera galleta, volví al auto. Estacioné mi descapotable en la estación. Pasó una carreta, un niño que iba sentado al lado del cochero me hizo un además obsceno. Bajé y me dirigí al andén. Curiosidad y nostalgia. Debían de ser las siete. Estaba bastante fresco. Aparentemente, la estación estaba solitaria aún. Con un paquete de galletas en el bolsillo y el otro, abierto, en la mano, aspiré profundamente el aire, los olores de la estación. El rocío cubría los rieles. Caminé lentamente reprimiendo la emoción. Era la misma hora. Todo estaba igual. El reloj colgado en la pared. Los carros. Un muchachón casi me atropella con su bicicleta. Se me cayó el paquete de la mano que, por supuesto, recogí. No sé de dónde había salido. Lo miré mientras se alejaba. El sol hizo destellar su reloj pulsera durante un segundo. Una bandada de gorriónes, tordos y loicas salió disparada de una mata de espino. Sentí, sin reaccionar, cómo caían las galletas del paquete abierto al suelo. Sentado en un banco, un niño de chaqueta de cuero, despeinado y con la camisa afuera, contemplaba abriendo enormes ojos mis paquetes de galletas. Con un cariño que se me salía por los poros, me acerqué sonriendo.

—Conque te arrancaste. ¿Eh? —le dije.

Su mirada se apartó de las galletas y se detuvo en mi reloj-cronómetro.

QUE ME DICE, AMANDA

Amanda, usted está más elegante hoy día, créamelo, ese andar agacelado, su figura de bambú envuelta en una de esas tenidas tan finas que usted usa, nadie, Amanda, diría que usted cumple hoy los cuarenta. Cuesta creer que no quiera casarse, pero tiene una historia hermosa y auténtica que usted ya no necesita repetir porque todos la relatan a los nuevos conocidos o la evocan, si no hay un conocido nuevo a mano, cada vez que la ven pasar caminando con esos pies de bailarina que casi no tocan el suelo y con ese lindo chal importado ondeando tras su nuca.

Sí, Amanda, hoy es un día especial para usted y créame, se le nota. Usted que por toda joya usa sólo un anillo, fíjese, se ha puesto un broche de oro puro para sujetar ese chalcito italiano. Hoy tiene usted un aire más romántico, más misterioso. Nadie sabe que usted tiene hoy una cita que lejos de ponerla ansiosa, le endulza la mirada, le suaviza el gesto. Se dan vuelta a mirarla, Amanda. Qué bien se ve entre los castaños de hojas secas. Sabe, usted no desentona con el paisaje otoñal. Se vería maravillosa con ese fondo de árboles en la portada de una revista de modas. Salta a la vista que ese rostro, esas pupilas, ocultan un misterio, una vieja historia de amor, perdóneme el adjetivo, pero es que no ha pasado nada desde la última vez que vio a Ricardo, su novio y gran amor. Desde entonces usted no ha querido vivir. Se ha cerrado todas las puertas. Su vida se transformó en uno de esos cuentos tras cuya superficie argumental no se esconde ningún significado. Se podría hacer una película muda con ella. Siguió estudiando, tomando el mismo bus todos los días, el idéntico desayuno

y así. Luego vino la ceremonia de titulación para comenzar a trabajar en la biblioteca de la universidad, un hermoso edificio antiguo. Y se convirtió en una profesional eficiente. Las costumbres, Amanda, nos ocultan la realidad. Comenzó a repetir todos los días los mismos movimientos sonambulescos, mecánicos, a percibir y a actuar como una maquinita. Ya no se da cuenta casi del cambio de las estaciones salvo para cambiar su cuidadoso y elegante atuendo. Confiese, Amanda, ¿cuánto tiempo hace que no nota el olor de la tierra con la primera lluvia de abril? Dígame, ¿cuándo florecieron los almendros por última vez? Su figura de delgada pasó a flaca. Algunas arruguitas, patitas de gallo se están anunciando. Su frente se niega a relajarse por completo. Una vez pasaron tres años sin que se acordara en un solo momento que en un tiempo tuvo un amor. ¡Su único amor, Amanda! Hasta hoy, usted parecía una de esas muñecas antiguas con cuerda. La asocio, perdón, al caballo del lechero de aquella larguísima novela italiana. Todo a la misma hora con iguales ademanes. Uno de esos discos que no avanzan, donde la aguja gira y gira sobre un solo surco. Con la misma tranquilidad de gran dama ha rechazado los intentos a un acercamiento más íntimo de profesores, colegas y hasta de estudiantes. A veces recibe regalos, pero todos saben que no come chocolate, todos lo saben, Amanda, y no le compran chocolate, ve usted.

Pero hoy es un día distinto. No por su cumpleaños sino porque va a hacer algo. Se ha dado una cita. Sabe que va a ser violento, el reencuentro. Pero, por qué no, ¿no es cierto? Antes de morirse, como dicen. Digámoslo, Amanda, usted ha decidido volver a verlo. Ve que no costó nada. Si hasta se puso esa hoja de oro macizo en el chal para la cita. Qué me dice, Amanda.

Hace dos décadas que se reunió por última vez con su Ricardo, su novio de hacía ya más de un año, su primera adoración, su definitivo amor. Era una tarde de otoño, el día estaba nublado, casi frío, su patio, tapizado de hojas secas que usted no quería barrer. Le gustaba contemplar esa superficie cromada con todos los matices pardos. Usted llevaba sweater y pantalones grises, muy deportiva,

hermosa. Sonó el timbre. Le temblaron un poco las manos al abrir. Sí, claro, era él. Ricardo con los discos de Gustav Mahler que pensaban escuchar juntos. Se besaron muy tenuemente, con más significado que labios y saliva. Usted lo tomó de la mano, lo llevó al patio y, ¡travesía!, lo dejó allí, en el medio de ese mar de hojas secas que cubrían totalmente el lugar. ¡Que no se moviera! Usted en esa época se reía sonoramente. Corrió a buscar su máquina fotográfica y le tomó (no se acuerda ya, seis) fotos, una tras la otra como quien acribilla a balazos a alguien. Y así se movía Ricardo, tic, sorprendido, tic, levantando las manos, tic, tropezando, tic, echándose hacia atrás, tic, casi dominándose, tic, sonriendo ya entregado. Fue una hermosa tarde tranquila. Escucharon la Canción de la Tierra, tic, mirándose, tic, comiendo chocolate, tic, sentados sobre la alfombra. La máquina tenía un disparador automático. Mientras sonaba la música, usted corría el rolo y enfocaba la cámara apoyada sobre una silla o el suelo, apretaba el botón y corría a su lado. Tic, abrazados. Tic, apretando su nariz contra su mejilla. Tic, tic, tic. Ya ni se acuerda, fueron ocho instantáneas más. Catorce en total, más la última, cuando él se fue a las siete de la tarde y usted se quedó sola, sin Ricardo y sin Gustav Mahler, con un sabor a chocolate en la boca y mirando las bellas hojas muertas.

No volvió nunca más, Amanda. Simplemente no volvió más. Desapareció de su vida. ¡Y las fotos salieron tan bien! ¡Tan reales! Una magistral copia de la realidad. Sus ojos amables, su sonrisa varonil, sus manos fuertes, su cuerpo tan frágil, su postura tan enternecedoramente torpe, esa nariz delgada, pero viril. ¡Oh Dios! El estaba allí, tal cual era, en esas tomas que no mentían, claras, unívocas, que mostraban a su Ricardo enteramente. El cuerpo es un símbolo del alma. Ricardo asustado, Ricardo travieso, Ricardo con esa seriedad de niño chico.

Tres semanas después decidió guardar las quince fotos en esa caja de bombones con candadito que tenía de recuerdo de infancia. La arrojó allá arriba, al fondo del maletero de su closet, detrás de esas valijas de cuero tan caras y pesadas que nunca usó, era más portátil su maleta

blanca de fibra liviana. Y el tiempo la fue haciendo a usted práctica, tranquila, ¿fría? Poco quedó de su romanticismo veinteañero. El orgullo le impidió buscarlo. Bien le podría haber sucedido algo, ¿no es cierto? A usted no se le ocurrió siquiera llamar a las postas, a los hospitales, a la cárcel (¿que sordido, no?), a la morgue. No. Y dejó de comer chocolate, lo excluyó totalmente de su vida.

Sí, ya sé, todo ese tiempo entre medio, comenzó la percepción automática de las cosas, en fin, no fue en vano. Nadie que la conociera bien diría ahora que sigue siendo romántica. No. Usted bien lo sabe. Definitivamente, no. Usted, Amanda, es ordenada, equilibrada, serena, calmada. Claro que su figura delgada, su andar, su misterio, su ropa exclusiva, su pelo y esa arboleda otoñal de fondo, parece contradecirlo durante un par de minutos. Algo puede quedar cuando se pasa por una escuela como la romántica. Un dejo de nostalgia por nada preciso. Cierto gusto por los atardeceres. Un quedarse mirando el fuego de la chimenea. Prácticamente, nada.

Ahora está en su casa. Todo limpio, ordenado y de buen gusto. Atardece. Amanda, por favor, recuerde que se trata de una ceremonia. Muy bien. Ha encendido dos velas en su peinador. Bravo. Por supuesto que no escucha como afuera el viento despoja los árboles, ¡si viera!, las hojas corren como en una competencia hacia el sur. Ahora ha colocado una silla al lado del closet. Se sube a ella. Abre el maletero, pero ni sus aristocráticos brazos alcanzarían a llegar allá, detrás de las maletas grises de polvo. Sí, sáquelas. Con calma. Tome ese gancho de ropa y así. Eso es. Ahí está la caja de bombones que le parecía tan bonita. Vuelva a subir las maletas y cierre. Eso. Coloque la caja sobre el peinador. Siéntese frente a ella. Ceremonia es ceremonia. Qué grata es la luz de las velas, una a cada lado de la cajita. Mírela. El momento se aproxima. ¿Qué? ¿No tiene la llave? No se acuerda. A cualquiera se la doy. Tantos años y tan pequeñita la condeñada. Seguramente ya no existe. Sí, claro, con esas tijeras basta y sobra. ¡Trac! ¿Ve? Y se acabó el problema. Un candadito de muñecas. Ahora respire hondo porque va a levantar con sus manos ligeramente sucias de polvo la tapa del cajonci-

to. Ya está. He ahí las fotos. Sí. Véalas. No se esfuerce por evitar esa detención del aire en sus pulmones, pues esas cosas... ¿Qué? ¿Cómo? No. No hay detención del aire. Usted sigue respirando igual. ¡Qué le parece! Y usted que creía que se iba a morir. ¿Sorpresa porque las lágrimas no acuden? Su corazón... ¿no?, tampoco palpita fuertemente. Nada de eso. Está sorprendida y aliviada. Ahora coge una instantánea y la acerca a la luz vacilante. El reencuentro, Amanda. Al cabo de tantos años vuelve a enfrentarse con él. Claro, en la memoria, las siluetas se hacen vagas, los rostros pierden sus facciones. Pero en la foto está todo intacto. La mira. Respira acompasadamente. Se siente como si despertara, ¿no es cierto? Sus ojos, Amanda, son los mismos de antes, el oculista se lo dijo. Está contemplando las mismas imágenes que viera en aquel entonces, no han cambiado, el revelado fue excelente. Lo hizo ese laboratorio de nombre alemán, ¿se acuerda? Ese es, pues, el rostro definitivo y auténtico de Ricardo, sus gestos, sus ademanes y contorsiones. ¿Se acuerda de lo que pensó aquella vez? El cuerpo es un símbolo del alma. Ya, se acuerda. La mirada, el modo de inclinar la cabeza, la postura de las manos, todo representa el alma. Obsérvelas. Una por una. Son exactamente las fotos de aquella vez. Ricardo definitivo y verdadero. Es su rostro desnudo y concreto, real. Pero... es de no creer, Amanda, ahora no le gusta. ¿Pero cómo? Que ese mentón le parece débil y egoísta, que la primera foto es la de un ser irritado, crispado, que apenas contiene el ataque de furia cuando usted lo sorprendió en el patio lleno de hojas. Que esas manos largas son de ladrón. La nariz es petulante. Y no me diga que esa sonrisa forzada, perdonavidas, no va con esa mirada falsa de maître d'hôtel. Mire esa otra donde está encorvado, los dedos en garra, parece un ave de rapiña. Pero usted está tranquila, serena, sin rubor, mientras descubre el alma más recóndita y secreta de ese joven. Allí están los vericuetos más íntimos de ese ser ahora indefenso, sin posibilidad de escabullirse en la risa o en el brusco cambio a una conversación excitante o en el súbito beso que para todo eso era un mago. ¿En qué piensa, Amanda? ¿En que nunca se había detenido a considerar

que Ricardo en todas sus visitas, jamás le trajo un regalo? Un caramelo, por ejemplo, o un disco. Usted le hacía kuchen, galletas, hasta una torta. Sí, claro, le traía discos, pero le advertía que tuviera cuidado con rayarlos, y se los llevaba el mismo día. ¡Y cómo se había reído cuando pronunció mal una palabra! Mire esa otra, vea esos ojos fríos de avaro, ese cuerpo tenso, consumido por la codicia. ¡Y se iban a casar! El jamás le habló claramente de su trabajo o si estudiaba, ¿se acuerda, Amanda? ¿Se acuerda cómo él le preguntaba a usted sobre sus estudios, si la casa era realmente suya, que cuánto ganaría? Se acuerda. ¿Qué tal esa foto? Fíjese en ese cinismo mientras usted le frota su nariz en la mejilla flaca y huesuda. Pero mire, Amanda, como coge tres bombones de una vez fingiendo bromear, pero él lleva la cuenta de los chokolatines que usted ha comido. Usted no ha olvidado que fue usted quien los compró. Siempre adquiriría chocolate para esperararlo. A usted le agradaba asociar el olor y el gusto del chocolate con Ricardo. Es que él jamás la sacó a ninguna parte. Nunca. El venía a su casa tres o cuatro veces a la semana. Tomaban té, escuchaban música, mimoseaban, él le hablaba de unos viajes que había hecho ¿adónde? Ahora cae en la cuenta de que Ricardo siempre se marchaba antes del anochecer, digamos a las siete de la tarde. Ahí está, fue la última foto, en el umbral, riéndose solo, no con usted, fíjese, sus ojos no la miran a usted, no, se está riendo y no la está mirando. Qué le parece. Y usted que durante veinte años no quiso traicionar su recuerdo ni siquiera con el pensamiento. Se unirían en el cielo de las románticas. El la esperaba en el más allá.

¿Pero qué hace ahora? Está guardando todo en esa caja de bombones otra vez. ¿La va a volver a tirar al fondo del maletero?

Se dirige a su relumbrante cocina. Abre la puerta a su querido patio. ¡Amanda! Ha tirado la caja al tarro de la basura. Y, por supuesto, no se ha dado cuenta de que está comenzando a llover, porque ahora camina hacia el jardín y abre la reja. ¿Va a salir a la calle, Amanda? La lluvia le moja el pelo. No se ha puesto siquiera uno de esos impermeables ingleses tan bonitos que usted tiene. Está algo os-

curo. Mejor, así no me la ven caminando así, agachada e insegura. La lluvia le está echando a perder el peinado, el vestido, su chal tan elegante. ¿Qué quiere hacer en ese quiosco? Amanda, ha comprado un chocolate. Qué me dice. Después de tanto tiempo.

Ahí va llorando y mascando chocolate con la boca llena por esa calle solitaria. Mire como le corre la saliva enchocolatada por la comisura de los labios, por toda la boca, mezclándose con sus lágrimas y con esa lluvia que se hace cada vez más fuerte. Ahora parece usted una traperera. Ninguna revista de modas se interesaría por esa imagen. ¡Y tan bién que se veía usted esta mañana, Amanda!

EL DÍA EN QUE DESAPARECIERON LAS CALUGAS "TITÁN"

Ejercicios físicos rigurosos. Estudios constantes. Limpieza. Agua, jabón, cepillo. Pelo perfectamente peinado. Ropa impecable, gris o gris oscuro. Puntualidad. Eficiencia en el trabajo y trato objetivo con el prójimo aunque con un toque cordial. Nada de alcohol ni mujeres. Esa era mi vida desde que desaparecieron las calugas "Titán".

El camino que seguía era claro. Una ruta sin bifurcaciones. Ese sendero me lo había marcado Carlos, un hombre fuerte, puro, de gran inteligencia y sobriedad. El nunca supo que yo lo había elegido para semejarme a él. Una sola vez me habló. Fue un encuentro fortuito. No me dijo nada especial. De esto hace sus buenos veinte años, pero me acuerdo muy bien. Fue en una mañana de otoño, rumbo al colegio de Agua Santa, pateando las hojas secas de la vereda. Eran tiempos gloriosos.

—Trim-salabam —me gritó una cabeza rubia desde la ventanilla del bus en movimiento.

—Salabam, salabam —respondí gritando a mi vez desde la vereda.

El dinero que me daban para irme en bus lo guardaba para comprar calugas "Titán". Eran sólo veintidós cuerdas las que tenía que caminar.

Yo tenía nueve años y Carlos unos dieciséis. Él era campeón de tenis. Entonces, esa mañana, a una cuadra del colegio, me alcanzó con sus largas zancadas. Oía a jabón. Me permitió llevarle sus tres raquetas.

—¿Cómo te llamas, chico? —me preguntó. Hasta el día de hoy recuerdo su gesto amable y seductor. En el patio le entregué las raquetas ante las miradas de mis compañeros. Carlos las tomó y, ya sin mirarme, puso levemen-

te su mano sobre mi cabeza y siguió su camino.

—Trim-salabam —dije.

—Salabam, salabam —me respondió dándose vuelta con una sonrisa amistosa.

LAS NOTICIAS GRAFICAS

GRINGA LOCA HACE DE LAS SUYAS. SE FUE CON DOS MARINEROS PERUANOS. Una dama con varias copas y décadas a cuestas que se encontraba bebiendo en el Cap Ducal, puso fuera de combate de un solo derechazo a un fornido alemán, y adujo que éste, espontáneamente, le había acariciado el trasero, y que a ella le gustaban los latinos. Al ser requerida para que dejara el lugar, noqueó al maître de dos uppercuts seguidos, izquierda y derecha, y se fue muy bien acompañada por dos marineros peruanos, un par de petisos que no le llegaban ni al hombro y cuyos brazos se hacían cortos para entrelazarla por la cintura.

EL ALEMAN EN LA POSTA. CUENTA DE PROTECCION PARA EL MAITRE.

Al año siguiente Carlos desapareció del colegio. Unos decían que estaba en la universidad, otros, que haciendo exploraciones en Africa, otros que en la China o que recorriendo el mundo en el yate de sus padres. Lo que sí todos percibimos fue que el colegio perdió luminosidad con su ausencia. Fue frecuente la exclamación de "Ah, si estuviese Carlos...", seguida por algo respecto a cualquier situación que hubiese sido diferente con la presencia del compañero ido. Incluso nuestro saludo de "Trim-salabam" fue perdiendo sentido y paulatinamente reemplazado por el "hola" y el "quiubo" de todo el mundo. El grupo de exploradores se deshizo. Ese año, el colegio no participó en los campeonatos interescolares. Lo de las calugas "Titán" fue una coincidencia, pero dejaron de salir, simplemente desaparecieron de los negocios.

Dicen que cuando algo se va, algo viene en su lugar. Pero a mí, las desapariciones comenzaron a dolerme ya a los nueve años. Nunca me han gustado los cambios. Fue duro cuando mi papá cambió el viejo Chrysler 1930, después de diez años de uso, por un flamante Ford, el mismo año en que se fue Carlos y desaparecieron las calugas "Titán".

LAS NOTICIAS GRAFICAS

GRINGA LOCA SUMA Y SIGUE. La señora ésta casi quebró la banca del casino. Después convidó a una veintena de señores de ascendencia árabe a una chambre separé donde comenzó a bailar en torno a una botella. La salita fue allanada por la fuerza pública. CASI ESTRANGULA A UN CARABINERO CON SU BOA. THE QUEEN OF THE BOTTLE (bajo este titular, el periodista reseña en norma culta formal en qué consistía el baile que terminaba con la cuasi desaparición de la botella entre las piernas de la espectacular danseuse).

No era tan fácil seguir levantándose temprano. Todo iba cambiando tan rápidamente. No era lo mismo ir al colegio sin una "Titán" en la boca. Claro que comenzaron a aparecer otras cosas. Comencé a jugar tenis, pensando en Carlos. Este también había sido el mejor alumno. Poco a poco lo fui logrando yo también. Su recuerdo me ayudaba, me guiaba. Dos años después comencé a ayudarles a los profesores. Formé un equipo de fútbol. Reorganicé los exploradores. Reintroduje el "Trim-salabam". En mi último año salí campeón. Recibí los diplomas al mejor compañero y al mejor alumno. El secreto estaba en que tenía un modelo a seguir metido en los huesos hasta el tuétano. El ser el mejor se transformó en una conducta casi profesional en mí. Fui el alumno modelo de la Escuela de Leyes, no sólo en los estudios, también mi conducta y aspecto eran impecables. Perfectamente vestido y peinado. Trato fino, no sin cordialidad. Vida privada ascética salvo las poluciones nocturnas de las cuales no soy responsable. Nada de licores o sexo. Estudio, gimnasia, deportes, ejercicio espartano de mi profesión.

Hasta que un día, una gringa loca fue detenida por varios carabineros que se defendían más mal que bien de los aletazos de esta loca que chillaba y graznaba como una de esas enormes aves prehistóricas. Mi secretaria me trajo el diario de la tarde (que yo jamás compraba ni leía) con la noticia profusamente comentada. Me producía asco esa prensa y sus fotos así como detestaba todo lo desordenado, lo sucio, lo maloliente, pero, al parecer, la noticia era tan sensacional que mi secretaria no quiso que su jefe fuese el único ser en Valparaíso que la ignorase. Sentí una

garra enterrarse en mi plexo solar. Me afirmé en la mesa.

—¿Le pasa algo? Por Dios. Qué cara tiene.

—Tráigame agua, por favor, —le pedí a mi secretaria.

Tragué dos píldoras para los nervios (las tomaba de vez en cuando).

—Ya se me va a pasar.

—No sé. ¿No quiere que le haga de chofer hasta su casa?

—Creo que sería mejor. Si no es mayor molestia.

Le pedí que parara frente a un quiosco. Compré todos los diarios y revistas para tener una visión más global de la noticia.

Mi secretaria me dejó en casa con una sonrisa preocupada y un consejo descabellado:

—Haga ejercicios respiratorios.

Entré y me desmoroné en mi sillón de lectura. Dios santo. Tenía que serenarme, preparar leche caliente o algo. No quería ver los diarios aún, pero los ví. Uno después del otro. Los titulares, las fotos, los textos. Con los ojos y la boca muy abiertos, el papel temblando en las manos. Ese rostro, tras la pintura grotesca, bajo ese sombrero de plumas, guardaba rasgos de perfección griega. Las piernas delgadas y musculosas, el abdomen hundido, delataban al atleta. Debajo de la gruesa pintura, los labios estirados en una sonrisa salvaje. De pronto, la imagen del diario cobró vida. El rostro pintarrajeado de Carlos se movió. Sus ojos me miraron reconociéndome y sus labios abandonaron la forma de la sonrisa para modular "Trim-salabam" que salió de su boca con voz cascada. "Salabam-salabam", le respondí quedo.

Ni la ducha caliente ni la leche tibia me calmaron. Salí a caminar al centro, aparentemente sin rumbo. Pero, de repente, me encontré en una tienda de lencería comprando medias caladas, portaligas, zapatos de taco alto y una falda abierta a un lado que me permitiría mostrar la pierna hasta las caderas.

UNA MADELEINE NO ES UNA MARRAQUETA

No se trata de narrar a lo choma y atropellar el punto de vista, pero cuando a un tipazo, uno que puede joder nos a todos, pero que no jode a nadie porque lo que le interesa es la humanidad, retomo, cuando a un tipazo, me refiero a Manuel, lo embauca (lo hace comer mierda, quiero decir) una pelafustana de esas que se pintan y esmaltan hasta el clítoris, entonces, uno manda el punto de vista, el foco y la voz, la distancia, la perspectiva y el grado cero allí donde deben estar: junto con las prolepsis y analepsis.

Manuel, ¡viejo pelado y peludo!, aún te veo con tus libros, vistiendo abrigo en pleno verano, agachado, avergonzado de tu metro ochenta y cinco, rumbo a tus alumnos. Cuatro clases tuyas equivalían, en dinero, a lo que el reparador ganaba en media, arreglando cañerías. Pero nos tenías a nosotros, a Lucho y a mí, la gallada del barrio, el cafecito y los cigarrillos en mi casa, escuchando a Vivaldi, la botella de pisco en casa de Lucho, riendo como loco con las cosas que se nos ocurrían. Tú eras el tranquilo de ojos amistosos que escuchaba complacido nuestras mentiras. ¿Qué te pasó, Manuel?

La conocí, nos conocimos durante la conferencia de un español sobre el soneto. En verdad, el español quería hablar de sí mismo más que del soneto, y, realmente, así lo hizo. A mi lado, escuchando embelesada, una jovencita bien, más que bien, ropa cara, destellantes anillos, olorosa a perfume francés, suspiraba con la boca pintada, entreabierta. De pronto, me presionó el brazo con sus largos dedos, uñas rojas. “¿Tienes un fósforo?”, musitó en

mi oído y, realmente, me estremeció su aliento caliente. Le encendí el largo cilindro blanco. Luego me agaché para recoger los libros que se me habían caído en la acción, y ella arrojó el cigarrillo al suelo, tan largo como al prendérselo, y lo aplastó con su zapato de baile. Al incorporarme con mis libros en la mano, su boca se aproximó otra vez a mi sensible oreja, "gracias", murmuró y volvió a estremecerme. "Graacias", dijo el peninsular. Aplaudimos. Ella me ofreció su sonrisa grande.

—¿Te gustó? —quiso saber. Se sacudió el pelo.

—Bueno ... —la gente se ponía de pie y había que dejarla pasar. Salimos juntos. Es decir, ella salió a mi lado.

—¿Cómo te llamas? —otro cigarrillo apareció entre sus anillados dedos. Apreté los libros bajo mi axila izquierda, fuertemente, y se lo encendí. Una vez afuera, lo dejó caer y lo trituró con su zapato de bai..., una lástima porque estaba entero y le habría servido a más de alguien.

—Manuel —la miré así como miro a mis alumnos—. ¿Y tú, cómo te llamas?

Volví a tocarme el brazo. Dedos eléctricos.

—¿Vamos a tomarnos un café?

—Lindo nombre. Bueno, ya.

Comenzó a trazar figuras en el aire con sus manos y cayendo en una especie de trance comenzó:

—¡Qué interesante, el poeta! Tan profundo, tan mágico lo que presentó. ¡Qué hombre más sabio!...

Habló bastante mientras caminábamos por las veredas del centro atrayendo miradas masculinas y femeninas. A mi chaqueta le faltaba un botón, mi camisa era azul, mi chomba verde, mi chaqueta gris, a mí no me importaba y parecía que a ella tampoco. Su mano voló hacia mí, esta vez, hombro. "Aquí". Le gustaba susurrar en mi oído, a mí también empezaba a gustarme. Se había detenido frente a un hotel. (Aquí). ¡Un hotel! Guarda, tranquilo, sos un hombre de mundo, sos. Entramos. Suelos de cuerpo. Pero ella se detuvo frente a los ascensores y yo casi seguí hasta el mesón del conserje. En el sexto piso estaba el coffeeshopgardentearoom. No había nadie. Nos sentamos al lado de una ventana y un árbol de interior.

—Un capuchino y una madeleine —pidió ella al com-

pasivo chaqueta verde. Creí que había pedido para los dos, pero el chaqueta verde, con el rostro deformado por la conmiseración, esperó mi pedido.

En mi calidad de narrador omnisciente podría agregar algo sobre el mozo, pero dejémoslo para otro capítulo, o para otro cuento. Así había comenzado, con un Manuel muy consciente de todo, casi siguiéndole el juego a la pelafustana. ¡Quién te ha visto y quién te vio!, a vos te hablo, fulanita, hace un año eras morena, narigona y panzuda, un bagrecito, y estabas comprometida con tu primer y único cortejante, un empleado de notaría que ahorra para los muebles, pero tú te avivaste con la plata y te hiciste la cirugía en la nariz, la succión en la panza, dientes nuevos, pelo rubio y el resto para trapos que para muebles no estabas. El escribiente de la notaría se voló de entusiasmo y se olvidó de los muebles cuando apareciste, nacida de nuevo, con falda corta Christian Dior, rubia argentina, naricita traviesa, claro que también, se encontraron en una esquina, todos los varones de la intersección Ahumada-Huérfanos se entusiasmaron y vos lo notabas, pelafustana, y te rascabas el muslo dos centímetros más arriba de donde te llegaba la Christian Dior. Y el suchecito de notaría se achicó, se chupó, y desapareció. Ya no sos mi Graciélita, ahora te llaman Lachela. Laralá, la fiesta comenzó, laralá y así Lachela empezó, hasta un senador de la República se la clitorizó con su nicotínica lengua whiskosa, generales, vendedores, extremistas, laralá, la fiesta continuó, idilios antiplatónicos con medio Santiago (¡para lo grande que es Santiago! ¿no es cierto?). Claro que siempre se exagera en esto de los excesos. Y se comprende y se perdona, Graciélita sólo la había visto en fotografías y litografías, ahora, Lachelita, quería conocerla personalmente, tantearla, manosearla, besarla, sentirla. Pero en el fondo de su corazón, Lachelita seguía siendo Graciela Avendaño, burguesita como todos nosotros, ordenada, ahorrativa y con unas ganas locas de casarse, de tener su nido, claro que no un escribano de notaría, tampoco con un empresario que la calaba a la primera mirada, pero sí con un distraído profesor de Castellano (Manuel), con un hombre tranquilo, criterioso, con fama de

sabio pajarón, que la quisiera y que, bueno, no se enterara nunca de que seguiría, eso estaba decidido, a conchazos limpios por el mundo, vergaterapia intensa, chupando y acogiendo miembros erectos así, más, qué rico, ya, en hoteles elegantes con perdices escabechadas, vino de ese más caro que el whisky, y luego, volver donde el marido cariñoso de voz ronca, tranquilo, libro y chal escocés, pipa, que la miraría embelesado, miss universo, rubia, muslitos, dientes, naricita, flaca y potoncita, al hogar, a la retaguardia acogedora, al café con leche y tostadas, a esa música sedante que Manuel colocaría para acompañar sus lecturas bien fumadas.

—Tráigame lo mismo —le dije al chaqueta verde. Y a ella: —El eterno problema de los códigos. ¿No te parece?— pero a ella no le pareció en absoluto, sonrió y se asustó un poco.

—Código —insistí—, pan francés, pan batido y marraqueta, es cosa de ponerse de acuerdo.

—Una madeleine no es una marraqueta —me dijo rápidamente y consiguió hacerme reír aunque no era esa su intención, lo que quería era ganarme por goleada y por eso le dije:

—Y si no, pregúntale a Proust.

—¿Prus? —labios rojos, gruecesitos.

—El panadero del barrio.

—Yo no converso con los panaderos —se apresuró a decir y al segundo captó de qué se trataba, se rindió y me sacó la lengua, mmm, así, larguita, puntudita, húmeda, rosada, mmm. Y comenzó a preguntarme sobre mi vida. Dónde vivía, qué haces, hobby, cantante favorito, signo del zodiaco, los domingos, los amigos, la religión, y yo, ¿y tú?, mordisqueando la madeleine, revolviendo la crema con el café.

No fue tan caro después de todo. Caminamos, luego, por una calle que no viene al caso, bueno, ya, Huérfanos. “Aquí vivo yo”, me susurró echándome el aliento en la oreja y volví a estremecerme.

Vivía con Mabel, otra ninfa (vagabunda), pintada, deliciosamente perfumada, ella, por supuesto, la pelandusca, porque mi amigo Manuel vivía con sus padres en el barrio

Nuñoa, claro está, profesor igual que su papá, su mamá y su abuelo. El se reía solo mientras comían, pero yo, narrador omnisciente al fin, sabía hasta dónde estaba tocado (hasta el epéndimo), el Titanic se hunde aunque bailen ragtime en salones y cubiertas; el vaquero que sonrío mefistofélicamente después del duelo, guarda su revólver y cae muerto creyendo haber ganado, cuando hasta los alumnos se daban cuenta y le dibujaban corazones flechados y partidos en la pizarra, con simpatía, pues el tipo era querido y cómo no querer a un sencillote, bondadoso, letrado, tranquilo, justo y profundo profesor. ¡Viejo Manuel, pelado y peludo!

—Aló —el susurro de su aliento por el teléfono—. ¿Adivina con quién hablas?

Treintón, casto salvo doce o catorce desastrosas idas a putas en su vida y no más de cien poco gratificantes ordeñadas a mano que más la vergüenza.

—Con Graciela —adivinó él (brillante, a la primera).

—Quiero verte —el aliento siseó por el fono.

—¿Cuándo?

—Esta noche, tonto, conoces a Prus y no te das cuenta de las cosas.

—Te paso a buscar a las...

—Nueve y media, grandulón, te espero.

Se cambió de camisa, cepilló los dientes, bañó en agua de colonia cítrica y partió embalsamando el bus con la refrescante loción limonera. Hubo comentarios entre los pasajeros que arriscaban la nariz, ¿quién será el huevón? El huevón compró chocolates, ahí se fueron dos horas de clases dictadas a alumnos picapiedras de los extramuros.

Me abrió la puerta y, sin decir palabra, me besó la mejilla. Roce de pelo, de labios, una chispa de saliva.

—Mm, qué oloroso. ¿Qué es eso? ¡Bombones! Mabel, toma. Vamos.

Mabel no estaba pintada y parecía un espectro. Salimos. Ella era mi guía, Migraciela, por ese centro santiaguino. "Aquí es", me susurró. Entramos a la oscura discoteca.

—Un alexander.

—Un pisco sour.

—Ven, bailemos —me su...

Música suave, dientes, pelo rubio, colocó sus manos tras mi nuca, yo la tomé con ambos brazos por la cintura y todo su liviano y duro cuerpo se pegó al mío y cuando digo todo quiero decir eso, todo, todo y con todo. Y bailamos casi sin movernos y yo no podía contener la erección, la música no terminaba y ella puso su cara en mi cuello, sus muslos rozaban los míos y la erección, piensa en otra cosa, no puedo, se mueve suavemente arrastrando mi sexo con el suyo, Dios, y no pude más y me entregué y exploté en semen con rítmicas pulsaciones sobre su sexo, casi me desmayé.

No lo vimos durante dos meses. Matrimonio ad portas. Se encontraban día por medio porque los medios ella, durante esos dos meses de noviazgo, se encamó con veinte tipos diferentes y se dejó encamar por tres lesbianas diferentes, pero Manuel no vio cama ni los domingos. Iban al cine, a almorzar, a comer, un beso de despedida, no muy largo porque... y ni que hablar de ir a bailar porque lo mismo. Claro que las vesículas seminales de Manuel pedían guerra a gritos. Y apareció en mi casa.

—Siéntate y ponte cómodo —le dijo Lucho agitando la coctelera mientras yo colocaba las Canciones sin Palabras (Mendelssohn).

—Pásenme un cigarrito.

—Desembucha.

Nos mostró hasta su foto (la que ella repartía con su teléfono a gerentes, industriales, estudiantes con plata, mujeres con pantalones de cuero, etc.).

Que el narrador no debe comentar el acontecer ni mucho menos decirle al lector lo que debe pensar, ya, pero créanme, créeme lector ficticio y también el virtual, que cuando vi la foto no me dio rabia, me dio pena. Todo lo que se aparta de lo centrado, de lo equilibrado produce tristeza, porque lo excéntrico es patológico. Así lo vio también Lucho. Dejamos hablar a Manuel sin intercambiar ni una sola mirada. No es necesario ser omnisciente para darse cuenta de que el *sí mismo* de Manuel vino a pedir ayuda, porque si no, ¿para qué vino? El, Manuel, no se daba cuenta, su *yo* no se daba cuenta de que su *sí mismo* pedía ayuda. (Omnisciente, el roto).

—... y ustedes debieran hacer lo mismo —seguía perorando Manuel—, el hombre solo no es un hombre...

Se mandó el tercer pisco sour doble y se fue mirándonos en silencio, fumando, Lucho y yo, los dos amigos buenos para hablar, pero incapaces de quebrar un huevo. Lucho no era ningún cualquiera, dentista con posgrado en Italia, y yo tampoco era del montón, y si socialmente somos apagados, es porque esa parte no nos interesa.

—Esto va a terminar mal y cuando digo mal, Lucho, digo muerte, ruina, desastre, humillación, suicidio, locura, sangre, Sófocles, Eurípides...

—Nada de eso ocurrirá.

—¿.....?

—Tú no me conoces, flaco.

—Nadie se conoce.

—Estoy hablando en serio. No me conoces. No sabes, sólo yo sé hasta donde puede llegar Luchito cuando se lo propone. Voy a llegar a the end con ella. La voy a joder. Manuel vivirá.

Lucho, el hombre de las mil caras, luciendo su pinta de marqués de Echenique, sencillo y elegante, con dos gotas de Yardley en el pelo y otra no sé dónde, llamó por teléfono. Conocedor de mujeres, la trabajó por la curiosidad tu nombre es de mujer. Tengo que decirle algo muy serio de Manuel, su novio. Voz impostada ronquita y suave, la de él y un susurro la de ella, ven te espero a las siete, ¿sabes mi dirección? Hasta luego, señorita. Hasta la tarde. Le sonó a Lucho como "hasta la tarde, tesoro", pero no, no dijo "tesoro", pero dio la impresión de que casi y no le habría sonado nada mal si lo hubiera dicho, musitado, en su varonil oreja peluda. Las mujeres me dicen "Luchote" y ellas saben por qué.

Fue como (no me gustan las comparaciones, pero esta vez, perdónenla) cuando ese famoso boxeador argentino se preparó para el mundial de todos los pesos, un tipo buenmozo, joven, la cara aún entera, alto y casi delgado, en circunstancias que el campeón mundial era un negro feo de cuarenta y seis años y todos apostaban por el argentino e incluso se temía por la vida del cuarentón. Hasta el día de hoy, el argentino no se ha despertado. Toda-

vía está durmiendo. El negro lo calzó en el primer round y el argentino no se levantó más, nunca más, y ahí sigue durmiendo cuidado por su mamá.

El pobre Lucho no tuvo nada que hacer, fue ella la que casi lo hizo llegar al the end en el primer round, al abrirle la puerta, pararse frente a él y rozarle la rodilla con la suya, rubia, muslos, dientes, aliento. Salieron. Y al otro día también. Y todo cambió, claro, ahora se trataba de lo contrario, de que Manuel no la viera con él, con Lucho, que comenzó a asediarla, a rogarla todos los días, trapero, estropajo, que por favor, no, no me dejes así, no, que la llevaría a los tres restaurantes más caros, uno después del otro, que por último con la pura lengua, estoy loco, ¿me entiendes?, se arrastraba Lucho. Es que después de la segunda salida lo había entrado al departamento, a su piececita y nada, Luchito no se había transformado en Luchote, estas cosas les pasan hasta a los tenientes de caballería, ella se daba cuenta y le bailaba suavcito cargándole la mente de imágenes, Lachelita con una rodilla sobre la cama, Lachelita a horcajadas en una silla vienesa, Lachelita... y todo con esa minúscula faldita plisada, haciéndose la tontita, con voz de niña. La tercera vez, después del cine y comida, un besito de despedida en el umbral, pero él, ahora sí, pero ella se escabullía. La cuarta, la quinta, la sexta, la séptima (cabalística vez) él la fue a dejar a su departamento, estaban frente a la puerta y él no pudo más y cayó de rodillas, le enlazó las caderas, hundió su rostro en su falda corta y allí no más apareció Manuel con su carota de bueno, una caja de chocolates y un gigantesco ramo de flores hasta con abejas. Venía de sorpresa, el buenazo de Manuel, iluminando el pasillo con su sonrisa.

Y yo, el omnisciente narrador, estaba dentro del departamento, feo de mi parte, pero me había avivado con la Mabel, la de cara de espectro cuando no se pintaba, uno también tiene su pichulita. Y cuando se armó la gresca en el pasillo salimos a ver qué pasaba. Lucho, Manuel, Lachelita, Mabel y yo. Hubiéramos podido cantar el quinteto de no sé que opera de Verdi, pero la cosa fue algo más cruda. Lachelita tenía las manos tapándose las orejas y Manuel le aforró el primer aletazo a ella (quizás le dio

pena el hombre arrodillado, vencido) y por allá saltaron la peluca y los dientes postizos, Lucho, arrodillado, miraba las flores que le cayeron encima, un homenaje incomprensible. Yo daba manotazos al aire para defenderme de las abejas, eran tres y estaban enardecidas y la agarraron conmigo. Mabel abrazó a Manuel para detenerlo, no por otra cosa, y este carajo le encajó una trompada que casi la descarretilló, la pobre se desmoronó cual castillo de naipes sobre el tembloroso cuerpo de Lachelita de cuya boca desdentada salía un "flur, flur" incomprensible. Recién entonces le cayó a Manuel la chaucha de quiénes eran los dos varones que estábamos allí (aparte de él, por supuesto). "Tranquilo", le dije mientras Lucho se ponía de pie con una flor en la mano y murmurando algo de Shakespeare que no venía en absoluto al caso. Manuel con los ojos y la boca abiertísimos respiraba agitado dispuesto a seguir con la ronda de aletazos, medía un metro ochenta y cinco el bruto. Pero apareció por esas cosas de Poe y Quiroga, el español de los sonetos con una bolsita de gomitas y más atrás, con un paquete de pasteles, el chaqueta verde del coffee room. El septeto de Donizetti. Faltaba que llegara el boxeador argentino, pero éste no podía (y además no tenía pito que tocar en esta historia). Los cinco varones contemplamos el pelo mapuchoide de Graciéla sobre las pinturas corridas, las pestañas colgantes y la boca desdentada, flur, flur, flur. No fue necesario pelearse los ascensores, había para todos.

Manuel, Lucho y yo nos fuimos a una taberna oscura. Un habitué, frente a una botella de pisco, nos miró entrar con los ojos más tristes que haya visto. Podría haberse tratado del escribiente de notaría, ¿no es cierto? Hubiese sido la gran oportunidad del suchecito, pero esas coincidencias afortunadas las da Charles Dickens, no la vida. El hubiese podido subir y consolar a esas dos mujeres adoloridas, derrotadas por el poder masculino, en fin. Lo que importa es que recuperamos a Manuel, un tipazo que puede joder a cualquiera.

EL PAILON

Acababa de cortarle la punta a un habano con mi vieja cortaplumas (un recuerdo, por supuesto. No me gustan las cosas antiguas, pero esta cuchillita sevillana me la había regalado mi abuelo) cuando sentí que alguien entraba a mi pieza sin haber golpeado previamente a la puerta. Era un muchachón de cuerpo amorfo que me miró con ojos de ciego. Sentí una inmediata repelencia al verlo. Un gusano vestido con ropas de espantapájaros.

Tenía pensado permanecer allí una semana por un asunto de propiedades. Me fue fácil orientarme en esa ciudad, pues había pasado allí buena parte de mi infancia y adolescencia. No había cambiado. La gente seguía con la vista mi pesado automóvil. Lo único nuevo, era el hotel donde dos mozos se precipitaron sobre mis malestas. El conserje, de exagerada elegancia, me miró afablemente, a mis órdenes, pero a los dos segundos, toda sumisión se esfumó de su semblante y fue reemplazada por una expresión de superioridad burlona.

— ¡Tú! — exclamó incrédulo.

Lo miré sin sorpresa, algo fatigado por el viaje.

— Déme la pieza más grande o una suite, si tiene. Me voy a quedar un par de días.

Sus ojos burlones se volvieron ahora curiosos. Me pasó una ficha.

— Déjate de bromas — la sorna volvía — tú eres... a tí te decíamos... ¿Oye, de dónde sacaste esa pluma?

Miraba la Montblanc hecha a mano, un obsequio de mis secretarias.

— Estoy cansado — le confié —. ¿Todavía existen esos

camarones aquí?

No supo responderme. Antes, por lo menos, la ciudad era famosa por sus camarones de río. Un mozo me guió a una confortable suite. Después de ducharme y cambiarme de ropa, salí a dar una vuelta con la no muy clara intención de echarle un vistazo a las propiedades de la plaza de armas, en la que me detuvo un gordo mal vestido:

— ¡Epa! —me dijo casi riéndose—. No me digas. Yo sé quién eres. Te teníamos un sobrenombre...

No le respondí, pero me detuve.

—Claro, claro —continuó—, eres tú.

Reinicé mi marcha dejando que el gordo se riera solo. La alta sociedad del pueblo se repartía la plaza por paseos. Aquí, los más jóvenes; en este otro lado, las parejas; en aquél, los adultos. Varios me miraban de arriba abajo, un forastero, pero luego me reconocían y la expresión de burla condescendiente iluminaba sus rostros.

En el hotel, cené camarones y vino blanco. Deliciosos, no los había comido tan grandes en mi vida. El maître comenzó a recitarme los platos de fondo, pero yo me repetí los camarones. Valían la pena.

El día siguiente lo dediqué a mis negocios. Era toda una manzana la que les iba a comprar a un grupo de propietarios quebrados o venidos a menos. Demolería todas esas casas feas e insalubres para levantar algo realmente nuevo.

Lo atendí en la salita de mi suite. El primero en entrar me miró atónito para hacer enseguida un ademán de desprecio con su mano derecha. Asfixió una risa y dio la vuelta dispuesto a abandonar la pieza.

—Ofrezco tres millones por su propiedad. Al contado —le dije con sequedad. No quería perder tiempo. Se detuvo y me examinó. Zapatos, pantalones, camisa, peinado. Luego recorrió la suite con su mirada, las maletas de cuero, los libros sobre el velador... Su semblante se transformó:

—¿Eras tú el que fue a ver las casas en un Mercedes esta mañana? ¿Y a los otros? ¿Cuánto les ofreces?

—Lo mismo.

No hacía diferencias por tamaño. Todas esas casuchas hedían. De eso iba a surgir algo fuerte y sólido y no sin

cierta gracia.

—Acepto.

—Bien, pase al bar del hotel donde le servirán algo, a mi cuenta, por supuesto. Espere a que termine con los demás. Mi abogado examinará después los papeles. Eso es todo.

Todo resultó satisfactoriamente. Una vez solo, hice que subieran hielo y una botella de whisky. Encendí un habano y me repatingué en el sillón. Los negocios son un misterio. Uno nunca sabe. Siempre hay algún factor imprevisible. Uno puede vender un bodrio de casa con un tesoro en el sótano. O comprar una finca abandonada con un filón de oro a dos metros de profundidad. Al parecer, el garzón que trajo la botella dejó la puerta abierta, pues, de repente apareció este muchacho desagradable y con cara de asustado. Algún hijo de algún propietario que venía a pedir que diera algo más. O qué sé yo.

—Siéntate —le dije. Después de todo, las entrevistas habían sido más breves de lo que me había imaginado. El torpe muchachón no hizo el menor caso a mi ofrecimiento amable.

—¿Quieres un trago? —este en su vida debía de haber probado un etiqueta negra ni de ningún otro color. Me di cuenta de que llevaba una de esas redes que suelen usarse para atrapar mariposas.

—¿Juntas insectos? —le pregunté dominando mi anti-patía, no deseaba ser hosco.

—No —dijo con voz blanda, los labios sueltos—. Voy a ir a pescar camarones al río.

—Conque esas tenemos. Te comprendo. Son exquisitos. ¿O los pescas para vender?

—No. No, para vender. No los he comido nunca. Y se quedó allí inmóvil mirándome fumar. Sus zapatos estaban deformados, la ropa raída, pero no era esa ropa deportiva agradable en su desgaste, sino que prendas sin gusto cuya fealdad se acentuaba por el exceso de trajín.

—Chao —exclamó sorpresivamente—, me voy.

Escuché sus pasos flojos por el pasillo. Me reí. Seguramente no pescaría nada. Entonces decidí darme una vuelta. Salí y comencé a seguir al tontorrón en su camino al río.

Una oruga, eso era lo que parecía. Una enorme y repelente oruga disfrazada de muchachón. Se balanceaba al caminar, los pies separados recordaban a los cómicos del cine mudo, lerdo y con una torpeza que le salía de la médula.

En una esquina, un grupo de escolares adolescentes lo zarandeó un rato. Uno lo empujaba cual saco inerte en contra de otro que lo recibía para volverlo a tirar contra un tercero. El muchacho oruga parecía un boxeador goggy. Movía en forma lamentable y sin fuerzas sus brazos para conservar el equilibrio. Bobo. Infrahumano. De buena gana hubiera participado yo también en el juego que terminó cuando uno de los jóvenes le propinó una feroz patada en el abultado trasero que lanzó a aquel amorfo saco de papas contra un poste al cual se tuvo que abrazar para no caer. La pandilla se olvidó inmediatamente de él. A media cuadra de distancia, chupé el humo de mi habano, disfrutando la escena como un lector, un libro. Adolescentes provincianos con el pelo cortado por el único peluquero ya sesentón. Chaquetas y pantalones pasados de moda, confeccionados en serie por el mismo árabe que los vendía. Un grupo feo, burlón y peligroso. Ojos y lengua de navaja. Pasé entre ellos sin mirarlos y, afortunadamente, sin ser mirado.

El río, de lecho enorme y pantanoso, se desmembraba en varios brazos semiocultos por el pasto. Un precario muelle de tablas oscurecidas por la humedad, se internaba unos veinte metros, a ras de agua y barro, por aquel dudoso suelo. Balanceándose con irritante monotonía, el bobo este se metió por ahí en medio del lodazal. Una de las tablas cedió, se quebró sin ruido alguno. El muchachón perdió pie y equilibrio y cayó como un bulto a la ciénaga, a más de un metro del muellecito. Más que un grito, lo que se escuchó fue un resoplido de animal. La masa informe se movió pesadamente mientras se sumía en el barro de quizás cuántos metros de profundidad. Sin sacarme el habano de la boca contemplé el cuadro como un espectador, una película. No saldría. Era demasiado fofo, demasiado inerte. No sería capaz. Se entregaría sin lucha siquiera. Sin duda, ya estaba muerto de puro miedo y sus escasos y desmañados movimientos eran inconscientes.

Unos dedos seguros se sujetaron de una champa de pasto. Levantó, de pronto, la cabeza, un cuello larguísimo la sostenía. Pataleó, primero en forma desordenada y luego rítmicamente. Me acerqué un par de pasos. Estaba luchando. Luchando bravamente. Decidido con toda su alma a vivir. Algo había cambiado también en su semblante. Los dientes apretados. Los músculos masticadores se dibujaban tensos en sus mejillas. Tenía los ojos desencajados por el coraje. Era una imagen de avidez y furor. Creí realmente que iba a morir. Me aproximé lo más que pude. Una mano se aferró a una de las estacas, sus dedos sangraban. Emitiendo pequeños quejidos que nada tenían que ver con el dolor y mucho con la bravura, se arrastró, porfiado, respirando ruidosamente, hacia la superficie de las tablas. Por primera vez, tuve deseos de socorrerlo, pero no fue necesario en absoluto. La lucha por la liberación y la transfiguración había terminado con éxito, sin necesidad de ayuda. Se puso de pie no sin cierta gracia a pesar de su aspecto enlodado, y se hurgó en los bolsillos. Sonrió al comprobar que no había perdido su cortaplumas, un regalo de su abuelo. Un cortaplumas español en forma de navaja sevillana que aún guardo. Después de todo, es el único recuerdo que tengo de mis antepasados.

LA CATASTROFE

—Anda a confesarte inmediatamente. Estás en pecado mortal y puedes morir así.

—¿Mortal?

—¿No sabes acaso lo que es la santa leche? El alimento vital, sagrado, sagrado...

El rostro flaco, sin labios de su madre. Su voz sibilante.

—¿Leche, señor?

—No, por favor —imploró al garzón que no pudo evitar una sonrisa que se esfumó ante la mirada feroz de Ernesto.

No había sido un buen día para Ernesto. Se sentía más sucio que de costumbre. El café estaba cargado, pero su aroma era grato. Tenía que pensar antes de actuar para hacer las cosas como siempre: limpia e implacablemente. No era sólo un buen contador, era un buen sacerdote de Dios. En la oficina lo detestaban. El los escuchaba hablar de él. “El cartucho”, “el apóstol chiflado”, “... llegó más hediondo que nunca”, “no usa desodorante”, “¿te saludó?” Incluso el jefe, todos estaban comprometidos en el robo y él, Ernesto, lo había descubierto. Poco a poco fue juntando evidencias hasta que el asunto se develó cabalmente antes sus ojos. Hacía cinco años que estaban robando y repartiéndose el producto. Incluso Mauricio, si no su amigo por lo menos el que lo saludaba y trataba de hablarle.

Ernesto se movía en su triángulo: la oficina, su casa y la iglesia. Vivía en una pensión para caballeros solteros dirigida por tres viejas anglicanas como él. Comida sana, sin condimentos. Y para él, nada de leche, su solo aspecto le

repugnaba.

Esa tacita de café era un desarreglo. El entrar a esa cafetería también lo era. Es que estaba algo aturcido.

Quince años atrás, cuando adolescente, había descubierto al ladrón de la estilográfica del rector. Había sido el hijito de una empleada del internado. Una Parker finísima, casi de mujer. Conversó con el niño que le confidenció todo.

—Debes decírselo al rector. Has hecho algo impuro.

—¿Y a mi mamá?

—No. Ella es deshonesta. Al rector.

Al día siguiente ya no estaban ni la empleada ni su hijo. Los habían despedido. Fue el comienzo.

Descubría el pecado y a los que incurrían en culpa casi a primera vista. Un gesto, una mirada especial, un ademán, un tartamudeo despertaban al cazador. Incluso en esa cafetería. Le bastó mirar a la cajera para saber que robaba. Que le dieran media hora y sacaría las evidencias a la luz. Y cuando el garzón se acercó, cafetera en mano, a rellenarle la taza, supo que el muchachón había escupido en el café. Todo lo traicionaba, su andar, la sonrisa torva, los ojos fríos. Pero la mirada de Ernesto fue suficiente. No hubo necesidad de decirle que no deseaba más café. Lo miró y el joven se enredó con sus zapatos y el café hirviendo le salpicó las manos. En la calle ocurría lo mismo. Una vez sorprendió su propia mirada, su gesto implacable, en el espejo de una tienda de ropa. Por eso lo rehuían. Incluso el hombre del quiosco le vendía el diario sin mirarlo, rápido, temeroso.

—Por qué no vienes a tomar cerveza y jugar dominó con nosotros —le había propuesto Mauricio dos años atrás.

—No bebo alcohol.

—Conforme. Tomas una gaseosa, pero acompáñanos.

—El juego no es algo digno. Ha causado ya bastantes tragedias.

La mano de Mauricio estaba sobre su hombro y hacia ella se dirigió la mirada de Ernesto. Mauricio se había retirado sin despedirse.

¡Pobre Mauricio! Ahora limpiaría la oficina. No quedaría nadie. ¡Fuera con la basura! El gerente tendría

que contratar personal nuevo y él, Ernesto, lo asesoraría. No le importaban los ascensos ni el poder. Era cristiano. No era vanidoso. Era limpio y no quería gente inmunda a su alrededor.

Pagó el café sin dejar propina. Al salir, el garzón, agazapado cerca de la puerta, le espetó: "Así es que no te gusta la leche, degenerado".

Salió a la calle excitado por la cafeína. Su religión no la aconsejaba. Se había salido por diez minutos de su triángulo. Sabía que la catástrofe iba a llegar. Hacía años que la esperaba. Varias veces se había preguntado si no podría apresurarla, incitar la suerte. Se sentía sucio. Hediondo a pecado. "Creced y multiplicaos", predicaba Ernesto contra los anticonceptivos, contra el asesinato del aborto. "No es bueno que el hombre esté solo", advertía Ernesto, pero él no se podía multiplicar. Tampoco podía soportar al prójimo, a esa gente viscosa de pecados no se la podía perdonar, por eso él, Ernesto, era un hombre que molestaba a todos y que les daba un poco de miedo, incluso a su jefe. Vivía con ellos en esa oficina, en medio de ellos, pero sin ponerse nunca en contacto con ellos. Lo mismo ocurría en su pensión. En la iglesia, Ernesto era el rigor hecho palabra. Flaco, ojeroso, vestido con ese gris oscuro que se confunde con el negro, pronunciaba un discurso sobre el pecado modulando como si algo le doliera dentro de la boca. La catástrofe se produciría.

—La muerte te va a sorprender sucio —le gritaba su madre. El tenía seis años y había robado un tarro de leche condensada ya abierto, pero colmado de leche espesa y palpitante. Se lo había comido a cucharadas llenas, estremeciéndose de placer. Su madre, al descubrirlo sentado en el suelo detrás de una puerta, no lo había castigado. ¡Que se fuera a confesar inmediatamente! Había sido católico hasta que a los catorce años descubrió que su confesor se reía de él. Desde entonces fue a la iglesia anglicana donde las cosas eran menos relativas, más claras, no había tanto matiz y se era más riguroso. Su guía le proporcionó alcanfor para colocar bajo su almohada. Luego, con la ayuda de un yerbatero anglicano, sus traiciones nocturnas comenzaron a mermar. Las mujeres le repugnaban

tanto como los hombres sucios. Se daba largas duchas con agua fría y jabón de lavar ropa que le dejaban el cuerpo con ese olor que ofendía a sus compañeros de oficina. Su ropa, si bien con exceso de uso, estaba siempre inmaculadamente limpia. No soportaba una mancha en sus camisas tan pasadas de moda como sus ternos oscuros. Quería sentirse limpio. Pero sabía que la catástrofe se iba a producir.

Había una mujer en la oficina, Hilda, que desde el primer día lo miró con un rencor secreto. Hilda le había tomado inquina desde que había entrado. Se habían olido los dos, como animales que se encuentran, y ella erizó el pelaje. Era una mujer con olor a sudor, de axilas húmedas incluso en invierno y que tampoco tenía mayor contacto con los demás. Se robaba las resmas de papel y las cintas para escribir a máquina. Ernesto la descubrió al segundo día y se lo dijo al jefe. Un robo. No se podía encubrir algo semejante. Desde entonces no se miraban. Hilda vivía, le contó Mauricio, con su madre. A media mañana bebía delante de todos un vaso de leche con nata, lo que le producía a Ernesto una fuerte náusea. Ella se daba cuenta y se exhibía bebiéndola delante de él a propósito. Era su pequeña venganza.

Esa tarde se había salido de su triángulo, de su geografía. El café le comenzó a producir ardor. Su aspecto y ademanes despertaban cierta agresividad entre los peatones. Chocaba, empujaba, metía codo en las congestiones de las esquinas. Su mirada, sus cejas enormes amedrentaban toda respuesta.

Le dolía la cabeza. Abrió los ojos. Las primeras estrellas comenzaban a brillar. Estaba tendido en el suelo de cemento, boca arriba. Ya nada tenía que hacer. Sus responsabilidades y temores habían terminado. Unos hombres y unas mujeres se movían, gesticulaban, hablaban en voz alta a su alrededor. Eran la primera vez que veía a seres humanos desde ese ángulo, de abajo hacia arriba. Piernas larguísimas, rostros deformados por la perspectiva. Se dijo que iba a morir sin confesión, viscoso de pecado, pero el miedo no respondió.

—Ya viene la ambulancia.

—No lo toque hasta que llegue el médico.

—Tiene la boca demasiado abierta.

—¿Cree usted que oye?

Aquello ya no le interesaba. Quizás sí temía que esos pies que lo rodeaban lo pisaran, por eso cerró los ojos.

—¿Es sangre?

—¿Cómo ocurrió el accidente?

—Apártense, que le están quitando aire.

Le habían sacado la corbata y desabrochado el cinturón. Le desabrocharon los zapatos. "Perdóname, Dios mío, te pido perdón por todos mis pecados". Fue una oración tranquila a un Dios misericordioso. Lo tendieron hábilmente en una camilla. No abrió los ojos. Le tenían cogida la muñeca. Unas manos lo palparon profesionalmente. De repente, todo se vino abajo, se hundió de golpe.

Cuando tuvo la impresión que iba a emerger se sintió carente de edad y pasado. Estaba a este lado. Del otro lado le llegaba una luz suave. Tenía los ojos cerrados. Sólo de él dependía abrirlos y retardaba aquel instante con placer. Como un niño que entreabre una puerta y asoma sólo un ojo, preparado para una retirada precipitada, al principio no hizo más que separar de un modo imperceptible las pestañas. Una mujer joven, algo gorda, tocada con una cofia almidonada, se inclinó sobre él sonriendo. El también tuvo ganas de sonreír. Una silueta masculina, en la que le pareció reconocer a su jefe de oficina, abandonó el cuarto.

—No se agite —murmuró la enfermera con una voz grave que le gustó. El estaba tranquilo. Una venda le impedía hablar. Sus brazos estaban enyesados, lo notó inmediatamente al tratar de moverlos.

—¿Siente algún dolor?

Negó moviendo la cabeza.

La enfermera le dio dos cucharadas de gelatina y té con una boquilla. Luego le limpió la cara. Pero en la noche, mientras le ordenaba la cama para dormir, su mano le rozó los genitales y tuvo una erección. Vio el tarro abierto, lleno de leche condensada espesa y dulce. Quiso gritar que se fuera y no pudo. Apretó los dientes y le dobló la mandíbula. Relajó su rostro para evitar el dolor. La

mano de ella volvió a tocarlo y, al percatarse de lo que le pasaba, cogió delicadamente su miembro y comenzó a frotarlo muy suavemente. El luchó, creyó que iba a desmayarse, movía la cabeza de lado a lado, pero fue vencido por su carne y se entregó. Las cucharadas de leche dulce, suave y cremosa lo estremecieron voluptuosamente, paladeándolas una tras otra, respirando su aroma sintió aquella leche deliciosa en todo su cuerpo. Se entregó totalmente a esa mano sabia y abrió los ojos. Vio un rostro que lo miraba cariñosamente y se fue en semen entre esos dedos piadosos. Se durmió casi en seguida.

El médico le sacó la venda de la cara. Entre otras cosas se había dislocado la mandíbula.

—Trate de hablar. ¿Cómo se siente?

—Turbado. Quiero agua.

—Le creció la barba —le comentó el médico.

No sintió ninguna vergüenza cuando se quedó a solas con su enfermera.

—Usted es un hombre bien curioso.

—¿Cómo se llama usted?

—Rosa. ¿Es cierto que no tiene familia?

—No. No tengo.

—¿No hay nadie a quien le gustaría ver?

—No.

—¿No tiene amiga?

—No.

—¿Vive solo?

—Siempre he vivido solo.

Cambiaban miradas como dos chiquillos que traban amistad.

Lo habían atropellado, mejor dicho chocado. Las ruedas no le pasaron por encima. Fracturas múltiples. Estaba enyesado entero, una pierna y los dos brazos. La cabeza vendada. Un desastre, pero no había sido suficiente para borrarlo del mapa. Lo tenían en una minúscula pieza a la cual entraba, a diferentes horas, el doctor, un enfermero con las chatas para sus necesidades y Rosa que le aseaba las manos y la cara con agua fresca y le friccionaba la espalda con una especie de agua de colonia. Rosa debía cuidarlo constantemente, pues estaba en observación. Se ha-

bía fracturado el cráneo y había una remota posibilidad de coágulos. La hora de la fricción, en la tarde, era su momento preferido. Aquello no lo azoraba, tampoco cuando al inclinarse sobre él, Rosa le presionaba el rostro con su abultado pecho.

En la cuarta noche, como siempre, Rosa le aseó la cara y le extrajo el almohadón. La ceremonia para prepararlo para dormir. Al alisarle la sábana de arriba bajo su barbilla, Rosa metió su mano izquierda por debajo de las sábanas. Tibia y suave, un poco sudorosa, la mano de la mujer tomó su sexo. Todo el rato que aquello duró, el pudo seguir mirándola sin azoramiento, con los ojos entrecerrados y los labios distentidos por el placer en una semisonrisa.

Había despertado a una nueva vida. Antes de dormirse tuvo deseos de ver cerros, árboles floridos, acariciar a algún perro vagabundo, escuchar algo de música, comentar cualquier cosa con alguien desconocido.

Comenzó por primera vez en su vida a darle a las cosas que se quiere considerar banales la grandeza que le conceden los poetas. Le pidió a Rosa que le trajera libros.

—¿Cuál?

—Las dos o tres novelas que se estén vendiendo más.

Al día siguiente, Rosa no se presentó. La que vino fue una señorita elegante, delgada, de ademanes distinguidos.

—Buenos días —le susurró. Estaba ligeramente perfumada. Extrajo de su bolso de cuero delantal y cofia y se los colocó delante de él, sonriéndole. ¿Le habría dicho Rosa algo? Su elegancia, la perfección de su pelo castaño le recordaron su barba hirsuta.

—Rosa está de asueto. Hoy me toca a mí. Me llamo Ana María.

El sonrió para sí al escuchar la palabra "asueto". En su iglesia también había damas elegantes, pero mientras más elegantes, más sencillas y naturales para expresarse y moverse. Era posible que Rosa se lo hubiese contado. Las mujeres hablan de esas cosas.

—¿Quiere que le lea el diario?

Se sentó a su lado y le leyó. El con sus brazos enyesados no estaba en condiciones de sujetar nada. Le sirvió, luego, el almuerzo con más calma y delicadeza que Rosa.

Limpiándole los labios suavemente cada tres cucharadas se admiró del apetito del paciente. Cuando se llevaron la bandeja le arregló un poco la cama.

—Es la hora de su siesta —le dijo acercándole su cabeza perfumada. Su mano se apoyó sobre su pierna sana y él no pudo evitar aspirar audiblemente el aire por la nariz. Ella aproximó su boca y le propuso:

—¿Quieres?

—Sí. Por favor.

Se metió en su cama después de recogerse rápidamente el vestido hasta la cintura. No llevaba calzones. Y lo montó. Casi desfalleció de placer. Era su primera vez. Eyaculó en tal forma que la sorprendió. Mientras se dormía plácidamente sintió como ella lo aseaba con una toalla húmeda. Una voz seca lo despertó:

—No tiene tan mala cara.

Era Hilda que miraba con aire de reproche la elegancia de la enfermera, el escote, su rostro delicadamente maquillado y, sobre todo, la atmósfera de familiaridad que reinaba en la pieza. Las miradas de inteligencia que cambiaron los dos la azoraron. "... y me han encargado que le transmita sus deseos de una pronta..." Terminó su breve discurso disgustada al extremo. Y se fue. Ernesto estaba seguro de que al recorrer el camino hasta el bus, ella movía los labios y vertía solitariamente su bilis sobre Ana María, sin una razón precisa, por instinto. Y hablaría de ella, de ellos, con su mamá ya que en la oficina nadie le hablaba ni oía más de la cuenta.

Al otro día no llegó ninguna de las dos. ¿Habrían notado algo en el hospital? El enfermero que le ponía las inyecciones con anticoagulantes le tuvo que dar el almuerzo. Pero fue algo alegre.

—No es lo mismo —le dijo Ernesto. El primer intento de broma chusca de su vida.

—Soy famoso por mi mano.

—Así será, pero me quedo con la de las enfermeras.

El tipo detuvo la cuchara en el aire y lo miró algo perplejo. Luego prosiguió la conversación.

Sólo dos días después, una eternidad, apareció Rosa. Justo después del desayuno. Se sacó el vestido delante de

él y se puso el delantal almidonado sobre la pequeña combinación negra. ¿Conversarían entre ellas? Lentamente se le acercó, se sentó en el borde de la cama y mirándolo a los ojos introdujo su mano bajo la sábana.

—¿Y tú? —preguntó él.

Ella miró con miedo hacia la puerta cerrada.

—No vendrá nadie —le aseguró él—. Ven. Hazlo.

Y se dejó poseer por una Rosa anhelante que se desbrochó el delantal y el sostén y le ofreció sus senos con sus pezones hinchados donde él mamó borracho de placer.

Mauricio llegó una tarde. Ninguna de las dos enfermeras había ido en los cuatro últimos días. Nunca habían faltado tanto. Ernesto las necesitaba casi dolorosamente. Por eso el ver entrar al compañero de oficina fue una distracción para olvidar por un rato su carne ardiente. Mauricio notó el cambio en el acto. Esos ojos limpios, esa mirada franca, la sonrisa auténtica no sin picardía no eran las del Ernesto de la oficina. Pero lo trató como antes:

—¿Cómo estás, Ernesto?

—Hola, hombre. Siéntate. Podrías haber traído una botella.

Mauricio, algo desconcertado, intentó reír, sin conseguirlo del todo. Su amigo parecía un adolescente bromista. Ahora era él, Mauricio, el hombre serio vestido de gris.

—Ernesto, vengo a parlamentar.

—¿A qué?

—Falta aún un mes para que te saquen todo ese yeso.

—¿Y? ¡Que falte! ¿Qué te pasa, hombre? Lamento no tener cerveza aquí.

—Es hartó tiempo. Un mes. Quizás más. Más de un mes.

—Pasará, pasará, como dice la canción.

La voz, el tono travieso de Ernesto dejó meditando a Mauricio que, al fin, suspiró:

—Ernesto, sabemos que descubriste nuestra malversación.

—¿Malversación? Robo, hombre, robo —chacoteaba como un estudiante.

—¿Nos vas a delatar?

—No soy encubridor. Lo siento —un dejo de tristeza vino y pasó por el rostro relajado de Ernesto.

—Pasarás un mes muy solo.

—Créeme que no los he extrañado en absoluto —confesó de buena gana Ernesto.

—¿Y las muchachas?

—¿Qué muchachas?

—Las dos que te vienen a culear casi día por medio.
¿Quién crees que te las manda y las pagá? ¿El hospital?

EL PUEBLO

Llegamos al caserío ya de noche. Estaba nublado y caía una que otra gota de lluvia. Junto con introducirnos al pueblo entramos en medio de la narración, pues en este pueblecito apacible se estaba llevando a cabo la cacería humana más descabellada y cruel posible y, por lo tanto, la más triste de todas. Espantos hay muchos, lector, pero nada más espantoso que el hombre. Armados de pistolas, rifles y escopetas de caza, grupos y parejas corrían torpemente por las callecitas precariamente alumbradas. Perseguían para darle muerte lo antes posible a un oficinista con el cual habían compartido muchas cosas. Juntos habían pescado en el río, jugado a las bolitas, al trompo y al volantín. Las fogatas habían iluminado sus rostros durante la adolescencia mientras fumaban marihuana y cantaban al son de guitarras esas canciones de las que ya nadie se acuerda. Juntos se habían enamorado de Ana, la hermana de Juan, el compañero desaparecido y vuelto a aparecer veinte años después vestido de vagabundo y con una barba hirsuta, ojos carbunclosos y un intranquilizante mutismo.

Hacía veinte años que Ana esperaba a su hermano Juan. A Juan no lo querían. Era el jovencito calavera que con el aspecto de salir de una película americana venía a pasar las vacaciones con sus examiguitos de la infancia, de esos tiempos en que no había diferencias entre hijos de empleados, hijos de obreros ni él, hijo del patrón. Entonces jugaban todos unidos y todos eran iguales y se dirigían los mismos insultos y se saludaban igual con ese "cumpa" acompañado de un levantamiento de cejas. Des-

pués él se fue a estudiar y los otros se quedaron ocupando los puestos de los viejos y los puestos nuevos, la empresa crecía, florecía con ese patrón amargado y empecinado que trabajaba y hacía trabajar como si el trabajo fuese la panacea universal.

Juan se había ido una madrugada. Ana lo escuchó. "Juan, ¿qué pasa? ¿Adónde vas tan temprano?" El gesto del hermano no era el del excursionista o del que sale a pasear. "Me voy, Ana, adiós". Le dijo muy serio y muy suave. Ella no estaba acostumbrada a verlo tan serio y no pudo contener la risa. Pero él se fue por la ventana sin llevar nada más que lo puesto y no volvió en veinte años que es casi lo mismo que no volver. Ana lo esperó todo el día. En la noche, a la hora de comida, le preguntó a su padre por el paradero de Juan. "Olvídate de que tienes un hermano" fue la respuesta.

Así supo que algo había ocurrido. Aunque ella, como mujer, ya había notado que algo pasaba entre Juan y los demás del pueblo. Había sido un grupo unido y alegre hasta que su padre le regaló a Juan, cuando cumplió los quince, una motocicleta, la primera y única que hubo en el pueblo. Allí comenzó a segregársele y él a salir con muchachas sin importarle si eran novias y ella, Ana, a admirarlo. Luego había entrado a la Facultad de Economía. Volvió para las primeras vacaciones hecho un pije asantiaguinado vestido de polera, pantalones y mocasines como los modelos en la propaganda de la lavanda Atkinsons.

Quedó en claro que él era el hijo del dueño de la empresa, lo que era decir del dueño del pueblo y de todos sus destinos. Y cuando Rodríguez se robó la remesa con los sueldos y salarios de todos, el único sospechoso fue el loco de Juan que tenía llaves e intruseaba, Juan por su casa, por donde le daba la gana. Al principio, sólo tres o cuatro sabían quién realmente había sido el hechor, pero Rodríguez era como ellos, un simple, sencillito empleado, un oficinista; el otro, Juan, un risueño señorito rubio, hijo de millonario que vestía con casaca amarilla y les robaba las novias. Sin ponerse mayormente de acuerdo todos contribuyeron a acumular pruebas en contra de Juan. Es que era todo tan obvio.

En la víspera de su huida, incluso su padre había dejado de hablarle y evitaba su mirada. Tenía apenas dieciocho años ese amanecer en que se había ido por la ventana muy serio, con un cigarrillo sin encender en los labios, preocupado, pero decidido.

El dinero no apareció nunca. Se supuso que Juan lo había ocultado. Buscaron incluso en el estanque de bencina de su moto. Aparentemente, nadie dudó en lo más mínimo de la culpabilidad de Juan, hasta que cuatro o cinco años después, cuando ya todo era agua pasada, uno de los amigos de Rodríguez cometió una infidencia en una de las fiestas del club, pero no tuvo mayor efecto, pues, al parecer, el secreto no era tal, se sabía y se daba por olvidado. Nadie volvió a hablar de eso, no interesaba ya. Además, Rodríguez no supo invertir la considerable suma hurtada y a los dos años ya no le quedaba más que una descuidada casita de madera en la playa después de, claro, haber pasado dos vacaciones a todo trapo con ruleta, morena y whisky de doce años, totalmente convencido de que se estaba divirtiendo en grande. Por otro lado, el compadre Rodríguez no cambió. Siguió siendo el viejo amigo conversador amable como lo fue desde cabro chico, una buena persona querido por todos. Y Rodríguez no era un ladrón. Aquello fue una oportunidad, mejor dicho, un momento de descontrol, de irreflexión. Aparte de que no le hizo daño a nadie. Y hacía tanto tiempo de eso. Es que habían ocurrido tantas otras cosas. Ese accidente que había costado tres vidas, por ejemplo. Cosas así marcan, quedan como los escándalos de la viuda de Pérez, una hembra desatada que hubo que echar con los carabineros del pueblo. O el intento de huelga cuando el viejo don Juan amenazó con cerrar la empresa y punto. Fue un instante de pánico. No creo en el infierno, compadre, creo en la cesantía. Todos volvieron al trabajo, calladitos. No, la vida no dejaba de ser intensa en el pueblo de mierda.

Durante algunos años, cada dos o tres meses, apareció en los diarios un aviso enviado por el viejo don Juan: "Hijo, vuelve. Todo aclarado. Perdónanos..." Firmado con el nombre del pueblo.

¿Que si lo leyó Juan? No importa, lector. Si lo hubie-

se leído, nada habría cambiado. Lo abandonó todo. Se hizo vagabundo y por nada del mundo dejaría de serlo. Era un converso. En su espíritu, la cosa no estaba muy clara, le parecía algo así como un descubrimiento emocionante. Conversaba con otros vagos, pedía limosna y tenía la impresión de que era aún un niño. Ayudaba, ocasionalmente, en trabajos en forma muy pasajera. En verdad, sólo el frío molestaba a veces. No conoció nunca el hambre. Sabía dónde recoger alimentos, dónde pedirlos y dónde robarlos sin problemas. El mundo estaba rebosante de frescas y exquisitas sobras de alimentos y ropa vieja. Una vez por limpiar un patio le regalaron un abrigo de diplomático oloroso aún a lavanda.

En los inviernos se dirigía al norte por las playas. Comía hígados y huevos de merluza que los pescadores regalaban junto con las cabezas. Bebía leche de cabra en los cerros. Casi nunca faltaba la compañía de otros que habían elegido vivir como él. Varias veces durmió en calabozos de donde salía con la barriga llena de cazuela o carbonada y, en ocasiones, hasta con un cigarrito. Perdió, porque no le interesaba, la noción de los años que pasaban. Sólo su nariz le indicaba el cambio de las estaciones. Entonces, era hora de caminar al sur o al norte. Caminar muy lentamente, pues, en el fondo, ya había llegado. El mundo era de él.

Una noche en que se había embriagado, lo llevaron a una comisaría a pasar la mona. ¡Habría bastado tan poco para que no ocurriera nada! El azar había querido que lo llevaran preso justo una semana después de que su padre muriera abrazado a un sweater de su hijo y murmurando el nombre de Juanito. Su hija Ana, que durante veinte años dejó abierta la ventana por donde se había ido su querido hermano, se ocupó junto con el gerente de la empresa de mandar avisos a la policía, investigaciones, diarios, estaciones de televisión, etc. anunciándole a Juan o a quien lo conociera que había heredado una empresa, una fortuna enorme, todo un pueblo.

Escucha, lector, Juan no era un amargado. Y si él hubiese estado en condiciones de analizar los más profundos abismos de su mente, habría descubierto, ¡oh lector!, que

no se arrepentiría de nada. Por el contrario, le había parecido que su vida anterior de "hombre normal", esa vida que dejó atrás una mañana muy temprano, no había sido otra cosa que una comedia boba y se sorprendería de haber podido llevar una vida semejante.

Miró indiferente al carabinero que lo despertó con los modales de un ayudante de cámara para con un príncipe. Así era la vida. Un día le daban a uno un par de patadas en el culo y al otro, una olla con cuatro presas de pato asado. Tomó sus zapatos, lo primero que te chupan cuando vistes harapos es el calzado, pero él, aún borracho, se los amarraba al brazo con los cordones. "Pase", le dijo el carabinero y casi agregó "señor". El vagabundo pestañeó. Aquello iba en serio. Tan en serio como el desayuno con pan amasado con queso que le sirvieron en la sala de guardia, mientras el teniente hablaba nerviosamente por teléfono. Algo estaba pasando. ¿Lo estarían relacionando con algún crimen o robo?

—Su señorita hermana está al teléfono —le dijo algo más tranquilo el teniente. No sólo le entregó el fono, sino que se levantó y le cedió su silla tras el escritorio.

¿Hermana? ¿Es que tenía una hermana? Muchas veces había tratado a vagas y prostitutas de hermana. Pero una hermana... tan lejos no llegaba su memoria. Es que había franqueado una barrera invisible y se encontraba en otra dimensión, en otro mundo. Hacía veinte años que había despertado en otra tierra y dejado de pensar, olvidado totalmente la anterior. El teniente le quitó suavemente el fono y dijo:

—Aquí está su hermano, señorita, no corte, por favor.

—Juan, Juan —dijo una voz de mujer que luego comenzó a sollozar.

Sin siquiera levantar las cejas, Juan subió al auto, un coche americano grande, y se dejó conducir por ese hombre tan elegante que manejaba con los ojos muy abiertos. Una vez le habían regalado un abrigo casi sin uso, pero pasado de moda, y otro vagabundo le había dicho que parecía un embajador. Suelen pasar cosas así.

El pretérito era una nebulosa. Un sueño del que apenas se recuerdan retazos desvaídos e inconexos. Había

ido a un colegio y su mamá, tenía entendido, había muerto cuando él era muy niño. No estaba acostumbrado a pensar mucho y menos a recordar. Casi se rió al acordarse que una vez un caballero le había regalado una moto. Había más gente, todos sonreían, y velitas en una torta. En otra oportunidad, un risueño joven rubio lo había llevado en el asiento trasero de su motocicleta un largo trecho rumbo al norte, al calor. Era un joven de casaca amarilla que se reía al hacer patinar las ruedas. ¿Su papá? No, no se acordaba. Pero era divertido que un caballero le hubiese regalado una moto.

Pasaron por una ciudad y el notario detuvo el auto y le preguntó si quería cambiarse de ropa. Como no obtuviera respuesta, le dijo directamente que deseaba comprarle ropa nueva y limpia.

—Zapatos, sí — fue la respuesta.

El notario no se atrevió a llevarlo a una zapatería. Sin duda, los calcetines, ¡si tenía!, estaban hechos pasta.

—¿Qué número calza?

El vagabundo le ofreció una leve sonrisa. ¡Cómo iba a saber su número de zapatos!

El viaje continuó por la amplia carretera. Se detuvieron dos veces. En una, el notario se bajó frente a una posada y volvió con sandwiches y una botella de cerveza para su pasajero. La segunda detenida fue a instancias del vagabundo, que deseaba orinar. Lo hizo sobre la rueda trasera derecha del vehículo y no se habría sorprendido en lo más mínimo si el auto hubiese arrancado sin él.

Y por segunda vez entramos, el narrador y el lector, al pueblo. Ahora acompañando el auto del notario con su silencioso pasajero. Pero teniendo bien en claro que la primera vez fue la segunda en el orden de la historia, que no siempre tiene que ser el orden de la narración.

El auto aminoró la velocidad al entrar al apacible caserío arbolado y limpio. Para Juan aquello era otro pueblito más. Todos eran iguales. Se detuvieron ante una casa —para nosotros, lector, la más grande y bonita de todas— que Juan miró largamente. Como el notario se bajó, él también lo hizo y cerró la puerta con un portazo enorme que hizo sobresaltarse al dueño del vehículo.

Tenía sólo cuarenta y ocho años, pero representaba sesenta. Arrugado por la vida a la intemperie, las manos algo temblorosas, larga y despeinada su mata de pelo sucio como su desordenada barba casi blanca, vistiendo harapos de prendas irreconocibles y algo aturdido por el largo viaje, se apoyó con su mano ennegrecida por el sol en la reja de la puerta del jardín por el que venía caminando como una sonámbula, una mujer delgada y hermosa a pesar de los años y de la emoción.

Ana, con los ojos nublados por las lágrimas, pronunciaba, temblando entera, su nombre: "Juan, Juan, Juanito, Juanito..." No acertaba a abrir la puerta de reja. Fue el notario quien lo hizo.

La mujer abrazó al vagabundo y lo besó en las mejillas que olían a tabaco viejo. Lo condujo de la mano, mareada de cariño y emoción, a la que había sido su pieza y le mostró la ventana abierta. Entonces, Juan se tambaleó, apoyó su espalda encorvada contra la pared y musitó maravillado:

—Ana —como si recordara algo que había soñado una vez, hace mucho tiempo.

Entonces, irrumpió otra persona en la pieza, el gerente de la empresa, que sobreponiéndose a duras penas a la sorpresa que le produjo la facha del recién llegado, le lanzó el saludo que tenía preparado:

—Cumpa del alma. Al fin llegaste, grandísimo pecador —y lo cogió por los hombros zamarreando a su compañero de colegio que lo miraba perplejo.

—Déjnmelo —pidió el gerente a Ana y al notario que salieron inmediatamente de la pieza.

—Ahora, compadre, un buen baño y etc. etc... —le dijo el gerente a Juan mientras abría un closet lleno de prendas deportivas pasadas de moda.

Pero en este momento, lector, la narración está en el pueblo, más exactamente en la plaza, frente al club. En los momentos en que se llenaba la tina y el entusiasmado excompañero y ahora gerente bombardeaba a preguntas al amigo, al parecer, no definitivamente resucitado, que se dejaba más mal que bien sacar sus harapos, la gente, sobre todo los empleados y las señoras de los empleados,

comenzaba a inventar otra historia y a recordar otra olvidada.

Juan había vuelto. El hombre que prácticamente habían echado del pueblo. El inocente, volvía como dueño y señor. La venganza era de él. Y parece que la vida no lo había tratado bien. Tenía mirada de loco. Venía a cobrárselas. Sin duda que cerraría la empresa. Y tenía razón. Todos se habían confabulado en su contra. Incluso antes del robo lo habían tenido entre ojos. Conforme, pero había un culpable. La solución sería pedir perdón y entregar al culpable. ¿Y entregarlo a la justicia para que lo juzgaran y dejaran libre al segundo día por falta de méritos? No, eran ellos los únicos que podían hacer justicia. La justicia que pedía y merecía el inocente perseguido. Veinte años de oprobio para un pobre muchacho por culpa de un ladrón. Y por ese ladrón nos van a echar a todos. Es el delincuente el que debe pagar. Y no nosotros. Nuestros hijos. Yo no quiero la miseria para los míos.

Después del baño, el primero de su vida, pues no recordaba otro, aunque sonrió empujando la esponja sobre la superficie del agua como si se acordara de algo, hubo que sacarlo y llevarlo a tropezones a la cama donde, al tenderse, abrió los ojos sorprendido por la blandura de aquel comfortable colchón, y los cerró para quedarse profundamente dormido ignorando que los habitantes del pueblito a su alrededor se habían puesto de acuerdo para entregarle, en la mañana siguiente, un cadáver.

La poblada, una cuarentena, pues también obreros de la empresa se habían sumado a los victimarios, se había dividido en patrullas para buscar y matar a Rodríguez. Pasaron por la cancha donde habían jugado volleyball con el perseguido, por la puerta del colegio donde se juntaban cuando niños a las cinco de la tarde para decidir qué hacer con el resto del día, pero, por supuesto, nadie se acordó de eso ni tampoco de la fiesta de despedida de soltero del ahora condenado cuando pasaron por el club de la empresa.

Fueron cuatro los que lo encontraron porque estos cuatro iban con perros. Ninguno se atrevió a tirar, pero lo corretearon gritando y disparando al aire hacia la placita

del pueblo, lugar adonde convergieron todos. Allí, acosado por los perros, Rodríguez hizo un último intento y echó a correr por la llamada calle principal como un velocista, a cuanto daban sus piernas en medio de gritos, pedradas, ladridos y disparos, uno de los cuales le dio en el centro de la espalda y lo hizo morder el polvo antes de expirar.

Se despertó temprano. Se extrañó al no encontrar los zapatos amarrados a su brazo derecho. Su barba estaba blanda, el pelo asombrosamente suave. Se deleitó palpándolo un rato. Abrió el closet y se vistió de blue jeans con parches de cuero, zapatillas americanas y una polera con insignia en el pecho. Se conservaba tan delgado como hacía veinte años. Esta comparación la hago yo, el narrador, porque lo que es Juan no sabía siquiera que esas prendas habían sido suyas y que habían despertado más de un comentario cuando las usó por primera vez. Pero sí se orientó a la perfección, automáticamente, en la casa. Sin equivocarse ni vacilar ante ninguna puerta, llegó a la cocina. Su hermana estaba preparando el café al lado de la empleada.

—Ana.

—Juan.

Había esperado toda su vida a ese hermano ahora tan callado. Había tiempo demás. Un buen café y después a caminar con el hermano, a conversar. Recuperaría su sonrisa, lo sabía, su locuacidad. Y se cortarían esa barba.

Juan se sentía en un entorno sin significado. A un nivel preconsciente sabía que él no era de allí, que ya no pertenecía a ese medio, que quizás jamás había pertenecido a ese mundo.

El gerente volvió a irrumpir mientras desayunaban. Ella le estaba diciendo a Juan, extasiada de amor, cómo debía tomar la taza. De la oreja, y no envolviéndola con las dos manos.

—Juan —la voz del gerente sonaba agitada—, tienes que venir inmediatamente. Parece que hay una huelga o algo parecido. Están todos en la plaza.

Estaban todos en la plaza guardando un tenso silencio. Se podía escuchar el piar de los gorriones. Rostros

serios, feos. Bocas crispadas. El discurso preparado para Juan había huido de sus mentes hacía rato, para ser exacto, tres horas. Hacía tres horas que habían llegado los carabineros. Nunca había habido tanto uniformado en el pueblo. Una o dos veces al mes aparecía una pareja de carabineros que deambulaban por las soñolientas calles rodeados por niños chicos. Pero jamás una docena y armados de fusiles.

Cuando Juan y el gerente llegaron, al silencio se sumó la inmovilidad. Aquello pareció, durante un momento, una gigantesca fotografía. Hasta que una mujer indicó al hombre barbudo de ropa estrafalaria, y gritó histérica:

—Ese es. El lo mandó a matar. Ahí lo tienen.

Otros gritos le hicieron coro. “Es el dueño y se cree Dios que manda a matar a la gente”. “Dijo que o su cadáver o nos echaba a todos”. “El ordenó matarlo, mi teniente”. “Bajo amenaza”. “Quería vengarse”. “A eso vino, a vengarse”.

Delante de Juan y el gerente, el gentío dejaba un largo y angosto espacio, como un pasillo, al final del cual yacía el cadáver ensangrentado del oficinista Rodríguez. Un carabinero corrió el cerrojo de su carabina, y el seco ruido metálico de esta maniobra se escuchó hasta en la casa de Ana.

Juan había estado encerrado en comisarías por una noche, máximo por dos días. Sabía lo que les pasaba a los sospechosos de homicidio. El maltrato, la inmovilidad sin límite de tiempo, el horror, la noche caería sobre él para siempre. El frío se haría inevitable. La crueldad sin sentido. El sadismo. El cautiverio doloroso sin sol ni caminos...

El espanto de quizás qué visiones hizo que Juan levantara una mano con la palma hacia adelante como si estuviese deteniendo al demonio. Un gutural “aaah” salió de su garganta. Dio media vuelta y echó a correr. El miedo de la poblada se convirtió en un alarido de rabia y odio. Como en una pesadilla, las figuras estáticas de la enorme foto cobraron movimiento.

—Atrás —gritó un carabinero al ser atropellado por la gente enfurecida.

Los policías dispararon al aire, no así alguien de la muchedumbre, pues Juan cayó muerto igual que Rodríguez, de boca e inmóvil para siempre a pesar de las patadas y escupitajos que cayeron sobre su cuerpo.

El entierro de Rodríguez fue impresionante por la cantidad de flores y la devoción de todo un pueblo.

Ana tuvo que llevar los restos de Juan al cementerio de un poblado vecino, pues la gente no permitía que se enterrara a un criminal en el mismo camposanto donde reposaría un amigo querido por el cual hubo muchas y sinceras lágrimas de congoja.

Después de enterrar a su hermano vagabundo, Ana volvió sola a su casa. Esa noche cerró definitivamente la ventana que había estado abierta por veinte años, esperando el regreso de su único amor.

Ahora, vámonos, lector, que está comenzando a llover. Además, el resto es silencio.

LA SERENA A LAS OCHO DE LA MAÑANA

Señorita Laura. La señorita Laura, así te llamábamos en el colegio hace ya más de treinta años. Seguramente habrás jubilado y recordarás rostros que se confunden, nombres que se repiten, te será difícil acordarte de mí. De seguro que entre tantos niños hubo varios, si no muchos, Jaimitos, Jaimes y Jaimotes. Pero yo quiero que te acuerdes de una mañana en que dejé sangrando de un puñetazo a una niñita que se llamaba Luisa. En verdad, yo la había llevado a un rincón del patio y le había propuesto que pololeara conmigo y ella respondió con una cachetada que casi me tira al suelo a lo que yo repliqué con un golpe directo a la nariz. Entonces tú los llamaste a todos y les dijiste lo que tenían que hacer. Capotera para mañana, fue el grito, pero una bien especial, ideada por ti.

Al día siguiente, el de la capotera, entré al comedor y di vuelta el café con leche de mi taza sobre la mesa tal como lo venía haciendo desde hacía un mes porque la empleada no le ponía azúcar. Sin siquiera mirar el pan con mantequilla, al cual, sabía, le quitaban el dulce de membrillo, salí de la pieza. La risotada de la empleada no me alcanzó. Tomé mi bolsón y salí a la calle dejando la puerta de casa y la del jardín abiertas de par en par.

Los perros habían volcado el basurero. En medio de la acera yacía un tarro de durazno vacío. Caminé lentamente, pateando el tarro como quien lo hace con una pelota de fútbol, en dirección al colegio donde mis compañeros y examigos me estaban esperando para pegarme entre todos de acuerdo a tus instrucciones. Había pensado llevarme mi cortaplumas suizo de excursionista y un

calcetín relleno con piedras, pero luego deseché ambas cosas. Me defendería a puño limpio, yo contra todos, como el Zorro. Ya veríamos. Pateando el tarro rumbo a la capotera soñaba con las vacaciones en el campo cuando vagaba por los cerros sin pensar en el colegio ni en señoritas Lauras. ¡Ya vendrían otras vacaciones! Si tan sólo hubiese tenido a Max, el mastín del fundo, a mi lado, habría entrado con el gruñón de Max al colegio. ¡A ver en qué habría quedado la capotera! Luisa era mayor que yo, ella tenía nueve años y había pegado primero.

Sangre, lágrimas y melena castaña se mezclaban sobre el rostro inclinado de Luisa y me dio lástima. Había esperado que ella volviera a golpear. Jamás, te lo juro, me imaginé que se pondría a sangrar y a llorar de esa manera. La verdad es que Luisa no entendía de peleas. Y si no entendía, para qué demonios se ponía a dar cachetadas a la primera de cambios. Yo le pregunté si quería ser mi polola y como se quedó inmóvil, mirándome, le traté de dar un beso y más o menos sé lo di entre la mejilla y los labios con una emoción que se me deben de haber erizado todos los pelos y llegó la cachetada, no la vi venir, que me dio de lleno y casi me tumba, pero ya mi puño había saltado directo a su rostro, le di en plena cara, nariz y boca. Yo pegaba fuerte, teníamos un pushing ball en casa donde me entrenaba.

Si hubiera tenido un hermano mayor le habría contado todo y hubiéramos estudiado el asunto juntos. A mi papá no le podía contar que me estaban esperando para pegarme entre todos, pues entonces me habría acompañado al colegio y eso sí que habría sido feo.

Nunca hubiera creído que Sergio y Rafael, mis amigos y confidentes, que conocían mis sentimientos por Luisa, irían a hacer causa común con el resto del curso y contigo, señorita Laura, que te brillaban los ojos al dar permiso para que me maltrataran en patota delante de ti. Seguramente ya estabas desde temprano en el colegio para no perderte los puñetes, cachetadas y patadas que caerían sobre mí.

No había optado por ningún plan de defensa. Nada de piedras, ni cuchillo ni lápiz escondido en el puño. Lo úni-

co que haría al enfrentarlos sería decirles que lo hicieran de a uno, como había dicho el Zorro en aquella película fenomenal que habíamos visto con Sergio y Rafael. Después de esas palabras se habían lanzado todos contra el Zorro el que se había defendido como un campeón, noqueando a diestra y siniestra, saltando, al final, por la ventana dejando la quebrazón de vidrios y chasqueado al grupo de matones.

Di una última patada al tarro de durazno que quedó en la calle, al borde de la vereda. Lo miré por última vez. Chao tarro. ¿Lo encontraría a la vuelta?

Era temprano. No había apuro. ¿Y si llegaba tarde? Entonces lo harían en el recreo o quizás en la misma sala. Me acordé de un cuento, no narrado por ti, jamás nos contaste uno, en el que un caballero peleaba contra un dragón enorme. Cada cierto tiempo, el caballero se retiraba exhausto y gemía: "Ah, si yo tuviera un pedazo de pan, un vaso de vino y el beso de una doncella, vencería al dragón".

En la escuela me esperaba el dragón en forma de dos filas de compañeros entre las cuales tendría que pasar recibiendo golpes. Tenía la fórmula para ser invencible, pero, ¿quién me daría el pedazo de pan? No había desayunado. Del vino, ni que hablar. Y el beso, el beso me lo podría haber dado mi mamá, pero ella se levantaba a las diez. ¿Y la empleada? Esa vieja bigotuda y maloliente no tenía nada que ver con el beso de una doncella de la fórmula para vencer dragones. Podría haber pensado en eso antes. Qué bobo, ¿no es cierto? Debería haber tomado desayuno y robado un vaso de vino de la botella del armario. Podría haber salido más temprano y pasado donde tía María que siempre me besaba al encontrarme. Sin duda que el Zorro también conocía la fórmula.

No tenía reloj, pero debían ser diez para las ocho. A las ocho tocaban. Luisa llegaba siempre temprano. Era de las primeras en llegar y también era la mejor de la clase. Tú me habías exigido que le pidiera perdón a Luisa por el puñete y yo te respondí que ella pidiera primero perdón por la cachetada.

Al llegar a la calle Prat, vi frente a la puerta del cole-

gio a un grupo de compañeros que no bien me divisaron corrieron excitados hacia el interior. Detrás de la palmera de la entrada se quedaron Sergio y Rafael sin hacer amago de entrar.

—Hola —aventuré.

—Hola. Hola —respondieron mis amigos con una seriedad que aún me conmueve al evocarlos.

Entré al colegio donde los demás me estaban esperando con contenido griterío de exaltación, arengados por ti.

Y por esa vez tuve que enfrentar al dragón, ante tus ojos brillosos, señorita Laura, sin que nadie me diera el pan, el vino, ni mucho menos un beso.

EL GUATERO DEL DIABLO

Decí, por Dios, ¿qué me has dado?

Manuel bebió un gran vaso de cognac. Iba a ser el primero de una larga serie. Dejó que el alcohol le quemara las entrañas hasta que los vapores llegaron al cerebro. El bar estaba bien calefaccionado. Un lugar limpio y bien calefaccionado. Lucho estaba con él y también yo estaba con él, vaso en mano, ceños fruncidos, ojos muy abiertos, bocas cerradas. ¿Qué pensaban ellos? ¿Qué sentían ellos? Lo acompañaban y eso ya era algo. Cuando un amigo está al borde del despeñadero uno le pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

Los tres se miraron.

—Acompáñenme a casa.

Es impresionante ver el comienzo de un derrumbe. Cuando el amor se va y vienen, en su lugar, el alcohol y la melancolía uno se estremece sobre todo si Manuel es tu amigo y a ti te consta que los alcohólicos no se regeneran, se desintegran.

Trabajaba bien, Manuel. Tenía un buen puesto en una buena institución con gerente y todo. Ayer el gerente se fue de vacaciones por un mes entero a Jamaica. El se lo puede permitir. Jamaica. Si se lo puede permitir que se lo permita, criticable sería que pudiéndoselo permitir no se lo permitiera. Y Jamaica es Jamaica. Y el gerente es gerente.

La mujer de Manuel era un pimpollo y no bromeo. Joven, leve, risa de trino, labios algo crueles cuando no sonreía. Una muñeca la Solange. Lucho es más grosero que yo y la llamaba el Guatero del Diablo porque la encontraba la mujer más calentona que él había visto en su

vida. Yo he visto mujeres calentonas en mi vida, pero como esta, ninguna. Eramos amigos y nos respetábamos. En el fondo, respetábamos a toda la humanidad. Hacían linda pareja, Manuel y Solange, no costaba confundirlos con una rica y joven heredera acompañada de su rudo guardaespaldas de ropa no muy cuidada.

Le dio fuerte a Manuel. El amor. Lucho y yo nos descuidamos y se nos casó. No hay que descuidarse con un amigo si la muchacha se llama Solange.

Me casé, por decirlo así, cinco minutos después de haber dicho "ya no seré feliz, tal vez no importa" y, entonces, se prendieron todas las luces, cantaron los rui-señores, y el cielo fue azul otra vez como en mi infancia, cuando apareció Solange. Lo sentí un poco, muy lejanamente, por mis amigotes, Juan y Lucho. Una súbita bruma los remitió a un segundo plano que se esfumaba perdiéndose en una oscuridad cada vez más silenciosa y vaga.

El sol salió en mi vida cuando apareció Solange, comprendí el sentido de muchas canciones y me hice más bueno. Había estado prisionero y ella abrió todas las puertas y nací de nuevo, pero ahora de verdad, a la vida y la vida reía y yo reía con ella.

¡El buenazo de Manuel! Se olvidó hasta de Gardel. No es que no mereciera emputarse con la mariposa, lo que pasa es que no fue eso, fue peor, fue amor, amor que le llegó hasta los huesos húmeros. Eso sí que no. A mí no me vengan con el amor. Hipotecó hasta la casa de su madre. Dejó de respetarse. Manuel era un intelectual. No era feliz antes de Solange. ¡Y quién mierda lo es! Era un tipo triste, pero tranquilo, conforme, que tenía sus libros, sus discos y a nosotros, sus compadres del alma para conversar, compartir nuestra filosofía de la tristeza, nunca de la desesperación.

Conocer a Solange, no sólo para Manuel, para cualquiera, era escuchar la befa del demonio. Carnes perfectas. Mujer consciente de llevar un sexo magnífico entre sus muslos de músculo y seda. Cadéras agresivas. Pechos insinuantes. Dieciocho años. Uno se calentaba junto con escuchar una sirena de alarma desde el inconsciente, una luz roja, un alto, un ¡guarda! que no le funcionó a Ma-

nuel que jamás se había calentado, se metió en la hoguera, en la bencina ardiendo saltándose los alertas, los gritos, los pare y todos los semáforos del mundo con luz roja, cuidado, peligro, deténte, insensato.

Entraba cantando a la oficina a pedir adelantos mientras Juan y yo intercambiábamos una larga mirada en la que nos decíamos todo. La misma mirada que cruzamos cuando nos dijo con voz velada:

—Acompañenme a casa.

Yo había comprado Seconal con una receta fulera, puño y letra de Lucho.

—¿Quieres un taxi?

Sacudió la cabeza. Caminamos sosteniéndolo. Hasta entonces el cognac era algo que simplemente entibiaba nuestras conversaciones al igual que la música de Chopin, pero ahora tenía algo de siniestro el andar vacilante del amigo embriagado que apenas podía hablar.

Le llevaba una caja de chocolates, pequeña, pero muy fina, para compartirla en la cama, chocolates con licor, boca a boca, disputándolos, lengua con lengua, saliva, licor, chocolate, manos traviesas, perfume, seda, pezones, su aliento que se agita, ojos que se entornan, la risa que se hace torpe, tómame, tómame. Entonces Manuel vio el auto. Un Mercedes color marfil con la puerta del maletero abierta, estacionado frente a su casa. Un chofer al volante. Algo detuvo a Manuel antes de verlos salir. Algo me detuvo y me dijo "espera y los vas a ver", los vi antes de que salieran. Los escuché reír y hablar antes de que realmente los oyera. Luego salieron. El llevaba la maleta de ella, nuestra maleta blanca. Nunca lo había visto así, pañuelo al cuello, camisa de cuero de ante, pulsera de oro, pelo suelto, casi despeinado, la cara llena de risas. Ella con su vestido más caro, radiante. Se reían; hablaban. Subieron al auto, atrás, como dos recién casados. Y partieron. Al aeropuerto. A Jamaica.

Es decir, ella se fue a Jamaica. Porque lo que es Manuel se fue a la misma mierda. Ella lo mandó a la mierda. Yo creo que él se fue a la mierda solito. Solange es Solange. Hay mujeres así. ¿Y qué le vas a hacer? Y Manuel un ser humano un poco más humano que el resto. Manuel

siempre fue algo especial para nosotros. Eramos bondadosos, pero él lo era un poco más. Todo lo que éramos y hacíamos, él lo era y lo hacía algo mejor, pero no se daba cuenta. Lo queríamos. Nos queríamos. Eramos un grupo de viejos amigos de gustos muy similares. Manuel era el más ingenuo y de algún modo el más sabio. Hasta que apareció Solange. Y como dice Lucho, el chofer no vio que la luz del semáforo estaba en rojo. Rojo. Un color que iluminaba todo.

Lo peor, compadre, fue al llegar a su casa. No quiso entrar. Se puso a llorar, compadre, él, con su facha de boxeador retirado, se derrumbó. Lo tratamos de sujetar por las axilas y nos caímos los tres en el umbral y juro que a Juan le corrieron las lágrimas también. No joda, m'hijo. Yo le había dado una receta a Juan para comprar Seconal. Lo tiramos sobre la cama y le endilgamos dos píldoras. ¡Qué cambiada estaba la casa de Manuel! ¿Dónde estaban los libros? Todo era rosado allí. No soy hombre a quien asusten los colores, pero esos mantelitos, frasquitos, monitos y cuanta puta huevada hay daban asco. Lucho exagera un poco, la pieza estaba al gusto de ella y punto. Una muchachita no va a tener en su pieza libros ni menos el retrato de Wilhelm Busch. ¿Y dónde fue a parar Wilhelm Busch? Arrumbado con los libros, los discos de Chopin, las pipas en algún closet prohibido.

Mi mocosita no me dejés morir. No me has dejado ni la pipa en la boca. La caída en esos hoyos freudianos de los cuales no te saca nada ni nadie. Dejó de ir a la oficina. Nosotros le tramitamos permiso y luego le pedimos las vacaciones. Estaba muerto. Acabado. La casa pasada a vómito, a miasmas. Conseguimos un psiquiatra. Manuel lo trató mal. Que le fuera a enderezar el coco a su abuela. El psiquiatra se picó y quiso pegarle. ¡A Manuel! Manuel le aforró un solo aletazo y Lucho y yo, que estábamos en el living, al escuchar el alboroto, entramos al dormitorio. Ya no había nada más que hacer salvo llevar al psiquiatra a la posta.

Al principio es divertido, pero luego deja de serlo. No hay en ello nada elevado ni dramático. Es simplemente desagradable, y sórdido y gris y horrendo. Claro, una par-

te, la primera, del proceso puede ser muy divertida. La otra parte es espantosa.

Pasó el mes. Nada es eterno. Las vacaciones del gerente tocaron a su fin. Adiós a Jamaica, al jugo de piña con ron y todas esas cosas, al colchón de agua y las mucamas negras. En el avión, los últimos tragos, los últimos besos largos y algo más. En el aeropuerto, el Mercedes marfil con el chofer amable. ¡Qué vacaciones, ah, jefe! Tostados por el sol. Ropas algo exóticas para el conservador santiaguino. La maleta de ella ya no es la blanca, es otra más grande, más cara. La otra quedó en un basurero jamaiquino. ¿De qué habrán hablado? Siempre me he preguntado de qué hablará este tipo de gente. ¿Y qué pasaría por sus mentes?, en ese largo trayecto desde el aeropuerto hasta la casa, la casa de ella, la casa de Manuel frente a cuya puerta se detuvo ese lujoso auto. El primero en bajarse fue el chofer. Luego la mujercita viajera. El hombre no se bajó. El chofer sacó la maleta y un bolso y los colocó frente a la puertecita del jardín, se llevó un dedo a la gorra y subió otra vez al coche que partió en seguida, rauda, más rápida de lo que era de esperar. A lo mejor el hombre se bajó y le dio un beso, nosotros no estábamos allí. Y a lo mejor el Mercedes no partió tan rápido, pero lo dudamos. Es casi seguro que se fueron rajados y que no hubo beso ni señas con las manos ni pañuelos ni pena ni gloria, sólo una mujercita elegante, graciosa, con una maleta y un bolso frente a la puerta del jardín. Y sola. Claro, sola, por supuesto.

Parece que no se había llevado las llaves. Ella es muy distraída. Me extrañó el timbre. Lucho y Juan tienen llaves. No quería abrirle a nadie, pero por esas cosas salí al jardín.

—Abreme. Ayúdame con la maleta —me apremió ella.

Estaba tostada por el sol. Arriscó la nariz al entrar. Fui a abrir la ventana y tropecé con el bolso y comencé a bailar, el cognac, me falló el equilibrio, las piernas, y caí sobre la alfombra. Ella se arrodilló. Me miró. No me había mirado. Me pasó la mano por la mejilla barbuda. Le gustó. A mí también. Mientras la besaba se sacó los calzones. Hicimos el amor vestidos, violentamente. Después del

orgasmo nos miramos asombrados. Nos volvíamos a descubrir. Ella fue a ordenar sus cosas. Yo, a la ducha. Aun estaba algo borracho. Cambié el agua de caliente a fría y viceversa. Cepillé mis dientes. No me afeité, a ella le gustaba mi barba de vagabundo. Entré desnudo al dormitorio. Ella abrió bruscamente la cama, se arrodilló sobre ella sacándose lentamente la ropa. Extraje de mi velador la cajita de bombones, de chocolates rellenos con licor. Esa noche nos hicimos ver las estrellas el uno al otro. Un mes de abstinencia. Pasada la medianoche, ella se quedó dormida satisfecha, exhausta, con la carne agradecida, su carne de terciopelo y rosa, teñida por el sol. Me levanté.

Al día siguiente nos llamaron a Lucho y a mí, en la mañana, eran las nueve. Fuimos. Lucho es más fuerte que yo que me quedé en el living donde aún estaba su bolso. Lucho volvió casi en seguida, tambaleándose, los ojos casi fuera de las órbitas. No era para menos. No hubo un cuchillo en casa que no se lo hubiera enterrado. El cadáver de la muchacha parecía erizo. Hasta las tijeras, los crochés, el cuchillo del pan, el de la carne, los de mesa, en el pecho, en los ojos, en el vientre, en los muslos. No se olvidó ni del abrecartas del escritorio.

DELLY, ¿QUE PASO?

Ya había amanecido y todo el pueblo olía a pan fresco, algunos perros ladraban, un sol tibio iluminaba las viejas casas y un muchacho presuroso introducía el diario por las ranuras de las puertas.

Conocía esas calles. Allí había lanzado trompos, mojado mis pies en la acequia, elevado volantines con mis primos, patinado a esa misma hora de la madrugada por las calles solitarias, riendo y flirteando en bullicioso grupo. La vida era una fiesta entonces, un amable pasar entre amigos, primas hermosas, tías que hacían bollos y tocaban el piano. Hasta que me echaron de la casa, de esa casa de tres patios, sitio arbolado y cochera. Las viejas tías me habían expulsado a gritos y empujones de la vida grata, de los patios con olor a jazmín, de los besos de mis primas, y me encerraron en un internado paramilitar. ¿Se acordarían de mí después de tanto tiempo?

Me detuve ante la puerta y cerré los ojos dejándome impregnar por el olor de la casa, aroma que había conservado en mi memoria para soñar con él en mis días de desamparo. Allí estaba el timbre, sabía cómo sonaría. Seguramente estaban todos en el primer patio, tomando desayuno con pan crujiente, mantequilla y café recién molido, tranquilos, alrededor de la mesa sobre el embaldosado colonial, hablando del tiempo, de las cosechas, serenos, sorbiendo café oloroso bajo el viejo jazmín. ¿Estarían aún vivas las tías?, las hermanas de mi madre muerta.

Sin rencor, hasta casi con simpatía, recordaba los chillidos con que me habían echado a la calle junto con

una maleta donde habían tirado desordenadamente parte de mi ropa. El tío Carlos me acompañó en la victoria hasta la estación y de allí en el tren rumbo al internado maligno.

Entré sin tocar. El grato aroma de la casa me estremeció. Caminé por ese pasillo en cuyas paredes pintada con colores suaves, entre nubes, cielo azul y angelitos, se desplazaba una cinta con los nombres de mis primos y primas: Jaimito, Ernesto, Alicia, Pascuala y Leonor. Otra vez, mis pasos sonaban por ese pasillo. La puerta de la sala, de la antesala donde había besado furiosamente a Alicia cuando tenía quince años, el patio de baldosas, la mesa al fondo, maceteros con flores, el sonido de las tazas y cucharillas, las voces, mis pasos sobre las baldosas sobre las cuales había corrido y jugado a la pelota con ellos a los cinco años de edad. ¡Cómo había añorado todo esto!

Dejaron de hablar. Una risita y luego silencio. Me miran. Observan mi barba. Como que les soy familiar. Zapatillas reventadas. Pantalones inmundos. Pañuelo gitano alrededor del cuello.

—Estoy cansado. He caminado toda la noche —les dije, pero no me oyeron.

Un mochilero, como Pedro por su casa, haciéndose el simpático.

Uno de esos marihuaneros volados, con pasos de sonámbulo había entrado a la casa, despeinado y con una inquietante barba de vagabundo.

Dios mío, ahí estaba mi primo, el que me había desflorado a los trece años, alto y famélico, un hombre, me llevé las manos a mis entrañas.

Sin más, entró un extremista, me dije, se viene a tomar la casa.

Acababa de entrar uno de esos vagos engreídos, andrajoso y altanero, justo todo lo que odiaba.

Creí que era un rufián hasta que le vi los ojos, la mirada, no, no era un rufián.

Sin tocar el timbre ni golpear, apareció un tipo jacklondonesco, delgado, desenvuelto, y mi prima Alicia volcó el café, puso cara de grito, pero logró levantarse botando la silla, las lágrimas le corrían por la cara, se fue

encima del vagabundo patibulario y lo abrazó largamente.

Fue como si me abrazara una mariposa, liviana, frágil, apretaba su mejilla de seda contra mi barba. Oía a auto nuevo, a ropa limpia, a barquillo.

Las tías habían desaparecido. Ahí estaban mis cinco primos, dos machos y tres hembras. Una familia de buenos mozos flacos y altos. Gacelas y galgos. Pero había alguien más, un coño de la esquina, bajo y de ojos voraces.

—Quiero tenderme un rato —dije, mientras Alicia me sacaba la mochila.

—Vaya a un hotel, pues —me espetó el coño de la esquina.

—Es bueno tenerte en casa una vez más —dijo Jaimito.

—Aunque lo cerril no se te ha pasado —agregó Ernesto.

Alicia me condujo al dormitorio de los niños, a mi dormitorio, al de Ernesto, Jaimito y también mío. Me dejé caer sobre la cama más cercana y me dormí profundamente.

Desperté a media tarde. Fui al patio empedrado donde estaba la casita del filtro cubierta de enredaderas, ahí bebí, en el mismo jarrito enlozado de siempre, agua con gusto a primas. Fui, luego, al sitio sombrío, repleto de árboles frutales y arbustos donde había cazado con mi honda. Después pasé por la cocina, una mujer agradable ordenaba la loza. Entré a la antesala embobado por los recuerdos y la emoción de estar ahí otra vez. Ojeé las revistas y los viejos libros de las tías, incluso una novela de Delly, toda una joya.

La noche era de fiesta, no por mí, por supuesto, una reunión social más en el caserón del fundo. Todos tenían auto y yo me fui con Jaimito que me contó que el fundo lo administraba Miguel, que se había casado con nuestra Leonor. Miguel era, pues, el coño de la esquina. Alicia y Pascuala estaban comprometidas con sendos jóvenes que estarían presentes en la comida. Ernesto y él, solteros aún. Las tías y tíos no habían muerto, ¡hombre!, tan viejas no eran, pero preferían la casona del campo a la casa en el pueblo, por lo menos durante el verano. Tío Carlos sí estaba muerto, pero no me quiso hablar de él.

En verdad, la reunión estaba más concurrida de lo que

yo esperaba. Ya habría tiempo para saludar y conversar con las tías. Se bebía y fumaba bastante en el enorme salón. Probé el mejor vino de mi vida. Pronto comenzó el baile y me emparejé con una rubia tostada a la canela por el sol. Era todo muy raro para mí. Unas mujeres maravillosas, hombres jóvenes y locuaces bebiendo, mesas con manjares exquisitos, música que incitaba a bailar, terrazas para pasear y mirar la luna y, en verdad, eso era todo lo que pasaba y había pasado siempre y, al parecer, seguiría pasando eternamente.

La rubia canela me excitaba y ella se dio cuenta y se descontroló. Comenzó a buscar con los ojos a su pretendiente mientras yo le besaba el cuello. Del asombro pasó a la turbación.

— ¡Qué te pasa! ¿Te falla?

—Vamos arriba —le propuse, barruntando que los dormitorios estaban allí.

—A la terraza —concedió.

De la terraza pasamos al parque oscuro donde se reclinó contra un árbol.

—Gracias, te espero adentro —me dijo al cabo de un rato.

La dejé volver sola mientras yo encendía un cigarrillo para salir del anonadamiento, estaba virgen, pobrecita, pasarle eso en un parque al rumor de la tranquila y generosa fiesta de semana por medio. ¡Y qué piernas más bien torneadas!

Cuando volví a entrar, me aproximé a la mesa de las bebidas. Un buen vaso de ese vino. Y ya prima Leonor me tomaba del brazo.

—Ven, quiero bailar contigo.

Colocó sus brazos alrededor de mi cuello. ¡Qué bien olía!

—¿Adónde te llevaste a Ingrid?

—¿La rubia?

—¿Qué le hiciste? —me sonreía mirándome a los ojos y tocándome la nariz con la suya —, ella tiene novio, ¿sabías?

—Y tú tienes marido.

—Alicia me contó lo que le pasó contigo, por eso te

echaron de la casa, primacho. Quiero que lo hagas conmigo.

Se apretaba contra mí que la escuchaba en silencio, su aliento me calentaba la oreja.

—Voy a subir. Ven. Sígueme.

Subió y yo hice lo propio, vaso en mano y fumando, haciéndome el tonto que va al baño. En el salón todo seguía igual, conversaciones, risas, baile, otros comían, era como un cuadro con ruido.

Leonor era físicamente espléndida. No podía hacerlo esa noche, pues podía quedar encinta. Su vestido se deslizó al suelo.

—Ven. Quiero humillarte. Arrodiíllate.

Y me hizo lamerla mientras ella encendía un cigarrillo que bien pronto olvidó.

Otra vez en el salón. Jaimito me detuvo con un “cuídame el terno, bandido”. Era un buen traje el que me había prestado. Se lo devolvería pasado a mujer.

Me puse a comer ostras, pavo, langostinos, jamón crudo, centolla, entre trago y trago. El vino era prodigioso. Me pareció ver a una de las tías. ¡No estaba para ellas aún!, pero sí para esa morena de piernas musculosas. El acto inconcluso con Leonor (ella sí que concluyó iy cómo!) me tenía afiebrado. El vino también.

La morena le pidió permiso a su acompañante para bailar conmigo. Tocaban un ritmo suave. La estreché y ella abrió los ojos así de grandes al notar mi erección.

—Estás loco —dijo, tratando de soltarse. La apreté hasta inmovilizarla.

—Te espero en el segundo dormitorio de arriba —le dije y la solté.

Sin mirarla, subí la escalera. El cuarto olía a Leonor. La luz de la luna penetraba por la abierta ventana. La puerta, que había cerrado, se movió lentamente. Ahí estaba la morena.

—Vaya, ¿no estaba loco? —le dije. Se ruborizó hasta las orejas de placer mientras le aflojaba la falda.

Era la segunda vez que ella lo hacía. Su novio había querido saber si estaba virgen. Lo estaba. Luego, el novio postergó todo sexo para cuando se casaran.

Cuando volví a bajar, tropecé en la escalera con tía Carmen, arrugas, pómulos y arrogancia, no me reconoció. El salón era el mismo cuadro de antes con algunas pequeñas variaciones como en esos dibujos de las revistas en que hay que notar las siete diferencias.

De una caja florentina con carillón, extraje un puro holandés, suave y muy bueno. En dos semanas más la fiesta-comida-baile sería en otra parte, en casa de no me acuerdo quién. Era difícil entender todo eso.

—¿Por qué? —me preguntó el señor con quien estaba conversando y fumaba un puro enorme. Un hombre fino. Vestía un terno gris perla que alguien había esculpido sobre él.

—¿Nunca cantan todos juntos o bailan todos juntos? —pregunté.

El caballero chupó su puro con fruición.

—Hace tiempo que dejamos el kindergarten —me respondió honestamente divertido—. ¿Sabe jugar al bridge? —me preguntó volviendo a serenarse.

—Venga, joven —me dijo una señora ya cuarentona, pero bien formada, generosamente bien formada.

Esta me llevó sin más al dormitorio.

—Soy la confidente de Leonor —y bamboleaba su busto poderoso ante mis narices. ¡Qué mujeraza!

—¿Qué desea, señora?

—Deseo que termines lo que comenzaste con Leonor.

—No.

—¿No? —y sus manos comenzaron a trabajar con mi marrueco. Creí que no reaccionaría, pero ella era diestra y estaba deseosa, gemía sin pudor alguno.

—Te tengo —me susurró dominante y segura al oído cuando sintió mi miembro erecto entre sus manos sabias.

Cuando se fue, quedé tendido en la cama. Eché de menos el vino maravilloso que tenían abajo. Busqué los fósforos y reencendí lo que quedaba del puro holandés. Había sido una larga abstinencia y un copioso banquete. La tristeza de rigor de la cual hablan los libros en estos casos comenzó a ganarme. ¿Podría alguna vez, en unos ochenta a cientocincuenta años más, llegar a ser amigo de siquiera uno de estos incomprensibles monigotes? ¿De Er-

nesto tomado de la mano de una damisela haciéndole chistes bobos? ¿Del codicioso coño de la esquina? ¿De Jaimito, el niño eterno? ¿Jugaría alguna vez al bridge? ¡Qué colchón más grato! Un perro ladraba a lo lejos. ¡Dios, qué vida llevan! Aquí no pasa el tiempo. ¡Un jardín de idiotas sonrientes! Están repitiendo gestos y conductas de modelos sacados de modelos sacados de modelos, gira que te gira. "Viaje al paraíso en un Packard ocho cilindros". Nada es así de perfecto salvo la muerte. A lo mejor ya están muertos. Los Packard quedan en panne y no se sabe de ninguno que haya llegado al paraíso a pesar de la expresión sonriente, el éxtasis y los ojos en blanco que ponen las elegantes viajeras. ¿Me habré dormido?

—Baja, hijo.

Alguien llamaba y, intuición, me pareció que era a mí. Silencio. Todo estaba sumido en un silencio absoluto. Me incorporé y salí al pasillo que daba a la escalera. Desde lo alto se dominaba el gran salón aún iluminado. Inmóvil, un grupo de hombres elegantes y, entre ellos, algunos huasos, miraban, estáticos, hacia arriba, hacia mí. Al pie de la escalera, alto, elegante, con un brazo apoyado en la balaustrada, el caballero del puro (yo llevaba el mío apagado, entre los dientes) con la misma voz calmada y pastosa con que me había convidado a jugar bridge, me instó una vez más:

—Baja, hijo.

El toque de cariño me dio mala espina. Sin soltar el puro apagado de entre los dientes, comencé a bajar, escalón por escalón. Nadie hablaba. Habían cortado la música y despachado a las mujeres. No los conté, pero eran su docena o más si incluimos a los huasos. En la mitad de la escalera me detuve. Miré hacia atrás, allí arriba estaba tía Carmen, vieja y elegante, aún buenamoza, con una escopeta bien colocada contra su hombro, la mejilla derecha pegada a la culata para apuntarme mejor. Loca como todas las que llevan su apellido.

—Baja, no más, hijo.

Bastante tiempo después supe que el caballero gris perla era el marido de la cuarentona que se le iban las manos.

Les escupí el puro apagado. Fue lo último que recuerdo.

Zapateado, mi alma. Lo dejamos como albóndiga cruda. Como prieta reventada. Los huasos le enterraron las espuelas en el culo, yo le corté la cara cuando estaba desmayado, yo lo quemé con el puro, lo marqué como a una vaca, lo amarramos de un pie del cable de la noria y lo sumergimos, contamos hasta treinta; había recuperado el sentido porque gritó como foca, lo volvimos a sumergir, contamos hasta cincuenta, lo subimos y le aforramos de nuevo, un pushing ball de carne viva, sangraba por todas partes, yo le quebré un brazo, y yo el otro, la nariz fue cosa mía, lo pateamos, las costillas estallaron. Apenas respiraba ya cuando uno de los capataces lo echó arriba de un caballo como un cadáver, como un saco, la cabeza colgando para un lado y los pies hacia el otro. Se lo llevó y lo dejó tirado en la carretera.

Flotaba entre nubes de algodón, rodeado de silencio plácido. No podía moverme. En el paraíso de los calman-tes. Dopado. ¿Será la felicidad una cuestión química? La enfermera que me vio abrir los ojos sonrió y salió corriendo a avisar que no, que no me había muerto o, por lo menos, que todavía no.

Entró un gordo sudado.

—¿Quién te hizo esto, hijo?

Mi padre me había abandonado cuando tenía seis años y parece que ahora, por compensación, todos me trataban de hijo. Cerré los ojos, creo que se me cerraron solos. Cuando desperté, la enfermera estaba vertiendo suero en el frasco.

—No trate de moverse, don Juan.

Ahora dejé de ser hijo, soy don Juan. ¡Qué mundillo más infame! ¿Cuándo se darán cuenta? ¿Hasta cuándo desempeñarán roles de malas novelas y de bazofia cinematográfica? El caballero del puro, con el brazo en la balastrada, era Clark Gable en "Lo que el viento se llevó". Tía Carmen era la heroína de quizás cuántos novelones del Far West. Leonor, mórbida e incestuosa, era la princesa rusa. El baile-fiesta-comida, una burda imitación de fiestas europeas que ya no tenían significado ni para los

europeos mismos.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Ssss, no hable —el dedo en la boca como en esas películas de guerra.

La enfermera, una de esas viejitas flacas y encorvadas, me fue contando poco a poco, icómo si ya algo pudiera impresionarme!, una linda novela rosa. Mi nombre había salido en los diarios, primero, por el charquicán que encontraron en el camino. Segundo, porque un notario pudo al fin ubicarme. Resulta que tío Carlos había comprado, parte por parte, todo el fundo y las casas a sus parientes holgazanes, y, al morir, me había legado todo a mí, al descarriado y abandonado. Parece que el notario les tenía un odio parido a mi tiaje y primaje, pues me había buscado hasta en Argentina.

—Parece un verosímil folletinesco de Delly —le comenté.

—¿Qué es eso?

—Algo muy malo.

—Pobrecito. Usted es tan solo. Nadie ha venido a verlo y ya van dos meses que está aquí. Su nombre apareció varias veces en los diarios. ¿No tiene un solo amigo siquiera? ¿Mamá? ¿Nadie? Y es tan jovencito y estaba tan mal. Si viera como me lo dejaron ahí botado. Es que no tenía nada bueno, m'hijito. Si viera, pobrecito, como lo tiraron, igual que a un gatito muerto. ¿Por qué no dice quiénes fueron? Si me lo quebraron entero, lo tajaron por todas partes. Pero ahora se va a alentar, ¿no es cierto? Se me va a alentar, ya verá, don Juanito.

Al otro día, la viejita trajo flores.

—Es que hoy le sacan el yeso de los brazos y de la pierna.

Los deseos de vivir, nada más que para darle el gusto a esa viejita disfrazada de enfermera, comenzaron a brotar. Quería volver a ver el mar. Dormir en algún bosque. Leer. Tendría que trabajar por ahí, esporádicamente. Tomar mate con esa viejita, contarle mi vida y oír la de ella. No dejaba de haber cosas. Escuchar el "ayúdeme aquí, compañero" de algún obrero. Ducharme. Caminar.

Las cosas fueron saliendo bien. El notario me hizo

firmar papeles. La posesión efectiva. Hasta una cuenta corriente hasta ahora bloqueada en el banco, era mía. ¡Qué novelón decimonónico! ¡Qué charlesdickensco! Pobre Delly, cómo no se le ocurrió algo así. No habría podido, la situación quizás, pero no el personaje, ahí se habría caído hasta Corín Tellado.

— Esa gente ha estado más de diez años usufructuando de lo que no les pertenecía —el notario la tenía con ellos, a lo mejor nunca lo convidaron a esas fiestas europeas—, no sólo tienen que irse de sus posesiones sino que le deben a usted millones a título de arriendo y por usurpación, robo, en otras palabras.

— ¡Qué me dice! —exclamé desganado.

— Que vamos a meter a todos estos aprovechadores en el chucho. Ayer salió la orden de desalojo. Lanzamiento, don Juan. Su tío, don Carlitos, que en paz descansa, los conocía bien. Usted trabajará la tierra con sus campesinos, como hermanos...

— Sáqueme de una duda —le interrumpí—, ¿quién es ese señor elegante, sesentón, que fuma puros?

— ¿Uno que es casado con una cuarentosa frutosa?

— Esa misma, la ochomanos.

— Ese caballero le arrienda a usted, “a usted”, una parte del fundo y jamás le ha pagado un céntimo. Aparte de que en su vida se ha ensuciado las manos con tierra. ¿Qué me dice?

En el Ford T del notario, partimos rumbo a mi pueblo, a mi casa, a mis tierras que trabajaría con todos los que quisieran. Bailaríamos juntos alrededor de una fogata después de las cosechas. Mis tías tendrían que hacer mermeladas para los hogares de huérfanos. A trabajar todos. ¡Jaimito haciendo surcos! El Clark Gable cocinaría para los trabajadores. ¡Que sudara! Después danzaríamos todos, sin excepción, bebiendo directamente de la botella. Grandioso vino. Implementaríamos una biblioteca. Traería a la viejita del hospital.

El camino estaba extrañamente solitario. No vimos un solo auto en el viaje. Los perros ladraban alborotados. Algunos campesinos nos saludaban agitando los brazos. Les correspondimos su extraña cordialidad con bocinazos y

ademanes amistosos.

A la entrada del pueblo nos detuvieron soldados y carabinieri armados hasta los dientes. El notario me miró como si yo tuviera la respuesta.

Había triunfado un golpe de estado. Matamos a un presidente y colocamos en su lugar a un tirano lleno de condecoraciones. Así de simple.

La fuerza pública no detuvo a mis torturadores. Nos querían detener a mí y al notario. El señor, el caballero del puro, había sido nombrado Alcalde e Intendente junto con una serie de atribuciones. Las ametralladoras garantizaban que él tenía la razón. ¡La tortilla de la vida! El péndulo se había vuelto violentamente.

Entramos al pueblo con un salvoconducto, a veinte kilómetros por hora, de acuerdo a lo prescrito, pues se había impuesto toque de queda hacía ya varias horas. Nadie podía salir a la calle.

Muy lentamente pasamos y dejamos atrás la casa, ahora cerrada para mí. Ahí quedaban los patios, el filtro, las salas, los árboles, con las vibraciones de mi infancia y de mis primas. Dos cuadras más y llegamos a la plaza de armas. En las gradas que conducían a las amplias puertas de la Intendencia, estaba el caballero gris perla, el aroma de su puro impregnó el auto. A su lado estaban mis primos, el coño de la esquina y otros señores. Miraron el auto, me vieron, pero no les interesé. La tierra, las mujeres buenas mozas y el vino generoso, eran de ellos. El final no fue de Delly, ni mío tampoco.

COMPINCHE

Soñaba mucho con el mar y con tener un traje de baño. *Fue un alarido.* La cocinera me contaba que la gente se ponía ropa especial para meterse al agua salada cuando hacía calor. Según mi mamá, yo había visto el mar varias veces cuando más chico, pero yo ya no me acordaba. Era muy pequeño entonces. *Me sonrió con los dientes ensangrentados.*

Desde el corredor, veía, allá abajo, las casas de los trabajadores, y a los niños pobres jugar con sus autos que ellos fabricaban con tarros y alambres ayudados por sus mayores. Eran carros que se manejaban con un volante de alambre grueso conectado al eje delantero. Los conducían desde el manubrio de modo que el auto iba adelante, no como los camiones que vendían en la juguetería que era necesario remolcar mediante una lienza sin poder mover sus ruedas fijas. Estar al volante de uno de estos autos de tarro era una sensación fenomenal, sonaban con estrépito y uno los veía rodar. Las ruedas delanteras, más chicas y anchas, eran de tarro de salsa de tomates, las de atrás, grandes y delgadas, de conserva de choritos. Se los guiaba observando tanto el coche como el camino a seguir. En las noches, ponían papeles impregnados con petróleo en el tarro que hacía de motor cuya abertura quedaba hacia adelante y así alumbraban la ruta.

Una mañana salí a vagar por los cerros. Debe de haber sido en otoño, pues el viento levantaba nubes de polvo amarillo que el sol hacía fulgurar. Entonces, escuché el monótono estrépito de tarros rodantes y, al despejarse la polvareda, me encontré frente a frente con una muchacha

andrajosa que se detuvo en seco al verme. Sus ojos enormes quedaron fijos en mi cara y los míos en su auto de tarros. Permanecimos inmóviles, despeinados por la ventolera, solos entre cerros y quiscos, hasta que ella me preguntó.

—¿Cómo te llamaí?

Pero yo me reventaba de ganas de manejar el auto y no pude contenerme. Me coloqué detrás del volante de aquel formidable cacharro. Ella me dejó.

—¿Me lo prestas?

Se encogió de hombros. Comencé a caminar empujando desde el volante, el auto que iba delante de mí y cuyas ruedas giraban produciendo ese ruido como de motor y sentí ganas de orinar de puro gusto. Ella caminaba a mi lado mirando fascinada la expresión radiante de mi rostro. Yo manejaba embelesado rumbo a casa esquivando piedras y quiscos, girando el volante. El eje delantero obedecía a la perfección. Las ruedas doblaban como yo quería. Y comencé a reírme y ella también. En la loma, frente a la casa, nos detuvimos un rato.

—¿Cómo te llamas?

—Ana. ¿Y vos?

—Alfonso.

Era tal mi arrobamiento por el auto que la contagiaba. Continuamos descendiendo hasta mi casa donde hicimos una aparición triunfal. La sonajera de tarros hizo que mi mamá, la cocinera y el Florián salieran al corredor. Se quedaron estupefactos al ver mi rostro enteramente distorsionado por una feroz sonrisa, el carricoche estrepitoso que manejaba con una euforia no brindada jamás a ningún otro juguete y a mi acompañante descalza que sonreía con no menos entusiasmo que yo. La cocinera se puso a reír, el Florián a ladrar y a mover la cola alrededor del auto y mi mamá se llevó una mano al corazón. Desfilamos por el corredor cuyas baldosas resonaban bajo las ruedas de tarro. El Florián se incorporó a nosotros. Manejé derecho a mi pieza. A los dos minutos aparecieron mi mamá y la cocinera en el umbral.

—Ven acá, niñita.

La llevaron al baño y, ante mis ojos, la desnudaron y

la metieron a la ducha. Ana, demudada y tiesa, no profirió una sílaba al sentir el agua tibia, el jabón y el shampoo. La vistieron con pantalones, polera y sandalias sacadas de mi closet. Le hicieron trenzas con el pelo.

—Ahora, vayan a jugar —dijo mi madre.

Pero Ana salió corriendo, entró a mi pieza, cogió su auto y con él bajo el brazo corrió, entorpecida por las sandalias, al cerro mientras a mí me sujetaban las dos mujeres, una chillando, mi mamá, y la otra riendo a gritos.

Cuando me calmé y dejé de tironear, ya Ana había desaparecido. Me soltaron.

—Mierda —grité, causándole un soponcio a mi mamá y la admiración de la cocinera.

Pasé el resto del día encerrado en mi pieza, en medio de payasos, caleidoscopios, soldados de plomo, camiones de madera y toda una sarta de juguetes insípidos. Tendido en el suelo, soñé con el mar y las playas.

Días después, nos volvimos a encontrar en el cerro. Lo que pasaba era que su casa no estaba en el campamento, sino que en una loma detrás de la nuestra. A modo de saludo, nos miramos y luego nos reímos. Esta vez no llevaba el auto, sino que un artefacto hecho con elásticos de cámara de auto con el cual tiró piedras a la copa de un cactus con excelente efecto. Era una honda. Jamás había visto nada igual. Me enseñó a usarla. Dijo que andaba cazando lagartijas a lo que respondí con un "vamos". Ni el mejor revólver a fulminante se podía comparar con esa arma auténtica cuyo efecto devastador quedaba a la vista. Iba descalza y creo que con el mismo vestido que la vez anterior, que nuestra cocinera le había llevado de vuelta después de lavarlo. Conversamos. Ella no había visto nunca el mar. Se lo describí. Ella vaciló, pero luego no pudo creerlo y no le interesó más y a mí tampoco. ¡A quién le podía interesar el mar ahí! ¡En esos cerros, con esa honda! Regresé a casa escoltado por Ana. Yo llevaba la honda, lista, tensa e inmóvil en mis manos. Así, honda en ristre, hicimos nuestra desafiante entrada. El Florián, no bien vio aquello, apretó a perderse. Pero cuando aparecieron mi mamá y la cocinera, la que corrió como alma que se lleva el diablo fue Ana. Arrebató con un hábil manota-

zo la honda de mis manos y echó para el monte.

—Conchaetumadre —les grité, la palabra que Ana me había enseñado.

Y ya casi no hubo día en que no nos encontráramos. Según ella éramos compinches. Me enseñó a hacer bombas de carburo con tarros viejos, una experiencia formidable. Premunidos de velas, entrábamos a socavones abandonados. Subíamos cerros desde cuyas cumbres llamábamos a la Lola y luego arrancábamos corriendo y gritando cerro abajo. Hacíamos caminos y puentes para el auto. Llegaba a deshora a comer. La cocinera me servía en la cocina. Los silencios de mis padres se hicieron más largos, pero no me inquietaron en lo más mínimo. No era castigado, pero mamá me frotaba con agresividad en la tina refunfuñando contra la mugre, la cochinateda, la basura. Tiraba mi ropa sucia con asco al rincón de la sala de baño. Mi papá hizo un viaje extra a Vallenar y volvió cargado de trenes con cuerda, naipes, ludos, rompecabezas y otras cajas con juguetes que dejé tirados en el suelo de mi pieza para salir al cerro.

El agua de la vertiente la repartía el viejo, don Aníbal, en un carretoncito tirado por un burro. Lo vimos pasar y Ana me propuso abordar la carreta por atrás. Me subí antes que ella, Aníbal se dio cuenta y le imprimió un trote inesperado al burro. Ana tropezó y se pegó en la boca con el canto de la carreta. Cayó al suelo y me sonrió, me sonrió desde el suelo, con los dientes ensangrentados, feliz porque yo había logrado subirme.

Nunca más volvió a mi casa, pero una vez me llevó a la suya. Entramos por la ventana de su pieza. Me mostró el rincón donde tenía dos autos de tarros, la honda y una piedra de carburo junto a una veintena de tapas de botellas de cerveza.

—Te los regalo —me dijo mirándome a los ojos.

Me dio todos sus juguetes, es decir, los dos autos, la honda y el carburo. Salté hacia afuera por la ventana y ella me los pasó con el mayor sigilo. Nos despedimos con risitas. No cabía en mí. Dos autos, dos, y carburo para bombas, y esa arma incomparable cuyas municiones estaban botadas en el suelo. Creo que tropecé y caí para vol-

verme a levantar sin sentir dolor alguno, tal era mi euforia.

La reacción en mi casa fue triste. Ante la sonrisa aprobadora de mamá, mi papá, a manotazos y patadas, hizo añicos los regalos de Ana. Dobló los alambres, aplastó las ruedas, rompió la honda y arrojó todo al tarro de la basura.

Prohibición absoluta de salir de la casa. Contrataron a una niñera para que jugara al ludo conmigo y me vigilara de cerca.

Poco tiempo después, vestido de terno y corbata, vi como cargaban el auto con maletas. Me llevaban a un internado en Vallenar. Al partir, el auto no había recorrido aún los primeros diez metros, apareció Ana, descalza, con su vestido andrajoso y una enorme costra cubriendo su rodilla, que gritó al auto en movimiento:

—Chao, Alfonso. ¡Que te vaya bieeen!

La miré en silencio. Mientras el auto se alejaba, volvió a gritar a todo lo que daban sus pulmones.

—Chao, Alfoonsooo —fue un alarido. Mi papá aceleró. Las ruedas levantaron una nube de polvo amarillo tras la cual desapareció la pequeña silueta de Ana. Pero aquel alarido siguió retumbando en el auto y afuera, en los cerros desolados, durante todo el viaje.

Al año siguiente, nos trasladamos a Viña del Mar donde me compraron un traje de baño.

DESPUES DEL CINE

¿Por qué quitarle la muchachita linda y rica al viejo amigote desgarbado?

Porque no podía ser. Aquello estaba en contra de todo. Bastaba con ver mi pieza y mi guardarropía: distinción, moda, olor a nuevo. Raqueta de tenis. Zapatos de esa marca inglesa tan cara. Anteojos de sol suizos. El estereofónico y los discos. La ventana con vista hasta los cerros. Baño de azulejos. En fin, un estilo de vida, una forma de ser. Objetivamente, se me podía confundir con un héroe de película americana, urbana, por supuesto.

Me iba bien en la firma. Tanto es así que podía llegar tarde o irme antes de la hora sin recibir crítica alguna. Tenía estilo, conversación, mundo.

El pobre pingajo de Jorge era el primero en llegar y el último en salir del trabajo por miedo a que lo exoneraran. No saludaba a nadie o lo hacía apenas. Sabía que no se le respondía. Es que era tan insignificante, tan seboso y desarreglado, tan metido en sus libros viejos y en esas revistas pornográficas que guardaba debajo del colchón que causaba la sensación de un gusano. Pero era un buen tipo, eso sí.

Yo había visto bastantes películas de intriga, lo que me transformaba en un buen estratega. Se aprende mucho cuando se sabe ver una película bien hecha, bien pensada. No solamente modos de comportarse, de hacer chistes con las secretarias, y de peinarse y vestirse, sino que estrategia, competencia situacional, el *know how to do it*.

Me acerqué a su desordenado escritorio, empujé los papeles y me senté sobre la mesa.

—Cuidado —dijo lastimosamente mientras tomaba una carpeta y la colocaba en otra parte.

—Esto no puede seguir así, Jorge.

Encendió un cigarrillo.

—Al menos, debieras dejar un día para tus amigos.

Mi miró intrigado. No combinaba, el pobre. Le expliqué el asunto. Todo el mundo, le dije, comentaba que estaba siendo absorbido. No tuvo inconveniente alguno en hablar con Luisa y arreglar el asunto

Volvimos a salir como antes. Claro que ahora solamente una vez a la semana, los miércoles, a tomar cerveza. En esos momentos, él se ponía locuaz y a veces no le entendía mucho lo que decía. Pero yo estaba trabajando bien. Las escenas que siguieron me las paso por la mente como en una buena película. Fueron cuatro escenas con los ojos de Luisa haciendo de unión al fundirse la una con la otra.

Primera escena. En la piscina que la familia de ella tenía en el patio. ¡Qué patio! Yo, como jugando, nadé cambiando de estilo. Tomamos whisky al sol. Jorge se atoró. Ella le dijo que debieras decirle a tu amigo que te enseñe a nadar. El callado. Yo haciendo chistes. Los ojos de Luisa fijos en mí.

Segunda escena. Sus ojos que me miran. A la salida del cine. Jorge explica algo de la máscara que en verdad nada tenía que ver con la película. Tuve que explicarla yo. Lo hice dando en el clavo con tal sencillez que se morían de la risa. Sus ojos no se apartaban de mi rostro.

Tercera escena. Sus ojos me siguen mirando en un cocktail en casa de una amiga de ella. Yo sacándola a bailar. Ella rozando su mejilla con la mía. Yo diciéndole despacito, vámonos a otra parte. Ella me mira con sus ojos muy abiertos.

Cuarta escena. Sus ojos me miran. Estamos en mi departamento. Elegancia, colonia inglesa, música suave. Allí la desnudé por primera vez.

Comenzamos a salir dos o tres veces a la semana. Hoteles y moteles de los alrededores y a otros bastante alejados. Luisa tenía auto. Un pequeño Porsche rojo.

Los miércoles cerveza continuaron. No es cosa de

desairar a un buen amigo. El pobre me contaba, radiante, que se querían mucho. ¿Se estaría volviendo loco? Yo le seguía el amén. Que ayer habrían ido a un fundo, que anteayer a no sé adónde. No, no me sentí mal o culpable. ¿Por qué? Pero cuando me dijo que Luisa tenía varias amigas y que ella, ella, le había dicho que si yo quería podía salir con ellos dos y una amiga, me atoré con la cerveza. No, Jorge, dile que gracias. Yo tengo mis panoramas. Hombre, que no me ofendiera. Pedí otras dos cervezas y me las tomé solo, pues él no quería más, no soportaba tanto. A decir verdad, yo tampoco, pero todo había sido tan intenso que creo que me anduve emborrachando un poco. Jorge me fue a dejar. Preparó café. No crees que estás un poco solo, me dijo, llenando la pieza con el humo de su cigarrillo.

Amanecí con dolor de cabeza. Después del trabajo bebí un café con un cerrito de crema en casa de Luisa. Ella comprendía. Nos quedamos sentados en sendas sillas playeras frente a la piscina, mirando atardecer, tomados de la mano. El romanticismo no es mi onda, pero me vino bien.

En la cervecería nos conocían. No nos terminábamos de sentar y ya teníamos dos schops grandes al frente. Jorge salía siempre con algo nuevo. Aparte de las películas y paseos que gozaba junto a ella, me salió ahora con que el padre de Luisa le habló seriamente de un contrato envidiable en una filial. Le seguí la corriente y le pedí que se acordara de mí cuando estuviera en ese reino. ¡Huevón!

Al otro día la tenía en mis brazos en el más caro de los moteles. Se rió algo desconcertada cuando le mostré la máquina fotográfica, pero luego fue presa de un entusiasmo mayor al mío. Tic, bailando, tic, risas, ahora, así, tic, ¿así?, sí, sí. ¿Te imaginas la cara del que haga las ampliaciones? ¿Dónde las vas a mandar a revelar? Lejos, a cualquier lugar a más de doscientos kilómetros de aquí. Sácame así. Se va a fundir la cámara. Al tipo que las revele se le va a ir la mano. Ahora, así. Ya. Tic.

Al día siguiente salimos al campo, de picnic bucólico. Ella llevó una cesta con pavo y vino tinto. Cada día que pasaba nos sentíamos más el uno del otro. Nos empeza-

mos a ver todos los días. Era un sueño.

Me costó sostenerle la mirada a mi amigo cuando fuimos a la cervecería. Nos sentamos y comencé a hablar de una película, pero él, después de escucharme, me lanzó la gran nueva, nos vamos a casar, me dijo que se iba a casar, que él se iba a casar con ella, que ella le había dicho claro tonto, pero ahora tienes que hablar con mi papá y otras sandeces más me estuvo diciendo mientras yo bebía cerveza helada a grandes sorbos. Después le propuse que fuéramos a mi departamento a conversar un trago de whisky etiqueta negra. Allí, al tintineo de los cubos de hielo en los vasos, le pregunté, mirándolo a la cara: "¿Cómo es esa huevada del matrimonio?" y comencé a reírme y él también. Los dos riendo como locos, medio ebrios tomando whisky entre carcajadas y escupiéndolo de vuelta al vaso para poder reír.

Pedí permiso por tres días en la oficina. La fui a buscar y le pregunté si se atrevía a escaparse conmigo a unas termas. Lo hicimos. Nunca creí que llegaría a amar tanto a una mujer. No me refiero solamente a los coitos, sino más bien al dormir juntos. Era la primera vez que lo hacíamos. No es lo mismo hacer el amor con una mujer que dormir con ella. Regresamos al cuarto día. Ella lloró un poco.

En su casa no le reprocharon nada. Parece que yo les simpatizaba a los viejos. Además, ella se veía tan feliz desde que salía conmigo que sus padres me recibían como al viejito pascuero. Eran simpáticos y mundanos. Los quería bien.

Sentados en la cervecería, miré disimuladamente a Jorge. Su pelo mal cortado y casposo, la camisa con el cuello sucio, la chaqueta pasada de moda y algo lustrosa. ¿Qué me iría a contar ahora? Encendió un cigarrillo. Sorbió un poco de cerveza. Todo iba bien, dijo. Se irían a Córdoba, Argentina, donde el viejo tenía injerencia en una empresa. Sí, muchacho, respondí. Casi le digo por qué no a Miami o a la Riviera. Agregó que habían tenido una pequeña pelea, ella quería boda con fiesta, a la antigua, y él, algo privado sin aparataje. Después del tercer schop, me acompañó a casa, pero no quiso subir, el whis-

ky después de la cerveza no le caía bien. Nos despedimos y entré solo. Me preparé un whisky triple y lo bebí lentamente, de pie, mirando el paisaje nocturno por la ventana.

Al otro día, recibí el parte. Me convidaban a la iglesia, pero no a la fiesta.

Escondido entre los invitados, vi llegar a Luisa vestida de novia. Estaba más linda que nunca.

EXTRAVIADOS

—No pensarás en llevar esa idiotez.

Hablaba del monstruo que el tío loco le había regalado hacía ya tanto tiempo que no se acordaba. Estrechándolo entre sus brazos se encerró en el baño de servicio a esperar que lo llamaran. Preferiría dejar sus zapatos antes que dejarlo a él, sus camisas, sus pantalones, todo eso podía quedar en casa. Lo que pasaba era que su mamá estaba más nerviosa aun que de costumbre ante la perspectiva del viaje en bus por el desierto, porque desde que el papá los había dejado le tiritaban las manos sobre todo cuando sostenía algo en ellas. A buen recaudo en la pieza maloliente, conversó con él:

—Catorce días son muchos días.

—Muchos días.

—Va a ser un viaje largo.

—Muy largo. Peligro.

Miró atónito al monstruo. Si bien le costaba hablar con precisión, nunca se equivocaba.

—¿Se lo digo a mi mamá?

—Oicif Ircas.

—¿Ese es el hombre peligroso?

—Felipe —el modo de gritar su nombre le decía que su mamá ya estaba lista, parada en el umbral, con las maletas a sus pies.

Esperaron en la puerta del jardín la llegada del taxi.

El bus era enorme, el primero de su tipo que llegaba al país, un gigante de acero, cristal y cromo que destellaba hiriendo los ojos bajo el sol veraniego de las ocho de la

mañana. En la sala de espera había olor a pipa, gente adulta. Ningún otro niño. Un joven de gorra que les recibió las maletas entregando a cambio unos boletos, se quedó mirando extrañado lo que el niño llevaba semioculto bajo su chaqueta.

—¿Remedio para el hipo? —preguntó.

Su mamá se había liberado de la tensión. Ahora sólo había que seguir las instrucciones de esa gente amable. Rogamos conservar los tickets de las maletas. Tomen asiento, si gustan. El bus abrirá sus puertas dentro de diez minutos. En menos tiempo de lo que pensaba, la vio conversando con otras dos personas. Se formó un grupo donde ella llevaba la voz cantante.

El niño los miró uno por uno, preguntándose quién sería Ircas. El barbudo que fumaba cachimba fue el primero en ser descartado. Los hombres peludos de cara chueca eran buenos, además se parecía al tío loco.

Carlos fumaba con la fruición de la última pipa. Sabía que en el bus no lo dejarían fumar, por lo menos hasta que llegaran al desierto donde abrirían las ventilaciones del techo y las ventanas, lo que sucedería después de unas doce horas de viaje. El bus se veía cómodo y confiable. Una máquina flamante recién sacada del envoltorio. Sonrió al niño introvertido que lo estaba mirando. Vaya un adefesio el juguetito ése que trataba de esconder. Más allá, tres monjas. Los hábitos nunca faltaban en las estaciones y viajes. Carlos las miró un rato ocultando su mirada tras el humo. Dos monjas bobas y burlonas a la defensiva haciendo causa común en contra de la tercera, una muchacha delgada de ojos inteligentes y actitud humilde. Era claro que las dos hermanas gordas se turbaban fuera del convento y la agarraban con la hermana delicada tratando de avergonzarla a la fuerza con torpes pullas campesinas ante los supuestos testigos porque, en verdad, Carlos era el único que las miraba. El resto de los pasajeros, unos treinta, estimulados por la perspectiva del viaje intercambiaban miradas amables, se aproximaban y comenzaban a trabar conocimiento. El señor canoso comentó a Carlos la aventura que tenían por delante.

Se trataba del primer viaje de un bus de turismo por

ese desierto donde los caminos de tierra ya abandonados por los camiones metaleros unían las ruinas de pueblos deshabitados por donde se paseaban el sol, el polvo, el viento y los fantasmas, en medio de un silencio profundo, pues tampoco había árboles que pudieran albergar pájaros.

Casi todos conversaban. Los grupos se formaban y deshacían animadamente. El niño yacía olvidado por todos en un rincón. ¿Viajaría solo? Qué mejor viajar así y contemplar el paisaje y leer a gusto sin tener que escuchar conversaciones huecas.

Todos los ojos se fueron volviendo hacia el hombre de uniforme y la jovencita de falda corta. Se hizo silencio.

—Buenos días. Yo soy Jorge Tenorac, su chofer, y esta damita, Carmen Gloria, los atenderá para hacerles el viaje lo más confortable posible. Les daré más instrucciones en el interior del bus. Hagan el favor de abordarlo.

Pausadamente fueron subiendo a la enorme máquina metálica. Inútilmente el hombre del quiosco pregonaba sus diarios a gritos. Los agitaba ante las narices de los viajeros. Nadie compró el periódico. Por el contrario, varios arrojaron los diarios que llevaban en un esmaltado basure-ro. Pisando con fuerza sobre el suelo, se libraban del polvo de los zapatos, y subían.

Le tocó un asiento al lado de la ventana y sin compañero. Tanto mejor, pensó Carlos. Al fondo, los servicios higiénicos y las vituallas para un largo viaje. El poderoso motor hizo temblar todo el vehículo, pero a medida que se calentaba la vibración se fue haciendo apenas perceptible. El asiento al lado del niño tampoco fue ocupado.

Su mamá se había instalado al lado de la señora vistosa, llena de pulseras y collares, inmediatamente detrás del niño de modo que éste pudo escuchar la breve conversación.

—Quiero descansar un poco de él —dijo su mamá.

—Los párvulos son insoportables.

—¿Los qué?

—La segunda infancia es complicada —dijo la señora enjoyada, y agregó—: Soy Aurora, la crítica de arte.

—Y yo soy Noemí, la contadora.

Y se habían quedado calladas las dos.

Aurora, molesta por la idiota sentada a su lado, decidió que era no tener perspectiva el traer a un niño en un viaje. Son odiosos, torpes, hediondos, caprichosos, molestan.

Qué hermoso es todo esto, pensó la monjita joven, mirando los colores y las formas cambiantes del paisaje.

Las primeras horas transcurrieron con calma y sin contratiempos. Fue en la tarde. Ya comenzaban a entrar al desierto dejando detrás una nube de tierra, cuando un hombre sumamente flaco y con una melena que le llegaba a los hombros se dirigió con largos pasos por el pasillo hacia el chofer y tomó el micrófono del tablero. Enfrentando a los pasajeros se puso a despoticar.

—Pecadores, ¿saben lo que veo? Al demonio. A Satanás, al horror del Averno. No escuchéis al demonio. Aquí, en este ómnibus, hay seres de buena voluntad, sí, los hay. Aleluya.

—Aleluya —contestaron algunos.

—Aleluya tu madre —rezongó Carlos fastidiado por haber sido sacado de su ensimismamiento.

—Hereje —le espetó alguien.

—Blasfemo —le salió el señor elegante y canoso.

—¡Ah! Pero aquí hay algunos de buena fe. Sí, señor, veo la buena voluntad en algunos de ustedes. Distingo su aura. Aquí está el demonio, pero también hay santos. Aleluya, hermanos. Ahora, arrodíllense, pecadores —estas últimas palabras fueron un bramido.

—Que se arrodille tu abuela —gruñó Carlos.

—Arderás —le gritó la vieja pintarrajeada.

—Infiel.

—Filibustero.

—De rodillas, te dicen —exigió el viejo elegante.

El bus se detuvo. El chofer y su ayudante se acercaron a Carlos.

—O se baja solito, o lo bajamos nosotros.

El silencio los envolvió. El predicador melencólico estaba atónito ante lo que sus palabras habían desencadenado. Carlos cogió su bolso lleno de libros y bajó del bus escoltado por el espaldado chofer. Una vez abajo, se sintió extrañamente aliviado. El chofer abrió el depósito de

maletas para sacar la de Carlos.

De un salto, el gurú predicador bajó del vehículo con semblante preocupado. Sus sandalias levantaron polvo. A grandes zancadas se acercó al chofer y a Carlos.

—Vuelve, hermano. Sería el último en hacerle daño a un prójimo y menos a ti y sé lo que te digo. Sube. Ve con el Señor.

—¿Cómo? ¿Y usted? —preguntó Carlos. Ya los ánimos estaban calmados.

—Desde aquí huelo el mar. Tengo piernas largas. Soy un buen caminante. Si tú quieres, vámonos juntos. ¿Quieres saber algo? No te vuelvas a subir a ese bus. Tú eres un hombre de buena fe —su voz de barítono era tranquila—. Y créeme, no son muchos. Son más de dos y menos de cuatro.

—¿Se encuentra bien?

—En tres horas de caminata llegaremos a unas chozas de pescadores artesanales. Ahí reina la paz. Ven conmigo, te hará bien el caminar.

El tipo estaba como una cabra. Chiflado, rayado, de tanta marihuana.

—Bueno. ¿Quién se sube y quién se queda? —intervino el chofer—. Por mí pueden volver a subir los dos si se quedan tranquilos.

Con el larguísimo pelo negro al viento, el extraño predicador echó a caminar sin despedirse, decidido y con largos pasos, rumbo al mar.

El viaje prosiguió. Todos miraron por las ventanas la silueta larga y flaca del caminante hasta que desapareció de vista .

—Ese gallo me ponía nervioso —le confesó su marido a Laura.

—Tú podrías ser más gallo y menos nervioso —retrucó ésta.

El bus dejaba atrás un remolino de tierra amarilla. Las monjas gordas, separadas por tres asientos de la joven, se sentían inquietas, vulnerables. Pero se las arreglaban para hablar en voz alta de ese niño que le faltaba ladrar, tan esquivo, hosco, los niños debían sonreír, ser espirituales, amables y comunicativos, dispuestos a ayudar al prójimo,

además ese horroroso mono...

—Por favor, miren ese atardecer —gritó de pronto Aurora.

Carlos la miró a ella. Iba a decirle que se fuera a la mierda, pero mejor se calló. No quería que lo bajaran de nuevo.

—Miren esos colores —chillaba Aurora.

¡Que se mirara ella los colores del culo! Es que no podía viajar, leer, tranquilo. Llevaba mucho rato sin prender la pipa, eso era, eso lo ponía un poco irascible y los locos lo ponían irascible del todo, pero Aurora era una idiota, no le daba para loca.

—Carmen Gloria les servirá la comida —anunció el chofer por el micrófono con voz de locutor.

Eso sí que valía la pena mirar. Una potranca de piernas suavemente musculosas, bien torneadas, duras. Lo divertido era que la potranca no era del gusto del resto de los pasajeros. Increíble. Se veía en las miradas, en la brusquedad con que le arrebatában las bandejas sin darle las gracias. Sólo la monja joven y Carlos, por supuesto, la trataron con simpatía. Carlos le preguntó algo nada más que para mirarla más de cerca y olerla. Le gustaba oler a las mujeres. Esta no usaba perfume, enhorabuena, una pizca de sudor, lo que estaba muy bien. Ella le sonrió sin contestarle.

—¡Cómo! A ese niño tan chico le sirven lo mismo que a nosotros —protestó alguien.

La noche llegó junto con la voz de Aurora que hablaba de las estrellas, los diamantes celestiales y su relación con la humedad. ¡El poto lo tendría húmedo!

—Buenas noches —gritó Carlos cosechando miradas furiosas, pero logrando que Aurora se callara.

Se sacó los zapatos y caminó lentamente al baño. Laura dormía. Su marido tomaba una píldora para hacer lo propio. El caballero canoso bebía de un frasco metálico. El olor a cognac llegó, al parecer, hasta las monjas gordas, pues una de ellas comentó a la otra que había olor a pan de pascua. Una vieja flaca y pintarrajeada miró a Carlos con rencor secreto. A lo mejor le recordaba a algún tío que se la había violado sin mayor técnica ni crema

Pond's. Cuando volvió a su asiento ya todos dormían, incluso el chofer. Quien manejaba era uno que había estado durmiendo desde que partieron. Se acercó al conductor, por curiosidad, para ver el velocímetro. Entonces se fijó en el niño. Este no dormía. Con la boca feamente torcida y la garganta hinchada, el niño proyectaba una voz cavernosa hacia el adefesio que sostenía en sus brazos. Carlos nunca había visto a un ventrílocuo, y menos a uno así. El monstruo inerte parecía hablar con una voz de pesadilla y lo que decía tampoco se entendía bien, no se entendía nada. Era como oír ruso o noruego entreverado con palabras en castellano.

Con los pelos de punta, Carlos volvió a su asiento. ¡Vaya, vaya! Miró por la ventana el paisaje desértico iluminado por la luna. Esta noche no dormiré, se dijo, y se quedó profundamente dormido.

Durante el desayuno, una mujer exigió que le dieran el jugo del niño a ella. Carlos volvió a hablarle a la potranca y mientras esta le pasaba la bandeja con café y bollos, él se las arregló para rozarle la rodilla. El bus se detuvo. Ahora me van a bajar por correr mano, pensó.

—Algo pasa —explicó el chofer—, el motor está a punto de fundirse.

—Ese mocososo debe de haber hecho algo —gritó la vieja flaca.

Lentamente comenzaron a bajarse.

Una pieza se había roto y no había repuesto. La cosa era seria.

—Siéntense a la sombra del bus —aconsejó maternalmente Aurora cuando ya todos lo estaban haciendo.

—No deberían permitir niños en estos viajes. Esto es lo que pasa —comentó alguien.

—Todo lo echan a perder —recalcó una voz femenina.

—¿Se han fijado cómo mira?

—¿Y cómo se supone que vamos a salir de aquí? —preguntó Laura.

Las miradas se volvieron al chofer que se sacó el fósforo de entre los dientes para poder hablar.

—Esto ha sido un imprevisto.

—No me diga —interrumpió uno.

—Ya nos echarán de menos y nos buscarán —sentenció el chofer.

—Usted sí que es buen psicólogo —reconoció el caballero canoso.

—¿Y cuántos días tiene que pasar para que “nos echen de menos”? —preguntó otro.

—Unos diez o doce o más, pero no mucho más.

—Usted es un psicólogo de alto vuelo —insistió el canoso.

—Y por qué no tratar de arreglar el desperfecto —quiso saber alguien.

—Soy chofer. No soy mecánico. Me pagan por conducir, no por reparar.

—¿Y sabe, por lo menos, dónde estamos?

—A decir verdad, no lo sé muy exactamente.

—O sea que estamos extraviados —sintetizó el caballero elegante.

—Usted tampoco lo hace tan mal como psicólogo —opinó Laura.

Carlos se alejó distraídamente del grupo. Lentamente comenzó a subir el morro más cercano. Despacio. No era el momento de desgastarse o perder líquido, pero estaba hasta la coronilla con sus compañeros de viaje. Se sentó en lo que nadie salvo Aurora podría llamar “la cumbre”. El contemplar ese interminable desierto amarillo y pardo tenía un efecto sedante que inducía al sueño. Silencio, tierra y sol producían una sensación de eternidad muy distante de la soledad, al contrario. ¿Sentirían lo mismo los creyentes cuando entran a un templo? El contacto con la tierra tibia y la quietud lo fueron ganando. Llenó lentamente su pipa. Al cabo de una hora, el sol comenzó a picar. De mala gana, inició el descenso. Pronto escuchó las voces mezcladas con risas estereotipadas. Algo estaba pasando. El niño estaba sentado con la espalda reclinada en una rueda del bus y lloraba. Los demás hablaban con un volumen forzosamente alto, casi estridente. Aurora le salió al encuentro con una sonrisa divertidísima y tuteándolo con afectación le anunció entre gritando y riendo.

—Fíjate que el cabrito ese tiene miedo. ¡Qué te parece! ¿No es encantador? Cree que no vamos a poder salir

de aquí. ¿No te parece enternecedor? —Apenas mantenía la mueca de la sonrisa.

El grupo repetía lo mismo. Estaban todos crispadamente fascinados. Carlos venía de otro mundo. Con la pipa apagada entre los dientes preguntó con ingenuidad.

—¿El lo dijo? ¿El confesó que tenía miedo de no salir de aquí?

Varias sonrisas dejaron de serlo. A Carlos no le gustó lo que vio en algunos ojos.

—Pero es que basta con verlo. Mire como llora.

—¿Y usted, señor, dónde se había metido?

—Tenemos que estar juntos y usted llega y desaparece.

—En estas soledades espantosas.

—Eso pone nervioso. ¿No se da cuenta? No se sabe qué pueda pasar.

Carlos lo miró divertido.

—Me halagan. Años que nadie se ponía nervioso por mí. Bueno. Pero algo es algo. Miren. ¿Ven esas rocas? Me parece, si ustedes están de acuerdo, que podemos destinar la de la derecha para el toilet de las damas y la otra para el de los varones.

Dicho esto, se tendió en el suelo y reptó hasta quedar debajo del bus. La potranca lo imitó. Su falda de cuero quedó sucia de tierra.

—Aquí hacen cinco grados menos —le dijo Carlos.

La joven mujer quedó tendida de espaldas a su lado. Desde allí escucharon languidecer la conversación del grupo. “A mí me asusta eso que anda trayendo”. “Yo le tengo miedo a él”. “Si por lo menos no mirara así”. Luego subieron al vehículo a dormir.

La mano de la potranca estaba sobre su muslo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró él con complicidad.

—Primero, sacarte esto —le desabrochó el pantalón y comenzó a tirarlo bruscamente hasta los pies dejando, con el primer tirón, al descubierto desde la cintura hasta la rodillas. ¡Si me vieran mis alumnos en esta!, pensó Carlos abriendo mucho los ojos, y luego se dejó hacer. Fue una delicia. Compartieron después su pañuelo que ella guardó. Tendido sobre su espalda, Carlos contempló, relajado, los fierros del vehículo. “Gracias”, le susurró ella al

oído.

No duraron más de media hora en el interior del bus. Bajaron todos y suspiraron aliviados al contacto del viento que les secó el sudor produciéndoles gratos escalofríos.

Y llegó la noche. Formaban un amplio círculo de cuerpos sentados y semitendidos en torno a una imaginaria fogata. Laura sabía que la luz lunar no le sentaba. El niño seguía acurrucado al lado de la rueda del bus. El chofer repartió galletas y un vaso de jugo, pasando por alto al muchachito.

—¿Alguien vigila o controla los alimentos? —preguntó Laura.

—En verdad —dijo el chofer—, desaparecieron varios paquetes de galletas y una botella de naranjada.

—Caraaajiiito —cantó una voz—, devuelve las galleetas.

Las miradas se centraron en el niño inmóvil de cabeza agachada, doblada hacia delante como un desnucado, pero sus ojos estaba abiertos y brillantes.

—En verdad, es mi responsabilidad —dijo el chofer—. Me quedé dormido un rato.

—Ese carajo chico me enerva.

—Qué le hiciste al bus, mierda.

Algunos se movieron de modo que el círculo se fue estrechando.

—Yo sé dónde estaba ese niño mientras dormíamos la siesta —dijo Laura. Y luego le musitó a su marido—. Es un niño perverso. Se quedó para ver cómo el barbudo de la pipa se revolcaba con la fulanita de la falda corta.

—Qué mente más sucia tienes. Podrías utilizarla conmigo.

—Nunca he sido frígida contigo.

—No. Nunca has sido frígida. Solamente a temperatura ambiente.

Ricardo era el mayor de todos. Se le había acabado el cognac y el espacio abierto comenzaba a turbarlo. Nunca le habían gustado las excursiones cuando joven. Prefería tener la espalda y los flancos cubiertos. Como todo ser civilizado se había criado en casas, entre paredes protectoras. ¿Dónde estaría el norte? Allí no había un solo punto de referencia. Pronto le vendría la jaqueca. Ese mocososo

mirón. El mierda ya se había robado las galletas y una gaseosa. Varias veces había descubierto los ojillos del mocososo observándolo fijamente. Nunca le había gustado ser puesto bajo la lupa. Ese chico no era normal. ¿Y dónde estaba la mamá?

—¿Dónde está la madre de ese animalito? —preguntó en voz alta.

—Parece que se olvidó de que tiene un hijo —le respondió una de las monjas gordas.

La mamá estaba sentada sola con los ojos muy abiertos, tan concentrada en sí misma que al parecer no escuchaba nada.

—Con un niño así es mejor que se olvide de que tiene un hijo —opinó una voz.

Y de pronto reinó el silencio. ¿Eran ya parte de ese horrible desierto muerto? Mil ojos miraban a Ricardo desde lo alto. Se sentía rodeado de fantasmas agresivos. Algo podía surgir de la penumbra. Es la luna lo que me pone intranquilo, pensó Ricardo, la luna y ese demonio de ojos fosforescentes, ese bulto al lado de la rueda. Las galletas, las malditas galletas.

El niño inclinó la cabeza hasta casi ocultarla bajo la chaqueta donde tenía oculto al monstruo.

—Oicif Ircas —articuló éste despacito—, ándate.

—¿Adónde me puedo ir?

—Oicif Ircas. Andate. Corre.

—¿Oyeron? Está hablando solo —gritó la flaca maquillada.

Carlos mordió la pipa apagada entre sus dientes. Tenía que ahorrar tabaco y fósforos. La pipa exigía muchos fósforos. ¿Pero de qué estaban hablando esos idiotas? Algo flotaba en el aire. Algo que no le gustaba nada. Una de las monjas gordas se puso de pie.

—No tengo agua bendita —dijo—, pero recemos contra el mal.

—Es la maldad —chilló una voz femenina—, de nada sirve rezar.

Carlos se sacó la pipa de la boca. ¿Qué estaba pasando? A la luz de la luna, la gruesa silueta de la monja se veía enorme.

—Lo voy a azotar —gritó el viejo canoso que olía a cognac. Se puso de pie e hizo ademanes nerviosos para sacarse el cinturón. De su bolsillo emergió un papel rojo y blanco con letras negras. Y luego cayó al suelo como alcanzado por un balazo. Ahí quedó inmóvil.

Todos se quedaron callados y sin moverse en un silencio tenso que erizaba los pelos. Inútilmente chupaba de su pipa apagada. El niño se había vuelto una bola de lo acurucado.

Laura y su marido se pusieron lentamente de pie con piedras en las manos. Los otros comenzaron a hacer otro tanto. Aurora sostenía una botella de gaseosa en su mano. Uno por uno se fueron levantando con anormal lentitud. Parecían sonámbulos. Cogían piedras grandes con pesados movimientos parsimoniosos. No se miraban entre ellos, pero iban convergiendo hacia el bulto del niño apoyado en la enorme rueda.

Carlos, aún sentado, encendió un fósforo. La débil llanita ondeó el aire, sus colores cálidos, en medio de la oscuridad y el plateado azulado de los rostros bajo la luna, iluminaron de rosado el rostro de Carlos. Como si aquello fuese una señal, dos figuras corrieron y se sentaron al lado de él. Los demás, los otros treinta, permanecían casi inmóviles, moviéndose apenas, recogiendo peñascos, dándose vueltas hacia el niño, avanzando un paso eterno que parecía dado bajo el agua. No se escuchaba nada. Así debía de ser el mundo de los sordos. Las dos mujercitas, la monja joven y la potranca se apretujaron contra Carlos mirándolo angustiadas.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró la monjita al oído de Carlos.

—Nos vamos a levantar con toda tranquilidad y nos colocamos delante del muchacho.

Siguiendo la instrucción, los tres se deslizaron hasta quedar entre el niño y los treinta sujetos que estaban cada vez un poco más cerca. Entonces Carlos se adelantó gritando.

—Al primer desgraciado que toque al cabro chico... —comenzó y no alcanzó a terminar. Un peñasco le dio en la sien. Completamente inconsciente, su cuerpo rodó

por el suelo, mientras la monjita empujaba al niño gritándole "corre, corre". El niño se levantó y desapareció detrás del bus justo cuando la monjita, estirando la mano con un crucifijo, se enfrentaba a los dementes.

— ¡Qué tienen contra él!

La primera piedra le destrozó el rostro. Mientras se desplomaba, los proyectiles azotaron su cabeza y su cuerpo. Cuando cayó ya estaba muerta. Carmen Gloria la miró horrorizada primero y presa de la furia después. De un brinco enfrentó al grupo. Ligeramente agazapada, el tronco inclinado, las piernas separadas, como lista para saltar, los miró uno por uno.

— ¡Qué les pasa, conchasdesumadre —rugió—. ¿Les gusta joder a los demás? Vengan a joder aquí conmigo. Aquí tienen algo bueno. Miren. Así. Así —y con un rápido ademán soltó su falda que se escurrió rápidamente a tierra. Carmen Gloria meneaba sus caderas desnudas—. Aquí tienen. Vengan. Me gusta, me gusta, acá, acá, acá. Así —con la misma habilidad se desprendió de su blusa. ¿Estaban paralizados?—. ¿Les gusta? A mí me gusta, gusta, gusta, con todos, con hombres, mujeres, así, aquí, por aquí, por la boca, por acá, me gusta —las caderas y los senos se meneaban, el sudor corría por la piel de bronce. Esquivó una piedra que rebotó con gran estrépito en la carrocería del bus.

Carmen Gloria se dejó caer y rodó debajo del bus buscando protección. Otras piedras chocaron contra la lata del vehículo. Luego, silencio. Nadie se agachó ni siquiera a mirarla. La víctima elegida era otra. El corazón golpeaba dentro de su pecho. Le faltaba aire. Esperó algunos minutos. Se había rasmillado feamente. ¡Los hijos de puta! Tendida boca abajo doblaba la cabeza para mirar. Nada. Sólo tierra y piedras. Por el otro lado, tampoco. Por donde mirara. Habían desaparecido.

Ahora con mayor cuidado, se arrastró hacia afuera. La luz de la luna brillaba en la sangre de la muerta. Carlos se estaba incorporando y la miró sorprendidísimo.

La potranca desnuda. ¿Qué había pasado? Desnuda, desnuda y magullada. ¡El niño! ¡Los desgraciados! ¿Dónde estaban ahora? La piedra. Se llevó la mano a la sien

hinchada y cubierta de sangre. ¡Coño! La monjita está... La mataron. La mujer a su lado se vestía con torpeza y lloriqueando.

Por la escalerilla de la parte posterior se encaramó al techo del bus. Nada. Seguramente se encontraban detrás de aquellos montículos o al otro lado del morro. O se habían dispersado buscando a su víctima. A unos veinte metros del bus yacía el cuerpo del caballero canoso aficionado al cognac.

Parado sobre el techo, con los brazos en jarras, mientras barría el horizonte una vez más, escuchó el grito y la risa mezclada con llanto de la potranca. Saltó a tierra. ¿Dónde demonios?

Estaban dentro del bus. Los miró por la ventana. El niño apoyaba el monigote en el vidrio. Carmen Gloria abrazaba al mocosito por los hombros y sonreía con el rostro empapado en lágrimas.

Abrieron el capot. Carmen Gloria sostenía una linterna mientras Carlos le echaba un vistazo al motor. Se había desgarrado una de las correas. Eso era claro.

—Necesito una media de mujer, de ésas de nylon o fibra.

—¿Calada?

—Idiota.

Carmen Gloria hurgó entre los bolsos de viaje para volver donde Carlos con varias medias. El hombre cogió una y la puso entre las poleas y la anudó firmemente después de estirla.

—¿Tú crees?

—Hazte a un lado. Voy a hacerlo partir.

El motor rugió.

—Funciona —gritó ella al ver que todo giraba. Y sin más cerró el capot.

En el depósito de maletas encontraron palas. Trabajaron codo a codo, en silencio, rítmicamente, hasta terminar una cavidad apropiada para sepultar a la hermanita sacrificada. Sin apuro, a pesar del peligro, inhumaron el cadáver. Ni siquiera miraron a su alrededor. Solamente cuando terminaron, Carmen Gloria comenzó a sollozar. El hombre subió al bus a revisar la temperatura del motor.

El niño acompañó a Carmen Gloria hasta que dejó de llorar. Los dos colocaron durante un rato una mano sobre la tumba y luego, sin mirar hacia atrás, subieron al vehículo.

La mujer y el niño se pusieron detrás de Carlos que cerró la puerta automática. ¿Podría manejar esto?

—Va a amanecer —dijo el niño.

Lentamente el bus giró en 180 grados. Aumentando uniformemente la velocidad, el bus continuó en línea recta justo por donde había venido.

Ricardo abrió los ojos. Se sentía muy mal. ¿Qué pasaba? Vio alejarse el bus tras la nube de tierra. El pecho le dolía terriblemente. ¿Por qué no se habían quedado en casa?

SECC. CHILENA

Jaime Hagel ha publicado cuatro libros: *Cuentos bárbaros y delicados* (1959), *En los más espesos bosques* (1980), *Con la lengua afuera* (1982), *¿Y tú, qué crees, pichón?* (1984). Sus cuentos han sido incluidos en seis antologías nacionales e internacionales. Ha recibido numerosos premios. Es autor de más de cuarenta ensayos y estudios sobre literatura, publicados por diferentes revistas de la especialidad. Nueve de los cuentos que integran este volumen han recibido premios, tanto en el país como en el extranjero. *La fuga*, Primer Premio Concurso Internacional Andrés Bello (1986) y Primer Premio Concurso Internacional CICLA, Perú. *Qué me dice, Amanda*, Segundo Premio Concurso El Mercurio (1987) y Premio CICLA. *El pailón*, Mención en Concurso Pigafetta y Premio CICLA. *Un día, tu bruja vendrá*, Segundo Premio Los mejores cuentos de mi país (1987). Las narraciones *El día en que desaparecieron las calugas Titán*, *Una madeleine no es una marraqueta*, *El guatero del diablo*, *Mi compinche* y *El pueblo* recibieron el Primer Premio en el Concurso Internacional CICLA, 1988.

En estos cuentos de Jaime Hagel la realidad se deja entrever como sospechosa de una ilegalidad enraizada en las propias leyes de su funcionamiento. Siempre hay algo en ella que se le oculta a la razón, o a cualquier forma de clarividencia: trampas que convierten los destinos en una mera rutina del desastre, acechanzas de un azar que sustituye los proyectos, y hasta las esperanzas, por un disparo "a quemarropa" que liquida toda causalidad.

Ningún lector, por lo mismo, va a dejar de estremecerse ante el mundo que nos presenta Hagel, pues a esa, su metafísica de lo imprevisible, le agrega la fuerza bruta de su expresión y la variedad de sus recursos técnicos, todo lo cual hace de estos relatos verdaderas "máquinas" narrativas contra toda complacencia posible en un universo que ha extraviado los soportes de su lógica. Relatos contados desde adentro, en los cuales la distancia entre acontecer y lector desaparece, pero en los que cada cual encontrará, a la vez deleitándose e inquietándose, restos aún tibios de su propia experiencia, una hilvanación ágil y hasta vertiginosa de sus propias desdichas e ironías.

Hagel no sólo sabe narrar. También sabe establecer unos desenlaces que cargan de más y más significado la simbología de sus obsesiones. Estos cuentos se insertan de lleno, así, en el único territorio posible de lo real: el enigma de lo cotidiano más las certezas del misterio. Sumatoria paradójica que los hace accesibles a todos aquéllos que saben que crueldad y ternura son categorías simultáneamente presentes en todo verdadero gesto humano.